JÉSSICA MACEDO



Grupo Editorial Portal

La Virgen que deseo

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO I

La Virgen que deseo

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO I

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Epílogo

Sinopsis

Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea, incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia. Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan las demás personas y hará lo que sea para conseguir lo que quiere.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas de la autora.

La autora no apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana o rusa.

A pesar de la mafia de fondo, no se trata de un Dark Romance, así que si esperas escenas de abusos sexuales, este libro no estará a la altura de tus expectativas.

Para los amantes de los hermanos Bellucci
y a mi querida Rosimeire, madre de mi corazón y madre de mis mafiosos.



Mikhail

Prólogo

Cuatro años atrás...

Las órdenes de mi padre aún resonaban en mi mente mientras cruzaba la puerta de personal de la mansión de Roma, donde iba a tener lugar el evento de aquella noche.

Mézclate con ellos, recopila información y que no te descubran.

Me ajusté la parte superior de la camisa para cubrirme el cuello y revisé los guantes blancos que llevaba en mis manos. Por suerte, el uniforme de camarero me ayudaba a ocultar los tatuajes que tenía por todo el cuerpo, y era el disfraz perfecto porque no tenía que hablar con nadie, y evitaba correr el riesgo de que mi acento me delatara.

Hijo bastardo del Pakhan ruso, yo era un renegado. Abandonado a mi suerte por el comportamiento inapropiado de mi madre, nadie se preocupaba por mí ni por quién era, lo que me hacía perfecto para aquella misión. Los Bellucci tenían ojos en todo el país que dominaban, pero con el disfraz adecuado y un poco de maquillaje para confundir a los sistemas de reconocimiento facial, podría pasar sin que me descubrieran.

Aquella noche, el edificio de arquitectura antigua, a pocas manzanas del Vaticano, recibía un acto organizado por la familia criminal más conocida de Italia. Por lo que yo sabía, las mujeres de la familia dirigían una fundación filantrópica para ayudar a los desfavorecidos, una gran tapadera para el blanqueo de dinero. Recibían a ricos de todo el país y del mundo para hacer donaciones. Muchos de ellos mafiosos asociados con la familia.

Hubo pocas ocasiones en las que tuvimos la oportunidad de ver a toda la familia junta. Cuidaban bien de los suyos y no los exponían, salvo en ocasiones como aquella.

—¡Lleva ya mismo esos champanes! —me gritó el encargado de coordinar el bufé del evento. Tomé la bandeja con las copas ya servidas y salí de la cocina.

La música baja de fondo se mezclaba fácilmente con el sonido de la gente que charlaba sobre todo tipo de trivialidades. Yo no era más que un fantasma que les servía, no se fijaban en mí, lo cual era mejor para mí.

La sala estaba llena de mesas, y en un extremo había un pequeño escenario con una pancarta con el logotipo de la fundación y un púlpito para los discursos.

Mis ojos recorrieron el lugar mientras pasaba entre la gente hasta que todos los vasos de mi bandeja desaparecieron. Seguía sin haber rastro de la familia que me habían encargado vigilar.

Un hombre me detuvo, bloqueándome el paso y me vi obligado a mirarle.

—¿Dónde está la comida?

No abrí la boca, solo señalé a otro camarero, que pasaba a unos metros con una bandeja llena de canapés con caviar.

En algunas mesas vi a algunos de los mafiosos más famosos de Italia. Yo sabía quiénes eran, pero ellos no sabían nada de mí; en cierto modo, eso era una ventaja que tenía sobre ellos. El factor sorpresa siempre jugaba a mi favor.

Volví a la cocina y tomé otra bandeja. Me hacía pasar por camarero y debía comportarme como tal para no despertar sospechas innecesarias hacia mí. Estaba allí solo y cuantos menos problemas causara, mejor.

Volví al salón y repartí algunos vasos a otras personas que se acercaron.

De pronto cesaron los murmullos y se detuvo la música. Desde un extremo de la sala los vi entrar.

Había algunos soldados en el frente que se dispersaron, lo que me permitió verlos mejor. Era la primera vez que los veía, solo había visto fotos, pero para mí eran gente corriente como cualquier otra.

El primero de la comitiva era el líder, el jefe de la mafia italiana, Marco Bellucci. Tenía el pelo gris y unos ojos azul oscuro como el acero, pero no parecía tan amenazador como mi propio padre. A menudo había oído que los italianos eran mucho más débiles que nosotros, y empezaba a entenderlo.

Junto a él estaban sus hermanos, Theo y Mateo. Este último, encargado de la tecnología de la mafia, era con quien más cuidado me pedían. Tenía los mayores medios para averiguar

sobre mí. En un momento de mi investigación había oído que los ordenadores dominaban el mundo y que él dominaba los ordenadores.

Luego vi a las mujeres encargadas de la fundación benéfica. Y por último estaban los niños. Dante Bellucci, el futuro jefe de Italia, que no mantenía una expresión alegre, como si no le gustara estar allí. Había otros hombres y mujeres, y luego... ella.

Moví el brazo y utilicé el reloj de pulsera para hacer algunas fotos de la familia en general, pero sobre todo de una de las gemelas. Porque las que había visto antes de la misión no estaban a la altura de su belleza.

El jefe de Italia tenía dos hijas, gemelas, pero no eran idénticas. Y una de ellas me miraba directamente, como si se diera cuenta de que yo la miraba con la misma intensidad.

Tenía la piel clara, los ojos ligeramente achinados y el pelo castaño. Recordé su nombre: *Pietra... Pietra Bellucci.*

La princesa de Italia era aún una adolescente, tendría unos quince años, pero ya poseía una belleza digna de su título. Dio un paso hacia mí, como si se sintiera atraída por mí como yo por ella. Sin embargo, antes de que se acercara demasiado, alguien la agarró del brazo y la llevó en otra dirección.

Debería haber estado concentrado en la tarea que tenía entre manos, espiando a los líderes en lugar de a una adolescente, pero mis ojos seguían clavados en ella. Entonces Pietra desapareció de mi vista en compañía de su hermana y noté un movimiento.

Uno de los soldados se acercó a Theo y le susurró algo al oído.

Estaba demasiado lejos para oír la conversación, pero cuando se movieron y los hombres se acercaron a las puertas de entrada y salida, me di cuenta de que podían haber descubierto algo que no me favorecía.

Volví a la cocina y dejé la bandeja sobre la mesa para reponerla justo cuando unos hombres entraban en la sala.

—Queremos ver tus documentos.

Fingí como que no me hablaban. Si corría, solo demostraría quién era el sospechoso que

buscaban.

—¿Escuchaste lo que dije? —Me sujetó la muñeca.

—¡Suéltame! —respondí rugiendo.

—¿Dónde están tus documentos?

—Ya te los doy. —Bajé la mano hacia el bolsillo, haciéndole un gesto sutil para que me soltara.

—Ese acento tuyo... —murmuró pensativo.

En cuanto metí los dedos en el bolsillo del pantalón, volvió a apartarme la mano.

—¿Es usted ruso?

—No lo soy.

—¿Me estás mintiendo? —Me agarró con fuerza suficiente para rasgar la manga de mi camisa, revelando el tatuaje de mi antebrazo. Una serpiente rodeando un cuchillo.

¡Maldita sea!

Esquivé un golpe que iba a darme en la cara y me desvié hacia abajo, golpeando al hombre con un codazo en el estómago que le hizo tambalearse hacia atrás y caer sobre una mesa llena de copas de champán que se hicieron añicos inmediatamente en el impacto.

Otro hombre se me echó encima y moví el cuerpo hacia un lado, haciendo que su puñetazo atravesara el aire. Le devolví el golpe en el mentón y agarré una bandeja metálica para defenderme de un puñetazo que me habría dado en el brazo.

Las personas que estaban dentro de la cocina, incluido el supervisor, se encogieron de miedo al ver la pelea.

Intentaron romperme una botella de champán encima y volví a utilizar la bandeja para defenderme. Me libré del impacto y de los fragmentos, pero el líquido me salpicó toda la ropa.

Otros diez hombres entraron en la habitación y yo caminé hacia atrás mientras esquivaba golpes y patadas. Tiré de la pierna de uno de ellos y lancé al otro sobre la cocina aún encendida,

haciéndole gritar por el dolor de la quemadura. Tuve que esquivar algunos golpes y tener cuidado con los cuchillos, sartenes y otros utensilios que intentaban utilizar contra mí.

Di un salto hacia atrás cuando oí el silbido del cuchillo al pasar a milímetros de mi estómago. Si no hubiera sido lo bastante rápido, me habría alcanzado.

Me agaché y un puñetazo golpeó la puerta de la cocina, que daba a la parte trasera de la casa. La abrí y me moví rápidamente para salir, pero uno de los soldados intentó retenerme. Rugió de dolor cuando le golpeé el brazo con la misma puerta.

Empujé con fuerza, apoyando el hombro en la puerta de madera mientras intentaba que entraran. No eran más fuertes que yo, pero eran muchos y se esforzaban increíblemente por pasar.

Miré a mi alrededor, pues me sentía fatigado y mi cuerpo daba señales de que no aguantaría mucho más. Vi una tubería que trepaba por una pared hasta la terraza de uno de los edificios de al lado y corrí hacia ella, dejando salir a los hombres.

Empecé a subir y algunos de ellos vinieron detrás de mí. Sentí que una mano me agarraba el tobillo y di una patada con la otra pierna hasta liberarme. Subí lo más rápido que pude, pero no estaba solo. Alguien más tardó unos instantes en subir.

Me subí el dobladillo del pantalón y saqué una navaja de plástico que había escondido allí para poder pasar el control del detector de metales que habían hecho al personal al principio de la fiesta.

Uno de los hombres se rió al ver la navaja en mi mano y me abalancé sobre él, esquivando sus golpes y apuñalándolo en la garganta con una hoja mucho más afilada de lo que parecía. Le di una patada en el estómago y cayó hacia atrás, llevándose a otro con él, y solo oí el ruido de cómo caían al suelo.

Oí un ruido y alguien intentó disparar en mi dirección, pero afortunadamente la puntería no era la mejor y solo dio a unos centímetros de mi pie. Me di la vuelta y eché a correr, los disparos siguieron rebotando en el suelo cerca de mí hasta que llegué al borde de la terraza. Miré al otro hombre y tomé impulso antes de saltar.

No calculé muy bien y me di cuenta de que mi cuerpo caía en vez de avanzar, pero me

agaché todo lo que pude y conseguí agarrarme al lateral del otro edificio. Apoyé mi peso con las manos y me puse de pie.

Jadeé cuando una bala me alcanzó el brazo, pero afortunadamente solo fue un roce.

Seguí corriendo y los hombres intentaron venir tras de mí, pero se detuvieron cuando el primero cayó y se estrelló contra el suelo. Se resignaron a dispararme, pero cada vez era más difícil acertarme desde lejos.

Sólo dejé de correr cuando estuve lo suficientemente lejos de ellos y saqué un pañuelo del bolsillo para ocultar mi rostro antes de encontrar un medio de transporte para salir de allí.

Tenía la sensación de que no sería la última vez que chocara con los Bellucci.



Mikhail

Capítulo uno

En la actualidad...

El sol era inusualmente fuerte aquella mañana mientras caminaba detrás de la comitiva que llevaba el ataúd de mi padre a la cripta familiar en un cementerio privado de Moscú. Todos los que iban vestidos de negro no dijeron ni una palabra mientras el sacerdote de la iglesia ortodoxa rezaba en voz baja por el alma de mi padre. Si es que la tenía.

Había vivido en la mafia el tiempo suficiente para creer que la gente como nosotros carecía de las características triviales de la humanidad. El crimen nos corrompía y cuantas más almas enviábamos al infierno, más pequeñas se hacían las nuestras.

El entierro de Simeón Orlov parecía una victoria para nuestros enemigos en la policía, pero mi padre ya era un anciano que había muerto por causas naturales y ese momento sería de revitalización en la mafia.

Giré la cabeza y vi a mi hermanastro encabezando la comitiva. Igor sería el nuevo jefe, pero sentí que no era el único que imaginaba que no era el candidato más adecuado para el puesto.

Él era débil, a falta de una palabra mejor para describirlo. Sin embargo, siempre había sido un marginado y mi opinión no era la más relevante. Yo era el fruto de uno de los muchos amoríos del jefe de la mafia rusa, y todos actuaban como si yo tuviera el privilegio de estar allí y servir.

Pero de una cosa estaba seguro: yo era uno de los mejores guerreros, quizá el mejor, y precisamente por eso me tenían cerca. Lo admitieran o no, me necesitaban. Me habían educado para ser un soldado imparable, un asesino feroz, y sabía actuar como tal.

Me mantuve a distancia mientras, a las palabras del representante de Dios, el cuerpo sin vida de mi padre era bajado a la zanja.

Cuando terminó el funeral, esperé a que todos se dieran la vuelta y seguí al final de la comitiva. Me metí las manos en los bolsillos del pantalón y permanecí en completo silencio hasta

que llegamos a la calle donde estaban aparcados los coches.

Permanecí pegada a la pared e inmóvil mientras Igor se me acercaba. Me miró de pies a cabeza antes de esbozar una sonrisa burlona.

—Quiero ver qué será de ti ahora, pequeña zorra. Si ya no lo tienes a él para defenderte.

—Soy leal a la mafia —respondí con tono firme y frío, como si no me importaran sus provocaciones.

Igor había hecho esto toda su vida. Mayor que yo, se había pasado los años utilizando artificios para empequeñecerme con el fin de ocultar su propia inferioridad.

—Tienes que serme fiel.

Me mantuve callado. Me había comprometido con toda la organización que me había acogido desde niño, pero difícilmente iba a ser tan fiel a Igor como él hubiera querido.

—Jefe, vamos. —Uno de los guardias de seguridad señaló los coches e Igor asintió, subiendo a la parte trasera de una limusina.

Seguí caminando por la calle hasta que encontré mi moto aparcada cerca de la esquina. Me puse el casco y arranqué el vehículo.



Pietra

Capítulo dos

Caminaba detrás de mis padres y junto a mi hermana cuando entramos en el salón. Estaba emocionada por la velada. Por fin mi padre nos había permitido asistir a una de las fiestas que organizaba la familia.

Aunque sabíamos que era por nuestra propia seguridad, Perla y yo no veíamos mucho de Roma más allá de los muros de la mansión Bellucci. Yo quería poder acompañar a mi padre en misiones como hacía mi hermano mayor. Pero Dante estaba siendo preparado para ser rey y nosotros, bueno... seríamos una moneda de cambio en algún momento.

Estar en aquella celebración me daba la ilusión de que había un poco de libertad e incluso glamour en mi vida. Además de la oportunidad de conocer a otras personas y ver el mundo.

Con mi percepción dispersa por todos los rincones del lugar, miré a mi alrededor, fijándome en la ropa y los modales de la gente. Hasta que mi atención se fijó directamente en los ojos azules de un camarero. Era muy alto, más que la gente corriente que estaba acostumbrada a ver. Tenía la piel clara y el pelo muy rubio. Rasgos que no eran tan típicamente italianos, y quizá por eso me atraían tanto.

Uno de nuestros soldados se acercó a mi tío Theo y le susurró algo al oído, haciendo que se tensara.

—Hay un ruso entre nosotros.

¿Ruso?

Esa palabra seguía resonando en mi cabeza mientras volvía a mirar al hombre que había atraído mi atención y desaparecido como el humo. Era posible que fuera el ruso.

No sabía mucho sobre los detalles de los negocios ilícitos de mi familia, pero si algo sabía era que no nos gustaban los rusos.

Me levanté de la cama mientras los rayos del sol tocaban mi cara, despertándome por la mañana. Entrecerré los ojos mientras me acercaba a la ventana y corría un poco más la cortina para poder mirar hacia abajo.

Habían pasado cuatro años desde aquel suceso, pero a menudo soñaba con el mismo momento en que mis ojos se cruzaban con los intensamente azules del ruso. Yo no lo conocía, y si mi familia sabía algo de él, tampoco se preocupó de decírmelo. Sin embargo, al mismo tiempo, la consigna contra los rusos no había cambiado: eran enemigos.

Pensaba que era completamente imposible que volviera a ver a ese hombre y, si lo hacía, sabía que no nos involucraríamos.

Me incliné sobre el alféizar de la ventana y seguí mirando hacia abajo. Mi habitación daba a la entrada de la casa, y era de allí de donde obtenía la mayor parte de la información sobre quién entraba y salía de la mansión.

Oí que llamaban a la puerta y me giré inmediatamente al ver entrar a mi hermana sin esperar respuesta. Perla tenía la misma edad que yo, llevábamos juntas desde la barriga de mi madre, pero me gustaba el hecho de que no tuviéramos exactamente la misma cara, porque cada una tenía su propia personalidad.

—¡Buenos días! —Se tiró en mi cama, jugueteando con su pelo oscuro y poniéndolo en su sitio.

—Buenos dias.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Me alejé unos pasos de la ventana y me fui.

—He oído que los Mancini vienen hoy aquí.

—¿Quién lo dijo?

—Oí hablar a los empleados en la cocina.

—No puedes dejar de fisgonear, ¿verdad?

—¿Vas a decirme que tú no sientes curiosidad? —Se estiró, metiendo las piernas y

abrazándolas, poniendo los pies sobre mi colchón, lo que me hizo torcer los labios.

—Sí, pero imagino que vienen a ver a la tía Tati.

—Parece que vienen a vernos a nosotras.

—¿Nosotras? —Alcé una ceja, un poco temerosa. —¿Qué querrían de nosotras los sicilianos?

—Tendríamos que preguntarle a papá para estar seguros, pero tengo mis sospechas.

Me senté a su lado y las dos tragamos saliva al mismo tiempo. Nos miramos y no hizo falta que lo dijéramos en voz alta para que supiéramos lo que pasaba. No había otra razón para que los sicilianos quisieran vernos que la función principal de una mujer en la mafia, ser moneda de cambio.

Sabía muy bien cómo había sido el matrimonio de mis padres y, por muchos años que pasaran, algunas cosas nunca cambiarían. Mi destino no sería muy diferente al de mi madre.

—Ve a lavarte los dientes. —Perla me dio un codazo, riéndose y haciendo que me relajara un poco.

—Ya voy.

—Le pedí a Gabriela que nos hiciera tortitas con mermelada de frutas. Sé cuánto te gusta.

—Gracias. —Me levanté de la cama y fui al baño más cercano del pasillo para prepararme para el día.

Era sábado y los fines de semana descansábamos de nuestras tareas. Cuando éramos niñas, no había mucha distinción entre nosotras y los chicos de la familia. Teníamos clases juntos y un pedagogo que respondía a nuestras preguntas. Cuando nos hicimos mayores, mientras nosotras estudiábamos música, informática e idiomas, ellos aprendían a desmontar armas y a conocer la pureza de las drogas.

Mi madre solía decirme que era mejor así, que no teníamos que ensuciarnos las manos ni cargar con el peso en la conciencia por haberle quitado la vida a alguien, pero a veces sentía que podía hacer algo más por la familia que quedarme ahí esperando lo que el destino me tenía preparado.

Cuando cumplimos quince años, Perla y yo nos unimos a mamá, a la tía Tati y a nuestra prima Manuela para dirigir la empresa de filantropía. Me gustaba trabajar allí, aunque solo íbamos un par de veces a la semana y, con la ayuda de mamá, había convencido a mi padre para que me permitiera estudiar medicina, que había empezado hacía unos meses. Tenía clases teóricas con un profesor en la mansión y pronto podría ir a la facultad para las clases prácticas.

Salí del cuarto de baño, después de secarme la cara con una toalla, y me encontré con la matriarca de la familia en el pasillo.

—¡Abuela!

—Pietra. —Rosimeire Bellucci me abrazó y me besó en la cabeza. —¿Te encuentras bien?

—Sí.

—No las vi ni a ti, ni a tu hermana en el desayuno.

—Quizá dormí un poco más de lo debido. —Hice una mueca y mi abuela se rió.

—No pueden estar sin comer.

—Ahora comeremos algo. Perla ya ha hablado con el cocinero para que nos haga tortitas.

—Bien hecho.

—¡Voy para allá a comer, abuela! —Pasé junto a ella y le di un beso en la mejilla.

—Cuídate.

—Tú también.

Pasé por la puerta de mi habitación y le hice una seña a mi hermana para que me acompañara. Perla se levantó de la cama y caminamos juntas hasta la cocina.

—¡Buenos días, señoritas! —Gabriela, la jefa de cocina, nos sonrió en cuanto entramos en la sala.

—¡Buenos días!

Nos sentamos en la mesita del rincón y ella vino con una bandeja para servirnos el

desayuno.

—¿Sabes si la señorita Manuela viene a desayunar?

—¿No ha desayunado con todos esta mañana? —le pregunté.

—Los hombres se fueron muy temprano, había amanecido y no vi a la señorita mientras la mesa aún estaba puesta...

—¡Hola! —La cocinera apenas había terminado de hablar cuando mi prima entró en la cocina. Estaba jadeante y sudorosa, arreglándose la coleta que le sujetaba el pelo—. Estaba corriendo alrededor de la casa. Voy a darme una ducha y bajo a comer algo.

—Muy bien, señorita.

—Gracias.

Mi prima nos saludó, y mi hermana y yo le devolvimos el saludo.

Manuela era la mayor de las primas. La primera hija del tío Theo, estaba a punto de cumplir veintiún años, mientras que mi hermana y yo teníamos diecinueve y nuestra prima Nina dieciséis.

Tomé el vaso de jugo de naranja y bebí unos sorbos. Perla acercó la tortita y cortó un trozo, llevándoselo a la boca. Mientras disfrutábamos del jugo y las tortitas, oímos el ruido de los coches que aparcaban. Podría haber sido solo mi padre o alguno de mis tíos que volvían a casa, pero el escalofrío en el estómago y una sensación de inquietud no disminuyeron como deberían.

—¿Estás bien? —Perla dejó el tenedor a un lado del plato y me miró.

Moví la cabeza afirmando.

—Sólo pensaba.

—¿Pensabas en qué?

—Nada demasiado importante.

—Pietra... —Torció los labios y me miró con seriedad.

—¿Qué ocurre?

—Sabes que puedes hablar.

—No es nada importante —le aseguré.

—De vez en cuando te despiertas sintiéndote extraña por la mañana.

—Debe ser el sueño.

—Podría ser. —Mi hermana volvió a prestar atención a su desayuno y no insistió.

No le había contado a nadie lo de mi contemplación en la gala benéfica de hacía cuatro años. No ganaría nada confesando lo que me robaba el pensamiento, además de no saber nunca si el tipo seguía vivo.

—¿Chicas? —Oí la voz de mi madre y me volví hacia la puerta de la cocina, viéndola entrar y mirarnos. —¿Terminaron de comer?

—Todavía no.

—Terminen pronto, por favor.

Perla y yo nos miramos hasta que asentimos.

—Las espero a las dos en la biblioteca de la abuela.

Tragué con fuerza y el trozo de tortita bajó con dificultad.

Había una razón importante por la que mi madre quería hablar con nosotras, y ya sospechaba cuál era por la conversación que había tenido antes con mi hermana. El ruido de los coches no era solo mi padre o un producto de mi mente.

Mi hermana y yo terminamos de comer el resto de la tortita. Me di prisa porque pensé que cuanto más rápido afrontara la situación, menos dolorosa sería. En cierto modo, toda la vida habíamos estado parcialmente preparadas para esto. Nunca tuvimos el libre albedrío de salir y encontrar a alguien con quien quisiéramos pasar el resto de nuestras vidas.

No nos enamoramos para casarnos, intercambiamos votos y esperamos que surgiera algún tipo de amor con el tiempo. Sería feliz si tuviera una conexión como la de mis padres.

Pasamos por el salón, que seguía vacío, y subimos a la biblioteca, donde mi madre estaba

hablando con mi abuela.

—Chicas.

— Hola. — Perla saludó tímidamente y yo seguí en silencio.

—Siéntense aquí. —Mi abuela señaló el sofá que tenía delante.

Mi hermana y yo nos acercamos y nos pusimos una al lado de la otra. Nos miramos, como intercambiando confidencias, hasta que Perla se atrevió a romper el silencio e interpelar a las mayores.

—Son los sicilianos, ¿no? Oí que llegaban hoy.

—¿Quién te lo ha dicho? —Mi madre parecía sorprendida.

—Empleados.

—Ah, sí, son ellos —confesó—. La familia de Tatiane está aquí y están hablando en este momento con tu padre y tu tío Theo. Como ambos saben, la influencia de los sicilianos en toda Italia es muy fuerte. Y mantener una alianza con ellos es crucial para la seguridad de la mafia y de nuestra familia.

—La tía Tati es nuestra familia.

—Sí, pero ahora que tienen un nuevo capo, tu padre cree que es importante mantener esta alianza.

—¿Quién de nosotras se casará con Luca? —Perla fue al grano.

—¿Por qué no Manuela? —No dejé que mi madre respondiera a la pregunta por el escalofrío que sentía en el estómago.

—Manuela es hija de Tatiane y prima del capo de Palermo. No es apta para casarse con él debido a sus lazos de sangre.

Permanecí en silencio, con un nudo en la garganta. Sabía que ocurriría en algún momento, pero esperaba que fuera más tarde. Como yo había sido la primera en nacer, tenía la terrible sensación de que la sentencia caería sobre mí, pero si no acababa con él, sin duda acabaría con otra persona.

—Nina...

—Aún es una adolescente.

Hice algunas cuentas mentales y calculé que Luca Mancini debía de tener unos treinta o cuarenta años. Sabía que cuando murió su padre, él aún era un niño y su madre se hizo cargo del negocio hasta que tuvo edad suficiente. El tío Theo fue quien había matado a su padre e imaginé que casarse conmigo era un intento de asegurarse de que no se volviera contra mi familia.

—Yo voy. —Perla se levantó cuando se dio cuenta de que yo seguía congelada y paralizada.

—Van a ir las dos. —La corrigió mi madre—. Aún no se ha decidido nada y digamos que él ha venido a conocerlas.

Ya lo conocía de lejos y pensé que eso era suficiente. No quería, pero por el bien de mi familia sabía que tenía que ir.

Todo para la familia... Ese había sido siempre nuestro lema y seguiría siéndolo aunque pasaran los años.

Asentí la cabeza lentamente y miré a mi abuela. Ella asintió y me dedicó una discreta sonrisa. Ya había pasado por esto antes y ahora nos tocaba a nosotras.

—¿No sería mejor ponernos algo más bonito? —Me señalé a mí misma, a mi hermana y luego miré a mi madre.

Perla y yo solo llevábamos pantalones cortos de jean y una camiseta. En el fondo, sin embargo, solo quería una excusa para retrasar el momento un poco más. No es que no conociera al tipo, pero verlo pasar de pariente de mis primos a marido en un solo día me ponía nerviosa y temerosa.

—¡Vayan! —La abuela nos sujetó las rodillas y nos animó a levantarnos sin esperar la respuesta de mi madre. —Pero no se demoren.

Perla asintió y me tomó de la mano, arrastrándome con ella fuera de la biblioteca.

—Parecía que te iba a dar un infarto —me dijo mi hermana cuando llegamos al pasillo y nos quedamos solas.

—¿Y a ti no? —Me llevé las manos a la cintura y me volví hacia ella con cara de indignación.

—No es como si tuviéramos la opción de decidir por otra persona. Al menos es alguien que conocemos. Incluso les cae bien a nuestros primos.

—Eso no significa que vaya a ser un buen marido.

—No tienes forma de saberlo.

—Una de nosotras va a tener que mudarse, irse a Palermo y ser la esposa de un tipo que ni siquiera nos gusta.

—Así es como funciona. —Mi hermana torció los labios y quise decirle que se equivocaba, pero no fue así—. Cambiémonos pronto antes de que papá venga a recogernos en persona y la situación empeore aún más.

Fui a mi habitación, elegí un vestido discreto y miré mi tocador, pero decidí no ponerme ningún perfume ni maquillaje que pudiera llamar demasiado la atención. Sentía un incómodo escalofrío en el estómago y cuanto más se acercaba el inevitable momento, peor era esta sensación.

Quería ser médica, para tal vez labrarme un futuro diferente, pero como princesa de la mafia, eso podría no ser una opción.

—¿Pietra? —Perla apareció en mi habitación, llamándome.

—Ya voy.

Abrí la puerta y le dediqué a mi hermana mi mejor sonrisa antes de seguirla por el pasillo donde estaba mi madre. Bajamos juntas y cruzamos el salón hasta el jardín.

La primera persona que vi fue a mi padre, su pelo gris y su amenazadora postura seria se reflejaban incluso en sus ojos azules. A su lado estaba el tío Theo y hablaban con un hombre que nos daba la espalda.

Se volvió en nuestra dirección cuando nos oyó acercarnos y sentí que el corazón se me salía por la boca. El hombre alto, moreno y de postura altiva era Luca Mancini, el hombre más poderoso de la isla de Sicilia. Una alianza con él era crucial para mi familia a fin de evitar una

guerra civil dentro del país, en caso de que intentara volverse contra nosotros.

Mi abuelo ya había quedado atrapado en el fuego cruzado y yo no quería un destino similar para mi padre.

—Señor. —Mi hermana y yo asentimos.

—Las gemelas Bellucci.

—Mis adorables hijas. —Mi padre nos sonrió.

—Tan hermosas como deberían ser.

—Gracias —dijimos Perla y yo juntas.

—Tienen un jardín precioso. ¿Podemos dar un paseo juntos? —Le pidió permiso a mi padre, que nos miró antes de asentir.

No es que fuéramos a estar a solas con él, había un hombre cuidando cada centímetro de aquella casa, ojos vigilantes por todas partes para garantizar nuestra seguridad, pero el escalofrío en el estómago no me abandonaba.

Luca dio un paso hacia mí, ofreció su mano para besar el dorso de la mía e hizo lo mismo con mi hermana. Nos acomodó a cada uno en sus brazos y nos guió por el sendero que conducía al centro del jardín.

—Marco me dijo que te interesa la medicina. ¿Es cierto?

—Sí. —Me sorprendió la pregunta que me hizo el hombre. De las muchas cosas de las que podría haber querido hablar, no supuse que mis sueños fueran una de ellas—. Al ir con mi madre a la ONG vi lo mucho que la gente más sencilla necesita cuidados básicos, la sanidad sigue siendo muy precaria en algunas partes de Roma, así como los refugiados que llegan continuamente.

—En Palermo también hay gente necesitada.

—Me lo imagino. —Intenté seguir sonriendo, pero acabé tragando saliva otra vez.

Giró la cara, mirando de mí hacia mi hermana, y me sentí aliviada.

—Tus cuadros son preciosos.

—¿Los has visto? —Perla sonrió y parecía mucho más entusiasmada con la conversación que yo.

—Pedí uno la semana pasada a la galería de arte.

—Deja de bromear. —Apartó la mirada como avergonzada. —Es solo un juego de niños.

—Imagínate entonces cuando pintes de adulta. Seguro que valdrán miles de euros.

—No sabía que fueras cómico.

—No lo soy.

Me sorprendió la conexión que estaba teniendo con mi hermana. Mientras yo quería salir de allí lo antes posible, Perla estaba muy a gusto hablando con el hombre. Le solté el brazo y Luca siguió agarrado al suyo como si no le importara que me alejara.

—El óleo tarda mucho en secarse y la magia de la acuarela me parece increíble —aseguró él.

O fingía muy bien o mostraba el mismo interés por el arte que mi hermana.

No me alejé para dejarlos solos, porque no iba a abandonarla, sino que permanecí en silencio, limitándome a observar la conversación.



Mikhail

Capítulo tres

No sabía cómo sería todo tras la muerte de mi padre, o quizá sí. Simplemente no quería aceptar esa realidad para que no llegara demasiado rápido. Nunca temí a nada y me enfrentaría a cualquier demonio que se cruzara en mi camino, de eso no había duda. Esa era la razón por la que seguía con la cabeza bien alta.

Después del funeral, fui al club de striptease al que solía ir mi padre. El mismo lugar donde conoció a mi madre. Era una ucraniana que había dejado un pueblo para convertirse en la puta favorita del jefe de la mafia, pero la vida había sido mucho más cruel con ella de lo que me hubiera gustado, después de alejarse de todos los que conocía para sufrir violencia física y psicológica, seguía siendo adicta a las drogas. Yo tenía dos años cuando murió de sobredosis y la encontraron en el suelo del cuarto de baño.

Los hombres de mi padre me agarraron y me convirtieron en soldado y asesino letal. Me esforcé por ser el mejor y con el tiempo llamé su atención.

Aparte de mí, solo tenía otro hijo, el heredero nacido del vientre de su abnegada esposa. Una mujer que había muerto hacía unos años y había quedado enterrada en su propia amargura.

Igor se había convertido en el jefe y yo estaba bastante seguro de que nuestra disputa acabaría con la posición que yo había construido dentro de la mafia. Él sentía celos de la atención que nuestro padre me daba y yo lo consideraba un imbécil para asumir la posición que ahora tendría.

Aparqué la moto delante de la mansión y me quité el casco. Había vivido allí los últimos cinco años, pero sabía que me había convertido en una presencia incómoda con Igor cuidando del lugar.

Los soldados me saludaron con una inclinación de cabeza y un breve saludo y me dejaron pasar. Atravesé la puerta principal porque me consideraba digno, por mucho que Igor no estuviera de acuerdo. Tanto si mi hermano estaba de acuerdo como si no, mi padre me había dado una habitación y un espacio en aquella casa por méritos propios.

Subí las escaleras hasta el piso superior y caminé por el pasillo hasta mi puerta. Oí ruidos procedentes de la habitación de Igor, pero los ignoré. Cuanto menos nos cruzáramos, mejor para nosotros.

Entré en la habitación y tomé un bolso del armario, recogí mis pertenencias y las eché en él. Iba a encontrar un lugar donde vivir, tenía dinero más que suficiente de mi negocio para comprar un bonito piso y mantenerme durante un tiempo si Igor me abandonaba por completo.

Abrí la puerta del medio y encontré un joyero, un pequeño collar con una cruz ortodoxa. El único recuerdo que tenía de mi madre. Lo metí en el fondo de la maleta. No era una sentimental, pero cuando no tienes a nadie, es difícil no encariñarse con las pequeñas cosas.

Tomé lo que necesitaba y cerré la maleta. Estaba sacándola al pasillo cuando oí que se abría la puerta de la habitación de Igor. Para mi sorpresa, no era mi hermano quien salía, ni tampoco una mujer, sino un hombre que se dio la vuelta y le besó en la boca.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Apretó los dientes nada más verme cuando el hombre al que reconocí como soldado salió de su campo de visión y le permitió verme.

—¿Quién es la pequeña zorra? —Tal vez no debería haber hecho ese tipo de burla, pero habiéndome tragado sus burlas toda la vida, no podía callarme.

Varias veces el cabrón me había hecho tener sexo con putas delante de él, diciéndome que tenía que demostrar que era un macho, pero no era mi gusto por las mujeres lo que estaba en juego.

—Mi padre debería haberte matado cuando naciste.

—Parece que ya no tendrá la oportunidad de hacerlo.

Igor resopló, gruñó como un toro y vino hacia mí. Esquivé un puñetazo y dejé caer la maleta al suelo. Llevaba años conteniéndome para no pegarle, pero no iba a dejarme pegar sin hacer nada. Le di un puñetazo en el plexo solar. Estaba sin camiseta y el impacto fue lo bastante fuerte como para hacerlo tambalear.

—¡Cabrón! —me gritó.

Andrei, el soldado que estaba con él, salió en su defensa y me atacó. Moví el brazo para

protegerme de un puñetazo en la cara y luego me agaché para evitar que me golpearan en el estómago. De repente, los dos estaban encima de mí, dándome puñetazos y patadas, que yo esquivaba y devolvía.

Sentí un sabor de hierro en la boca cuando Andrei me golpeó en el estómago con un potente puñetazo. Era más preciso y estaba mejor entrenado que Igor, que había pasado la mayor parte del tiempo huyendo de la preparación.

Agarré el brazo de Igor cuando intentó darme un puñetazo y le golpeé en el pecho, luego en el mentón, haciéndole escupir un poco de sangre. Llevaba muchos años esperando ese momento para poder desquitarme de todo lo que me había hecho y no me contuve, me defendí y ataqué.

Andrei me golpeó la rodilla, lo que hizo que mi cuerpo se inclinara hacia un lado, pero giré sobre mí mismo y le di una patada en un costado de la cintura con la otra pierna.

Ambos vinieron hacia mí y me agaché, haciendo que se golpearan contra la pared.

No conseguí esquivar tan bien el segundo puñetazo de Andrei, que impactó en mi mejilla y mermó mis sentidos durante unos segundos.

Me empujaron y me detuve tambaleándome cerca de las escaleras que bajaban al primer piso.

Igor lanzó otro puñetazo, que esquivé fácilmente.

Se abalanzó sobre mí con todas sus fuerzas y yo giré en redondo, apartándome del camino. Pisó mal el borde de la escalera y acabó cayendo, rodando peldaño tras peldaño hasta llegar abajo. Al prestarle atención, olvidé que Andrei estaba detrás de mí y me empujó. Intenté inclinar el cuerpo hacia atrás para no caerme, pero no lo conseguí. Rodé escaleras abajo, sintiendo cómo mis huesos chocaban contra cada escalón. Me esforcé por mantener la cabeza firme y minimizar en lo posible el impacto sobre ella, pero en cuanto llegué abajo, seguía mareado.

Apenas tuve tiempo de recuperarme de la caída antes de que Igor estuviera encima de mí.

—No voy a cometer el mismo error que mi padre.

—No creo que él me viera de esa manera.

Igor empezó a darme puñetazos y yo me rodeé la cara con los brazos para evitar que me golpeara. En cuanto me di cuenta de que se estaba cansando, levanté la rodilla y giré el cuerpo, impulsando la pierna. Le di de lleno en la mandíbula y él retrocedió, gritando de dolor.

Andrei lanzó una pistola contra Igor y, afortunadamente, no intentó darme. Era lo bastante listo para saber que si la bala fallaba por medio milímetro podía matar a Igor.

Mi hermanastro apuntó el revólver en mi dirección y yo me levanté, acercándome a él y con un movimiento lo desarmé. Se lo quité de la mano y salió un disparo contra la pared, dejando un agujero.

En mi campo de visión pude ver que muchos de los soldados se habían reunido en la sala para observar la lucha, pero ninguno de ellos se atrevió a interferir.

Igor intentó darme otro puñetazo y yo le agarré de la muñeca, tirando de él con fuerza y golpeándole la cabeza contra el escalón.

Se alejó mareado, con un hilillo de sangre corriéndole por un lado de la cara, donde el golpe le había abierto una grieta en la frente. Volvió a abalanzarse sobre mí y me golpeó en el estómago, pero yo me defendí y le golpeé en la cabeza. La sujeté, golpeándola sucesivamente contra la pared. No paré, empleando cada vez más fuerza, vi cómo su cara se volvía y se hinchaba hasta que perdió el conocimiento y seguí golpeándole. Entonces su cráneo se hundió y la sangre salpicó mi ropa.

Lo dejé caer al suelo y su cuerpo sin vida cayó al pie de la escalera.

Había actuado por impulso y rabia, pero había acabado matándolo.

Yo era un bastardo, hijo de una prostituta y acababa de enterrar a mi padre. Pensaba que no tenía autoridad, pero me di cuenta de que estaba equivocado cuando, en lugar de dispararme, los soldados se inclinaron.

Tenía la sensación de que me respetaban más que a Igor, pero en ese momento lo supe con certeza.

—¡Pakhan! —susurró uno de ellos y me di cuenta de en qué me había convertido.



Pietra

Capítulo cuatro

Sabes que no hay escapatoria cuando te das cuenta del mundo en el que has nacido. Era una versión más oscura y distorsionada de la Edad Media, donde gobernaba el más fuerte y las alianzas eran lo más importante de todo.

Mi padre me amaba a mí y a mis hermanos, y la forma en que lo demostraba era protegiéndonos y cuidándonos. Siempre fui una chica lista y, aunque el deseo de escapar, descubrir y conocer nuevos lugares era innato en mí, era plenamente consciente de que sin la protección de los soldados y de mi familia podían meterme fácilmente una bala en la cabeza o hacer algo peor. Los Bellucci tenían muchos enemigos, heredados por todos, transmitidos por la sangre y renovados como el amanecer cada día.

Tenía la mejor vida posible, dentro de mi mundo, era una princesa. Lo mismo le ocurría a mi hermana. Sabía que mi padre no habría elegido a Luca Mancini como marido de una de nosotras si no lo hubiera considerado oportuno. Era poderoso, influyente y disponía de los recursos necesarios para proteger a su esposa. Además de fortalecer lo más importante, la familia.

Aunque era plenamente consciente de todo esto, no podía evitar la sensación de incomodidad y el escalofrío en el vientre que me consumían locamente.

En cuanto nos despedimos del siciliano, mi hermana y yo volvimos a nuestra habitación. Ella suspiró levemente mientras el escalofrío en mi estómago seguía siendo innegable. Sabía que para ser una Bellucci mis decisiones debían tomarse pensando en todos y no solo en mí, y el hombre con el que pasaría el resto de mi vida era crucial para ello, pero...

—No quiero casarme con él. —Cerré la puerta cuando entró Perla y me tiré en la cama, cubriéndome la cabeza con una almohada.

—¿Cómo que no?

Apreté más la almohada y me acurruqué.

—Es encantador y guapo. Tiene un acento tan sexy...

—¿Te gusta? —Me levanté de la cama y sobresalté a mi hermana con mi ágil movimiento; me sorprendió oírla decir que tenía algún interés en el siciliano.

—Yo... —Se frotó las manos y apartó la cara, ocultándola en su pelo oscuro y ondulado.

— ¡Oh! —Me quedé de piedra.

—Seamos realistas, Pietra. No iremos a la universidad ni saldremos con un chico del equipo de fútbol. Nunca tendremos la oportunidad de tener sexo en la parte trasera de un coche viejo. Nuestros destinos serán fijados por papá, y el elegido será nada menos que un jefe. Entonces, ¿por qué no él? Es primo de Manuela, lo conocemos, y no iremos tan lejos. Sin mencionar que Palermo es una ciudad hermosa.

—Sí... Es un buen candidato.

Mi hermana tenía razón. Tenía que ser alguien, y Luca estaba demostrando ser un hombre digno ante las opciones que se presentaban. Sin embargo, no podía quitarme de la cabeza las imágenes del hombre que había visto cuatro años atrás.

—No estarás pensando en él, ¿verdad?

—¿En quién? —Me hice la desentendida.

—El chico rubio.

—Por supuesto que no. —Me eché el pelo hacia atrás y desvié la mirada hacia la ventana, observando cómo los rayos de sol de la tarde atravesaban el cristal y brillaban sobre las tapas de mis cuadernos y libros de la mesita de noche.

—¡Pietra! —Mi hermana me tiró del brazo y me hizo volverme hacia ella.

—La única razón por la que no es un espejismo es porque me dijiste que tú también lo viste.

—Sabes que si los soldados de papá no lo han matado, tus posibilidades de volver a verlo son nulas. Ya oíste lo que dijeron, el tipo es ruso.

—Un enemigo... Lo sé. —Me crucé de brazos y solté un fuerte suspiro.

No tenía por qué albergar sentimientos por alguien a quien había visto durante menos de

un minuto. No sabía cómo se llamaba, de dónde era ni qué demonios hacía en aquella fiesta, pero no podía dejar de soñar con él. De noche en noche, el mismo recuerdo se repetía como si el bucle fuera a durar para siempre.

—Olvídalo. —Hice un gesto con la mano, intentando evitar el tema—. Como tú misma has dicho, no voy a volver a verlo y por eso ya no importa. El tema es Luca, te vas a casar con él...

—Nadie dijo que yo vaya a casarme con él.

—Seamos honestas, tú quieres y yo no. Él sería un idiota si me eligiera.

—Los hombres son idiotas.

—¡No lo somos!

Me sobresalté y casi me caigo de la cama cuando mi hermano mayor abrió la puerta y entró en la habitación. Con unos ojos tan azules como los de nuestro padre, recorrió la habitación hasta situarse frente a mí.

—¡Dante!

—¡Hola, gemelas!

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué parte de la conversación has oído? —Perla se cruzó de brazos y le miró con seriedad—. Fisgonear está mal, incluso para el futuro jefe.

Se pasó la mano por el pelo negro y se lo echó hacia atrás, como si no le importara el disgusto de Perla.

—Dante... —dije un poco más amablemente y con el corazón en la boca. No podía imaginar qué pasaría si mi padre se enteraba de mis sentimientos platónicos por un fantasma, aunque ni siquiera sabía cómo se llamaba.

—Solo ustedes criticando a los hombres. ¿De quién estaban hablando? —Entrecerró los ojos para vernos mejor.

—De ti. —Perla le dio un codazo.

—Ja, ja. —Torció los labios—. Compré unos chocolates para ustedes que vi en la calle, pero como no son mis mayores admiradoras, puedo comerlos solo.

—¡Eh! Un momento. —Salimos juntas de la cama y nos lanzamos sobre nuestro hermano, que levantó las manos, impidiéndonos tomar los chocolates que sostenía.

—Dámelo. —Perla se puso de puntillas, tirando de su brazo.

—No, soy un idiota.

—Déjate de dramas, Dante.

—¿Yo dramático? —Bajó la mirada y apretó los dientes como si se hubiera irritado aún más.

—¡Así es! —Mantuve mi postura. —Ni siquiera tuviste que escuchar nuestra conversación.

—Sólo oí una frase.

—Entonces danos ese bombón enseguida para compensarlo.

—Compensar, ¿eh? —Alternó su mirada entre nosotras dos.

—Sí. —Perla hinchó el pecho.

—Ustedes dos solo van a engordar más. —Abrió las manos, dejándonos agarrar los chocolates.

—¡Ves, un idiota!

—¡Ustedes me aman! —Intentó recuperar los chocolates, pero me giré y mi hermano me abrazó.

—¡Dante! —Una voz gruesa y firme resonó en el pasillo y dimos un paso atrás, enderezando la postura.

Vi a mi padre salir de su despacho. Terminó de guardar una pistola en su funda antes de volver a mirarnos.

—Sí, papá —dijo mi hermano.

—¿Vamos?

Asintió con la cabeza.

El jefe se acercó a nosotras y Perla y yo permanecimos inmóviles hasta que se inclinó y nos besó a cada una en la frente.

—¿Todo bien, chicas?

Asentí y le rodeé la cintura con los brazos. Se quedó quieto un momento y me devolvió el abrazo. A su manera, papá siempre fue muy cariñoso con nosotros. Éramos su familia, siempre estábamos primero y nunca dejaba de hacerlo notar.

Acarició mi pelo y el de mi hermana antes de alejarse.

—Compórtate.

—De acuerdo —dije en voz baja y dejé que se alejara.

—Vamos, Dante. —Hizo un gesto a mi hermano para que lo siguiera y caminaron juntos hasta que desaparecieron por las escaleras.

Probablemente irían a una de las muchas misiones relacionadas con la mafia. Sabía que era para protegernos, pero a veces quería poder estar con ellos, vivir un poco la acción, y no ser solo la princesa indefensa por la que los soldados daban la vida.



Mikhail

Capítulo cinco

Oí el sonido de la aguja al recorrer mi piel, ignorando el ligero dolor. No eran mis primeros tatuajes, pero aquellos significaban más que los demás.

De bastardo a jefe. Me alegré, por mucho que no creyera que fuera a suceder. Sin embargo, tras la muerte de mi hermano, los hombres más cercanos a mi padre me confiaron que era por mí por quien esperaba dejar ese puesto. Igor nunca había sido lo bastante fuerte para ocuparse de los negocios, pero yo sí.

El tatuador dejó de mover la aguja y miré hacia mi hombro, las estrellas que representaban mi liderazgo, así como las de mis rodillas, que dejaban claro que no me arrodillaría ante nadie.

—¡Pakhan!

Uno de los hombres se acercó a la puerta de mi habitación y le hice un gesto para que entrara. Mientras tanto, el tatuador guardaba sus instrumentos.

—¡Mikhail Orlov!

—Serguei Ivanov.

—Tu padre estaría orgulloso.

—No sé si es la palabra adecuada. —Me levanté de la cama y tomé una bata para cubrirme, ya que solo llevaba los pantalones.

—Como consejero de tu padre, estuve cerca de él en todo momento hasta su muerte. Puedo asegurarte que, a pesar de las circunstancias de su nacimiento, siempre fuiste el favorito.

—Ahora que Igor está muerto, puedes decir lo que quieras.

No me caía bien mi hermano, pero incluso después de mandarlo al infierno, no creía necesario manchar más su imagen.

—¿Por qué otro motivo él te habría reconocido?

La pregunta me rondaba la cabeza y no dejaba de resonar. Sí, no era habitual que los jefes como mi padre reconocieran a los hijos de las prostitutas, pero yo creía que se trataba solo de una situación adversa.

—Ahora que Igor se ha unido a tu padre y tú eres el nuevo líder, creo que toda la organización puede seguir por el buen camino.

—Lo que ha funcionado durante años seguirá así.

—Estoy seguro —asintió—. Quiero que sepas que, al igual que serví a tu padre, estoy aquí para ofrecerte mis servicios. Te ayudaré en todo lo que necesites para mantener nuestra organización.

—Estupendo. Contaré con tus servicios. Somos los amos de Rusia y pretendo que siga siendo así.

—Tenemos mucho que alinear.

—Aprenderé rápido.

—Sé que lo harás. Vístete y nos encontraremos en tu oficina en unos minutos.

—Bien.

El hombre asintió y salió de la habitación.

Me quedé sola y miré a mi alrededor. Sentí que estaba destinado a grandes cosas y que, por fin, mi futuro estaba resultando como había imaginado.

Abrí el armario y saqué un traje. Mientras lo recorría con la mano, recordé el día en que mi padre había llamado a un sastre para que se lo hiciera. No se podía negar que Serguei tenía razón, Igor siempre había sido el heredero legítimo, pero él no me trataba como un bastardo, a diferencia de mi hermano, que no ocultaba su celos de tenerme cerca.

Me vestí adecuadamente y saqué los gemelos de rubí que me habían regalado por mi 30 cumpleaños hacía unos meses.

No había planeado ni estaba preparado para convertirme en jefe, pero llevaba la sangre en el cuerpo e iba a asumir mi papel como viniera. Cerré el armario y mi mente entró en un flash de

memoria, como un chasquido. No había pensado en ella en los últimos meses, probablemente por la salud de mi padre.

La chica había crecido desde la primera vez que la vi. Sin embargo, tenía la sensación de que sería aún más hermosa. No debería haber estado pensando en la hija del jefe de la mayor organización rival de la mía, pero ya no era solo el bastardo que la vio por primera vez.

Me había convertido en rey y podía tener lo que quisiera, incluida una Bellucci.



Pietra

Capítulo seis

Entré en el cuarto de baño y puse la ropa sucia en un perchero y el vestido en otro, luego me desnudé y me metí en la ducha. Abrí el agua y me metí, mojándome el pelo y haciendo que se me pegara al cuerpo.

Las cosas solían ser más fáciles en mi infancia. Mis preocupaciones eran jugar y aprender cosas nuevas, pero con el tiempo tomé conciencia de todo lo que me rodeaba y me di cuenta de que no podía huir de aquello, porque formaba parte de lo que yo era.

La conversación con Perla seguía resonando en mi cabeza incluso unos días después. Si no era Luca, sería otro, cualquier capo que mi padre creyera lo bastante bueno para mí y un aliado importante para la familia. Podían enviarme a cualquier lugar de Italia o incluso a otros países con brazos de la mafia italiana, como Inglaterra y Estados Unidos.

¿Cómo sería después? No lo sabía.

Podría disfrutar unos años más de la comodidad y la protección de la mansión Bellucci, pero mi matrimonio era inevitable.

Cerré el grifo, me eché el pelo hacia atrás y respiré hondo. Mi madre, mis tías y otras mujeres habían corrido la misma suerte y a mí me ocurriría lo mismo. Solo esperaba que, como ellas, pudiera encontrar una versión adaptada de la felicidad.

Me sequé con una esponjosa toalla blanca, me apliqué mis cremas, me vestí y salí de la habitación, dirigiéndome a mi dormitorio. Por suerte Perla no estaba y me encerré, esperando estar sola un rato, aunque no fuera mucho tiempo, porque era domingo.

Con el tío Mateo viviendo con sus hijos en un piso en el centro, los hombres de la familia siempre en misiones, la abuela había institucionalizado esto como el día de la familia. Todos teníamos que estar juntos, no importaba si uno de nosotros había sido fusilado. Normalmente me parecía aburrido y prefería pasar el tiempo en mi habitación, pero con la posibilidad de abandonar aquella casa, empezaba a valorar estos momentos.

Me acerqué al tocador y me pasé un poco de brillo de labios, pero antes de poder salir de

la habitación, me di cuenta de que sonaba mi móvil y lo agarré. No reconocí el número, era una línea segura, me había dado el auricular el tío Mateo y nadie, aparte de mis padres o mi familia, me llamaba nunca.

No debería contestar. Tío Mateo me había dicho que tuviera mucho cuidado, tenía un sistema muy seguro, pero eso no significaba que otras personas no pudieran espiarlo.

Aunque era por mi propia protección, no sabía nada, no había información que pudieran sonsacarme.

Me invadió la curiosidad y contesté casi en el último timbrazo.

—Hola...

—Pietra. —La voz al otro lado era firme, gruesa y muy acentuada.

Se me aceleró el corazón y me quedé sin habla.

—¿Pietra Bellucci?

—Sí. —Se me irritó la garganta y se me secó. No tenía ni idea de quién estaba al otro lado de la línea, o quizá sí, y la posibilidad me aterrorizaba al mismo tiempo que me regocijaba —. ¿Quién habla?

—Alguien a quien le encantaría conocerte mejor.

—¿Te he visto antes?

—Sí. —La gruesa voz resonó en mi interior como el tañido de una campana. No recordaba haber sentido las piernas tan temblorosas en ninguna otra ocasión—. Hace cuatro años.

—Eras el camarero de la gala benéfica.

—Exactamente.

—¿Cómo conseguiste mi número?

—Los italianos no son los únicos con algunos trucos.

—No deberías llamarme. Si mi padre se entera...

—Eso sucederá solo si se lo cuentas.

Tragué saliva y el corazón se me aceleró aún más. Lo correcto era colgar aquella llamada y salir corriendo, entregar el teléfono a alguien que pudiera rastrear el origen de la llamada y deshacerse de la situación. Pero la voz me atraía como un insecto se atrae hacia la luz.

—¿Quién eres tú? ¿Quién eres realmente?

—Creo que ya lo sabes.

—No. —Contuve la respiración con la esperanza de normalizar los latidos de mi corazón, pero di unos pasos hacia atrás hasta sentarme en la cama antes de que las piernas me fallaran por completo.

—Soy ruso.

—¿Cómo te llamas?

—Mikhail Orlov.

—Orlov... —Repetí su apellido, sintiendo que mis piernas temblaban aún más—. Eso significa...

—Sí, Bellucci.

—Eres de la principal dinastía rusa.

Puede que no estuviera al tanto de los negocios de mi familia, pero aquel apellido tenía el mismo poder que el mío y sabía que el tipo al otro lado de la línea no era un simple soldado.

—¿Eres un príncipe?

—Yo soy el rey.

Debería haberme aterrorizado cuando esa frase pareció resonar por toda la sala, aunque fui la única que la oyó.

—No debería estar hablando contigo.

—Puede que no, pero si no hubieras querido habrías desconectado la llamada.

¡Dios mío! No podía entender por qué su voz tenía tal efecto en mí. Era como si ya no

pudiera controlar las reacciones de mi cuerpo.

—Debería...

—Pero no lo harás.

—¿Qué quieres de mí, Orlov?

—Puedes llamarme Mikhail, Pietra.

—Mikhail... —Me gustó cómo sonaba su nombre en mis labios y la advertencia de peligro se hizo aún más enfática.

—Sí...

—¿Estás en Rusia?

—Así es.

—¡Ah!

—¿Querrías que estuviera allí?

—No creo que sea una buena idea. El jefe de la mafia rusa llamaría mucho la atención y mi familia no me dejaría salir viva de aquí.

—¿Crees que son tan poderosos?

—¡Claro que sí! —Hinché el pecho aunque él no pudiera verme. Si había algo de lo que no dudaba era de la fuerza de mi familia.

—Me temerían mucho si supieran de lo que soy capaz.

—¿Es una amenaza?

—Yo no te amenazaría.

Estaba al borde del pánico y la excitación, mientras lo escuchaba al otro lado de la línea. El miedo se equilibraba con la necesidad de seguir sintiendo lo que su voz provocaba en mí.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya te lo he dicho. Conocerte mejor.

—No deberíamos...

—Quizá no, pero ¿qué quieres tú?

—Debería tenerte miedo.

—Es prudente que lo tengas.

—Pero me gusta oír tu voz —confesar esto me hizo entrar aún más en pánico. Si alguien de mi familia se imaginaba siquiera que estaba coqueteando con el jefe de la mafia rusa por teléfono, no podía imaginar lo que podría pasarme.

—A mí también me gusta escuchar la tuya.

Me estremecí cuando mi mente se inundó con la única imagen que tenía de él. Un hombre alto, rubio y de penetrantes ojos azules.

Debería haber colgado, pero ya había ido demasiado lejos.

—¡Pietra! —Perla empezó a golpear la puerta de mi habitación para que la abriera. —¡Pietra! Todos te esperan abajo.

—Ya voy —le grité a mi hermana y me volví hacia el teléfono—. Me tengo que ir.

—Volveremos a hablar.

No contesté, simplemente terminé la llamada. Era una locura, pero quería que volviera a llamarme. Estaba cometiendo una locura muy peligrosa y no tenía ni idea de los riesgos.

Tiré el móvil al mueble, pero lo volví a agarrar y me apresuré a borrar el registro de llamadas, aunque no creía que eso fuera suficiente para ocultar la información a alguien como el tío Mateo, pero así me sentía más segura.

Me froté las manos con el sudor frío en el costado del cuerpo y abrí la puerta. Vi a mi hermana de pie en el pasillo, mirándome con expresión poco amistosa. Le dediqué una sonrisa forzada y jugueteé con mi pelo.

—¡Eh!

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Intenté disimularlo.

—Parece que hubieras visto un fantasma.

—Quizá fuera eso. —Solía contárselo todo a Perla, pero esta vez no sabía ni por dónde empezar. Era mejor guardarme esa información, al menos por ahora.

—¿Pensando en él otra vez?

Era algo más que pensar, pero permanecí en silencio.

—Vámonos. —Mi hermana me agarró del brazo y me sacó de la habitación—. Será mejor que bajemos antes de que empiecen a hacernos preguntas y a regañarnos por llegar tarde.

Dejé que me llevara a la zona exterior de la casa, donde la familia estaba reunida alrededor de una gran mesa en el jardín.



Mikhail

Capítulo siete

Me alejé de la ventana y volví a guardar el móvil en el bolsillo cuando Pietra dio por terminada la llamada. Después de cuatro años, por fin había oído su voz. Era aún más hermosa de lo que había imaginado y deseaba poder verla en persona, pero sabía que tendría que ser discreto y no llamar demasiado la atención.

Pietra no era una mujer cualquiera, tenía un apellido que podía meterme en muchos problemas, pero aun así la deseaba.

—¿Pudiste hacer la conexión?

La mujer se movió, apartando los ojos de la pantalla del ordenador para mirarme.

—Sí. —Me metí las manos en los bolsillos y seguí mirándola. Había dejado a mis hombres fuera y estaba solo con la hacker.

—¿Por qué querías hablar con una de las chicas Bellucci?

—No es nada que necesites saber.

—¿Vienes aquí y prácticamente me arrancas la puerta, haciendo demandas y crees que no debería saberlo?

—Eres una de las mejores hackers que conozco, Natasha Petrova.

—No creas que haciéndome cumplidos me distraerás. Ahora eres el todopoderoso. Podrías muy bien usar a uno de los hackers que trabajan para la mafia que a una simple chica que se gana la vida con el fraude fiscal.

—Es algo confidencial que debes mantener completamente en secreto.

—Hmm...

—Deberías unirte a nosotros.

—Sabes que no quiero involucrarme en las cosas pesadas que haces.

—La elección es tuya.

—Gracias por seguir dándome esa posibilidad. —Se encogió de hombros y volvió a su ordenador.

Natasha era una mujer que había venido de Armenia en busca de una vida mejor en Moscú, pero, como mi madre y muchas otras, acabó en una casa de prostitución. En una de mis visitas, la sorprendí utilizando un dispositivo que había desarrollado para robar las tarjetas de crédito de sus clientes sin que se dieran cuenta.

Le había ofrecido un rincón para vivir y equipo para trabajar a mi favor cuando necesitaba tratar asuntos que no quería compartir con el resto de la mafia. Mientras utilizara su inteligencia a mi favor, los hombres pensaban que me estaba acostando con ella y la mantenían a salvo.

Me abrí la chaqueta, saqué un fajo de billetes y lo puse en la mesa junto a ella.

—No te metas en líos.

—Como si fuera yo quien los está buscando.

Fingí no saber de qué hablaba y salí del piso.

Los soldados, que esperaban en el pasillo donde les había pedido que esperaran, me acompañaron cuando pasé junto a ellos. Aparte del hombre al que había sorprendido besándose con mi hermano, nadie cuestionaba mi autoridad. Los soldados se adaptaron fácilmente, pero yo aún no había tenido una reunión con las autoridades locales para saber cómo sería su recepción. Sin embargo, estaba convencido de que conseguiría que los que no eran tan leales aprendieran la importancia de inclinarse ante mí.

Había matado a Igor y ahora el poder estaba en mis manos y no lo soltaría por unos pocos que no estaban de acuerdo con mi ascenso.

Salí a la calle y me acerqué al todoterreno que estaba estacionado. Sin embargo, pronto oí el sonido de un disparo, que me hizo agacharme detrás de un cubo de basura. Estábamos en un barrio de clase media de la ciudad y los tiroteos no eran habituales, y aquella bala había pasado lo bastante cerca como para estar seguro de que iba dirigida a mí.

Tanteé el costado de mi cuerpo y busqué el revólver en mi funda. Comprobé las balas y

me preparé para devolver el disparo. Estábamos en una calle con muy poco tráfico, y traté de encontrar de dónde venía el tirador en mi campo de visión.

Mis soldados también se habían posicionado y esperaban el mejor momento para contraatacar.

Otro disparo rebotó en el lateral de la papelera y me moví, esperando ver de dónde procedía, hasta que encontré a un hombre detrás de un coche a unos metros de distancia. Le disparé, le di en el hombro y le hice caer.

Rodé hacia un lado, saliendo de detrás de la papelera y varios disparos me siguieron hasta que me escondí en una pared. Le di a uno que estaba encima de uno de los edificios y lo vi caer. Mis hombres abatieron a otros dos y esperamos.

No hubo más disparos, pero rodeé el coche con precaución y me acerqué al tipo al que había disparado la primera vez.

Intentó darme un puñetazo con el otro brazo y esquivé el golpe con facilidad. Le di un puñetazo en el estómago y luego una patada que le hizo caer al suelo.

Pisé el hombro afectado, empujándole hacia atrás y haciéndole gritar de dolor.

—¿Quién eres y qué haces aquí?

—Maldita puta. —Me escupió y le di un puñetazo.

—Te lo preguntaré una vez más, ¿por qué me perseguías?

Le vi apartar la mirada y fijarse en la pistola que él mismo había tirado.

Intenté agarrarla, pero el tipo fue más rápido. Pensé que me iba a apuntar a mí, pero apuntó a su propia cabeza.

—Bastardo.

—¿Qué quería, jefe? —Uno de los soldados se detuvo a mi lado.

—Morir.

—Bueno, parece que lo ha conseguido.

Era posible que encontrara alguna resistencia a mi poder, pero todos estarían condenados al mismo fin.



Pietra

Capítulo ocho

—Giovane, deja el avión y ven a la mesa. Vamos a rezar la oración para comer —gritó mi abuela, y yo me giré para ver a mi primo pequeño encogerse de hombros y seguir jugueteando tranquilamente con los mandos—. ¡Giovane! —gritó más fuerte, haciendo que el niño diera un salto de sorpresa.

—No es un avión, mamá. Es un dron —la corrigió el tío Mateo, enfadando aún más a la abuela.

—¡Como quieras! Sigues dándoles estos juguetes a los niños y no pensarán en otra cosa.

—Hijo, ven a comer —llamó la tía Luize, mirando al niño con expresión seria y haciéndole soltar el dron y correr hacia la extensa mesa con tres generaciones de Bellucci.

Giovanni se sentó junto a su hermano Nicolae e hizo una mueca a mi prima Nina, que se encogió de hombros y empezó a juguetear con su móvil.

—Guarden esas cosas —insistió mi abuela.

—Ya oyeron a la *nona*. —El tío Mateo dirigió una mirada seria a sus hijos, que guardaron todos sus aparatos electrónicos y volvieron su atención hacia mi abuela.

Rosimeire Bellucci era el pilar de aquella familia y la que más trabajaba para mantenernos a todos unidos. No había tratos, juramentos o pactos con mayor poder que esa mujer.

—Comienza la oración, Lorenzo.

—De acuerdo. —Mi primo puso las manos delante de él y se inclinó un poco hacia delante mientras cerraba los ojos—. Querido Dios, quiero agradecerte que estemos todos juntos como una familia una vez más. Que mis padres, mis tíos y mi abuela siguen aquí. Que no importa la misión, la situación de riesgo o el enemigo, siempre podemos volver a estar juntos.

—¡Amén! —dijimos todos—. Vamos a comer.

—¿Qué hay hoy? —preguntó Nina.

—¡Pizza!

—¡Genial! —Giovane se emocionó en su silla.

Hizo una señal y los empleados vinieron con las bandejas, colocándolas sobre la mesa para que pudiéramos comer. Los más jóvenes, apresurados, fueron los primeros en servirse. Mi padre hablaba con el tío Theo, pero pronto dejaron de hacerlo cuando oí a la abuela decir que se debía dejar el trabajo fuera de la mesa.

Mi atención se centró en mi hermano; parecía disperso, jugueteando con sus manos, que me di cuenta que contenían algunas heridas. Supuse que le había dado un puñetazo muy fuerte a alguien, pero si le preguntaba, sabía que no me lo diría.

Mamá y doña Rosi decían que, en el mundo en que vivíamos, la ignorancia era una bendición. Yo no sabía a cuánta gente había matado mi padre, solo que me daba un beso de buenas noches y me hacía dormir cuando era pequeña. Mi familia tenía secretos, pero ¿cuál familia no los tenía?

Hablando de secretos... Me corté un trozo de pizza y me lo tragué para disimular mi incomodidad al recordar la llamada que había recibido antes.

Era una completa locura que el tipo con el que había estado soñando los últimos cuatro años fuera el jefe de la mafia rusa. No cualquier peón, sino el líder. Estaba segura de que eso solo lo empeoraba.

Mi padre odiaba a los rusos.

Los rusos odiaban a los italianos.

Aun así, mi corazón latió más rápido cuando oí su voz. La situación podría haber sido más sencilla, pero resultó ser aún más compleja.

—¿Pietra?

—¡Eh!

—Te estoy hablando.

Giré la cabeza y me di cuenta de que mi madre me estaba llamando. Completamente

dispersa en mis pensamientos, ni siquiera había notado su voz.

—¿Quieres vino?

—¿Vino?

Perla me pisó por debajo de la mesa, haciéndome volver a la realidad y procesar mejor lo que mi madre me decía.

—Tu copa está vacía.

—Creo que prefiero jugo.

—Déjame servirte.

Ettore tomó la botella de jugo de uva y me la sirvió en el vaso.

—Gracias.

—De nada, prima.

Tomé unos sorbos del líquido y comí otro trozo de pizza mientras intentaba no perderme de nuevo en mis pensamientos. Ninguno de ellos podía siquiera imaginar qué era lo que me ponía así, y era mejor que no lo sepan.



Mikhail

Capítulo nueve

—Hoy han atentado contra tu vida —dijo Serguei al entrar en el despacho que un día fue de mi padre y ahora era mío.

—Han estado atacando mi vida desde el momento en que nací.

—Hoy ha sido diferente.

—No lo era. —Descrucé los brazos y puse las manos sobre la mesa. Levanté la cabeza y le miré directamente—. Policías, jefes locales y dirigentes de otras mafias. Todos querrán mi cabeza, ¿no es siempre así?

—Tienes razón. —Dio un paso atrás, corrigiendo su postura—. Eres más astuto de lo que pensaba, Mikhail. Realmente tienes la sangre de tu padre en ti.

—Aprendí lo que era necesario.

—Me doy cuenta de ello. —Hizo una pausa para analizarme mejor antes de continuar—. ¿Sabes quién te ha atacado hoy?

—No los conozco, pero deben de ser miembros de alguna banda local o soldados a las órdenes de alguien. Me recordaron las raíces de mi madre, como todos hacen.

—Los rusos somos tradicionales y conservadores, como bien sabes. El hecho de que tu madre no sea una mujer de buen origen pesa en tu contra, pero tus acciones redimen tu origen. También eres el único Orlov vivo. Estoy seguro de que con el tiempo no les importará quién era tu madre.

—Eso espero. —Chasqueé los dedos, viendo los tatuajes de mis falanges, y me volví para mirar al consejero—. Quiero que reúnas a los líderes de toda Rusia para que pueda presentarme. Necesitan saber quién manda ahora y que se mantendrán los negocios.

—Sí.

—Estupendo. Eso es todo. —Señalé la puerta y él asintió y se fue.

Había un cuadro de mi padre y lo miré fijamente en cuanto me quedé solo. Me preguntaba si conocía los secretos de Igor y si no habría actuado de algún modo contra nuestra enemistad porque esperaba lo que ocurriría tras su muerte. Sin embargo, mis preguntas nunca tendrían respuesta.

Saqué el móvil y vi el número de Pietra que Natasha me había conseguido. Sacar a esa chica del prostíbulo había sido una buena inversión, porque no sabía si podría conseguir a alguien más que fuera capaz de infiltrarse en el sistema de los Bellucci y conseguir el número restringido de la hija del jefe. Además de enmascarar a mi entorno para que no levantaran sospechas.

Quería hablar con la chica, y hasta que se me ocurriera una forma segura de ir a Italia y conocerla en persona, el teléfono era la única manera.

Mikhail:

¡Hola!

Envié el mensaje y pasaron muchos minutos sin respuesta. Puede que no quisiera hablar conmigo o, peor aún, que hubiera denunciado mi contacto a su padre. Ir tras ella era arriesgado y muy peligroso. Podía estar tirando una cerilla sobre paja seca y provocar un gran incendio, pero al mismo tiempo la deseaba y estaba dispuesto a correr el riesgo.

Pietra:

No pensé que intentarías hablarme de nuevo.

Mikhail:

Te dije que volveríamos a hablar.

Pietra:

¿No tienes miedo?

Mikhail:

No tengo miedo de nada.

Pietra:

Deberías tenerle miedo a algunos.

Mikhail:

¿A tu padre, por ejemplo?

Pietra:

Sí.

Mikhail:

Probablemente, sea él quien me tenga miedo.

Pietra:

¿Y yo debería tenerte miedo?

Mikhail:

¿Quieres tenerme miedo?

Volví a mirar el móvil un rato, esperando su respuesta. Este era un juego al que no estaba acostumbrado. Preocupado por los asuntos de la mafia, centrado en llevar a cabo misiones en nombre de mi padre, nunca tuve una esposa estable, solo distracciones, ¿y eso sería Pietra también para mí?

Pietra:

No. No quiero.

Mikhail:

Entonces no lo tengas.

Fui a la cabecera de la aplicación de mensajería y pulsé el botón de una videollamada. Tenía un viejo recuerdo de ella y quería verla en persona, saber cómo había influido el tiempo en su rostro.

Esperé demasiado tiempo, hasta que ella aceptó.

Sus ojos marrones fueron los primeros en llamar mi atención. Estaba tensa y se mordía los labios, enrojeciéndolos aún más. Cuando miré su cara en la pantalla de mi móvil, mis sospechas se confirmaron y me di cuenta de que se había puesto aún más preciosa de lo que había imaginado.

El silencio duró minutos interminables, mientras yo admiraba su rostro y ella el mío. Quería que nuestra cercanía fuera más allá de aquella pantalla y poder tocarla directamente. Tal vez fuera el riesgo, pero ninguna otra mujer me había llamado tanto la atención como ella.

—¡Estás loco! No deberías llamarme así...

—¿No? Quería verte, pensé que tú también querrías verme.

—Es arriesgado. Si alguien nos oye...

—Toma unos auriculares, esperaré.

Ella asintió y durante un rato la imagen que vi fue el techo de su habitación, las paredes blancas y los detalles de yeso.

No era un adolescente, sino un hombre que sabía muy bien lo que quería. Pietra Bellucci había sido el objeto de mis deseos desde aquella fiesta, y ese ansia no había hecho más que aumentar al mirarla directamente.

—Ya está. —Su rostro apareció de nuevo, hablando más bajo—. Tú... —Contuvo la respiración, como si estuviera recuperando el aliento—. Eres exactamente como te recordaba.

—Tú te has vuelto aún más hermosa.

—Yo... —Me di cuenta de que sus mejillas estaban sonrojadas y apartó la mirada.

—¿Y tú?

—No dejaba de preguntarme cómo estarías ahora. Si te encontrabas vivo.

—Así que yo no era el único que pensaba en ti.

—¿En mí? —Parecía sorprendida.

—Sí.

—Es una locura.

—Puede ser más común de lo que pensamos.

Se pasó la mano por la cara y se colocó un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja. Me di cuenta de que movía los ojos mientras examinaba mi cara.

Si Pietra hubiera estado más cerca, mis manos ya estarían recorriendo su cuerpo y la habría atraído hacia mí, pero los cientos de kilómetros que separan Moscú de Roma no eran nuestro único obstáculo.

—No debería estar coqueteando contigo —dijo ella.

—No creo que debas pensar en ello.

—Ninguno de nosotros lo está pensando.

—He hecho muchas cosas que no debería, pero sigo estando bien con ello.

Tragó en seco y me di cuenta de que había dado un paso en falso. No pretendía asustarla, pero mis palabras salieron de forma natural y ya era un poco tarde para dar marcha atrás.

—No te haré daño.

—¿Cómo puedo estar segura?

—Te doy mi palabra.

—¿Y cuánto vale?

—Todo —dije con firmeza y la hice balancearse de nuevo al otro lado de la cámara.

No quería asustarla y perder la oportunidad de acercarme, así que me esforcé por ser

cauto. Estaba ansioso por ella, pero demostrarlo podría no ser la mejor opción.

—¿Cuántos años tienes? —Su pregunta me tomó por sorpresa, pero me hizo darme cuenta de que podríamos estar acercándonos un poco más.

—Treinta.

—Eres más joven de lo que pensaba.

—Soy once años mayor que tú.

—¿Sabes cuántos años tengo? —Parecía sorprendida.

Moví la cabeza afirmativamente. Tenía esa información para la misión de hace cuatro años, solo tenía que hacer cuentas.

—No eres mayor que el tipo con el que mi padre quiere que me case.

Agarré el teléfono con más fuerza y sentí que se me revolvía el estómago. Oírle decir eso no me sentó nada bien.

—¿Con quién quiere tu padre que te cases?

—Con el jefe de los sicilianos.

—No puedes casarte con él —dije con firmeza y rotundidad, en un tono imponente y autoritario que la hizo retroceder.

—No depende de ti. —Enderezó su postura después de hablar. Puede que solo fuera una chica, pero era confiada o estúpida para considerar desafiarme.

—Por el bien de todos, es mejor que no me contradigas.

—¿Es una amenaza?

—Por ahora, es solo una petición.

Me miró fijamente, todavía incómoda y algo desconfiada. La distancia limitaba mis acciones, pero también le permitía actuar con más naturalidad, porque se creía a salvo.

—¿Por qué no quieres que me case? —Tal vez no debería haber hecho esa pregunta, pero la hizo de todos modos.

—Creo que ya lo sabes.

—No... —Contuvo el aire de sus pulmones y se quedó mirando mi imagen—. No lo sé. Dímelo.

—Te quiero para mí.

Era la primera vez que lo decía en voz alta, pero había estado seguro de ello desde que la conocí años atrás. Ninguna otra mujer había atraído mi atención y mis pensamientos tanto como ella. Si ese sentimiento no había disminuido en los últimos cuatro años, era señal de que no iba a desaparecer.

—¡Qué locura!

—Sé que tú también has pensado en mí, o no me habrías reconocido cuando me puse en contacto.

—Sí, pero...

Seguí mirándola fijamente, esperando su respuesta.

—Mi padre nunca lo aceptará.

—Él no es mi preocupación en este momento.

—Entonces, ¿qué lo es?

—Tú eres mi preocupación. Si me quieres, podemos arreglarlo con él.

—¿Arreglarlo? ¡No! Por el amor de Dios, por favor, no le hagas daño a mi padre.

—Ustedes los italianos se preocupan demasiado por la familia.

—La familia lo es todo.

—Nosotros somos todo. No podemos contar con nadie más que con nosotros mismos.

—Puedo contar con mi familia, con todos ellos, sé que harían cualquier cosa por mí.

—Y, sin embargo, tu padre va a obligarte a casarte con un hombre que no quieres —la provoqué, haciéndola reflexionar.

—¿Quién dice que no me gusta? —Hinchó el pecho, ligeramente irritada.

—Tus ojos.

—Pero eso no significa que tú me gustes.

—¿No?

—Tengo que desconectar. Alguien podría entrar en mi habitación e imagínate si se entera de que estoy hablando con un ruso.

—¡Pietra!

Desconectó la llamada. Si hubiera sido cualquier otra mujer me habría enfurecido lo suficiente como para querer degollarla, pero con ella todo fue diferente desde el primer momento en que nos miramos.

Ya había decidido a quién quería a mi lado y esa mujer era Pietra Bellucci.



Pietra

Capítulo diez

Sentía que el corazón se me iba a salir por la boca y las manos me temblaban por el pánico que me consumía. Estaba eufórica y desesperada al mismo tiempo.

Mis instintos me gritaron que corriera hacia el tío Mateo y le entregara mi teléfono móvil, diciéndole que un ruso se había puesto en contacto conmigo. No cualquiera, sino el jefe. Al igual que mi padre, estaba en lo más alto de la cadena. Debería haberme muerto de miedo, pero no podía negar la atracción que me impulsaba hacia aquel hombre.

Mientras que el miedo quería que huyera lo más lejos posible de él, el deseo me hizo quedarme y enfrentarme a él.

Me quedé mirando el móvil hasta que lo tiré en la cama y me puse las dos manos en el pecho, sintiendo que el corazón me latía deprisa, como si fuera a desgarrarme la piel y saltar.

Crecí sabiendo que mi destino ya estaba trazado: me casaría con uno de los aliados de mi padre y fortalecería a mi familia. No había lugar para el amor a primera vista, para vivir una fantasía, sobre todo cuando incluía a alguien tan peligroso.

Oí que llamaban a la puerta y me sobresalté como si me hubieran descubierto in fraganti haciendo algo muy malo. De hecho, así era, solo que no pensé que lo descubrirían tan rápido.

¿Estaban los hombres del tío Mateo espiando mi teléfono?

Agarré el aparato y borré los mensajes y los registros de videollamadas. Era mejor que nadie lo supiera, porque no sabría cómo reaccionar si se enteraban.

—¡Pietra! —La voz de mi madre llegó seguida de otro golpe.

—Te abriré.

Me levanté de la cama, abrí la cerradura, giré el picaporte y di un paso atrás para dejar entrar a mi madre en mi habitación.

—¿Estás bien, hija? —Se pasó la mano por el pelo castaño, acomodándose un mechón detrás de la oreja, y me miró, analizándome.

—Sí. —Me esforcé por esbozar una sonrisa forzada que, en lugar de ayudarme, acabó delatando por completo mi excusa.

—Estuviste actuando de forma extraña durante toda la comida. —Se sentó en mi cama y me dio unos golpecitos en el costado para que me acomodara junto a ella.

—Sólo pensaba. —Apoyé la cabeza en su hombro y miré el techo blanco como excusa para no mirarla.

—¿En qué?

—En la facultad de medicina —me apresuré a responder y dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

Si no iba a arriesgarme a decirle a mi gemela con quién estaba comunicándome, menos iba a hacerlo con mi madre. Sabía lo unidos que estaban ella y mi padre, y solo sería cuestión de tiempo que él se enterara y toda la familia se sumiera en el caos.

La princesa de los italianos no podía meterse con el jefe de los rusos.

Me deseaba y era la mayor locura que se podía imaginar. Lo peor de todo es que yo sentía que lo deseaba cada vez más. Recordé haber leído en alguna parte que lo prohibido atrae más y no podía predecir que sería tan enloquecedor.

—¿Qué te preocupa de medicina?

—Hmm. —Froté el hombro de mi madre, completamente ajena a lo que decía.

—Te he hecho una pregunta.

—Eh, nada.

—¿Nada de qué?

—Nada, mamá.

—¡Pietra Bellucci! —Me agarró de las muñecas y me obligó a girarme, de cara a ella, como si no tuviera más remedio que decirle la verdad—. Soy tu madre. Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa. Te has convertido en una mujer adulta y sé que algunas cargas y obligaciones pueden estar volviéndote loca.

—Es eso. —Solté un suspiro agudo. No era una mentira completa. Eran mis obligaciones familiares las que me estaban volviendo loca. Yo no era como las demás mujeres del mundo, que tenían derecho a enamorarse de quien quisieran.

—Mírame, niña. —Mi madre acurrucó mis manos entre las suyas y empezó a acariciarlas —. Sé que este momento no es fácil, porque ya he pasado por ello. La angustia y la espera para casarme con un hombre que ni siquiera conozco bien.

—El tío Mateo dijo que dejaste a papá plantado en el altar. —Intenté reírme y aligerar un poco la conversación, pero su mirada seria me reprendió y me hizo encogerme.

—Fue la decisión más precipitada y tonta que he tomado nunca.

El pesar en sus ojos me hizo tragar saliva y arrepentirme de haber dicho eso.

—Recuerda una cosa, Pietra. En puestos como el nuestro, las decisiones precipitadas ponen en peligro la vida de mucha gente, incluida la nuestra.

—Lo sé, mamá.

—Así que recuérdalo siempre.

—Lo recordaré.

—Buena chica. —Se inclinó y me besó en la frente.

—Gracias, gracias. —Le pasé el brazo por los hombros y tiré de ella para acercarla.

Permanecimos en ese abrazo durante mucho tiempo, pero no el suficiente para que yo me sintiera segura y dejara de preocuparme por el caos que mis deseos pudieran estar atrayendo hacia mí.

—Todo va a salir bien. —Se apartó y me acarició la mejilla con cariño.

—Sí.

—Eres preciosa. —Me rizó un mechón de pelo y me lo colocó detrás de la oreja con una sonrisa. —Todos los *capos* de Italia quieren tu mano y, ya sea Luca Mancini o cualquier otro, espero que te haga muy feliz. Rezo cada día para que tú y tu hermana sean bien tratadas y honradas como es debido.

—Te lo agradezco, mamá. —Volví a abrazarla y mi madre me envolvió en su afecto un rato más hasta que volvió a separarse.

—¿Vas a estar bien? —Me besó en la frente.

—Sí, lo estaré.

—¡Genial! —Volvió a acariciarme la mejilla. —Que duermas bien, mi angelito.

—Tú también, mamá.

Se levantó de la cama y salió de mi habitación.

Con el corazón acelerado, pensé en lo que me había dicho. Mis decisiones tenían consecuencias que podían afectar a toda la familia, y yo los quería demasiado como para querer que corrieran riesgos.



Mikhail

Capítulo once

Esa noche soñé con ella. A diferencia de cuatro años atrás, tenía nuevas imágenes para componer la visión que mi mente tenía de ella. Pietra había crecido y se había convertido en una mujer aún más hermosa. En mi sueño, sentí la suavidad de su rostro y sus labios e imaginé que sería aún mejor cuando la tocara en persona.

Me levanté de la cama, crujiéndome los huesos del cuello y la espalda, y me dirigí al cuarto de baño de la habitación que antes pertenecía a mi padre y ahora era mía. El hecho de que me hubiera reconocido legalmente, junto con la muerte de mi hermano, significaban que todos los bienes que antes le habían pertenecido pasaban a mí. No solo había heredado el puesto de jefe de la mafia, sino también una fortuna en propiedades e inmuebles.

Me incliné sobre la mesada de mármol y me eché agua en la cara. Levanté la cabeza con los mechones rubios cayendo sobre mi frente y observé cómo las gotas de agua resbalaban por mi rostro. Ese día tenía una importante reunión con los dirigentes locales y por primera vez me enfrentaría a ellos como un caballero y no como un bastardo.

Estaba dispuesto a luchar por todo lo que me pertenecía y creía merecer, eliminando a cualquiera que osara interponerse en mi camino. Lo aprenderían rápidamente, o sufrirían las consecuencias de mi ira.

Pietra encabezaba la lista de mis ambiciones y, fuera o no la hija de un capo de la mafia italiana, iba a tenerla. Si se interponía en mi camino, sentiría mi furia como cualquier otro de mis enemigos.

Saqué la toalla blanca del perchero y me la envolví en la cara. Tomé el cepillo de dientes de la mesada y me preparé para el día. Estaba listo para enfrentarme a los leones y matar a tantos como fuera necesario.

Me puse un traje bien confeccionado, gemelos de diamantes y mostré el reciente tatuaje de una corona en uno de mis dedos. Como muchos diseños que me representaban, los tatuajes de liderazgo también estaban por todo mi cuerpo y debían servir de recordatorio de en quién me había convertido.

Salí de la habitación, alisándome la solapa de la chaqueta y fui interceptado por Serguei, que parecía esperarme allí.

—¿Dormiste bien?

—Suficiente.

—Muy bien. Será mejor que estés descansado para la reunión de hoy, puede ser agotadora.

—Estoy listo para ella.

—Pensé que dirías eso.

—Como siempre lo estoy.

—Sí, ¿podemos irnos?

—Iré a la cocina a comer algo y luego iré al garaje. Asegúrate de que los soldados estén listos.

—Lo haré. —Asintió, alejándose y bajando primero las escaleras.

En cuanto llegué a la cocina, la sirvienta se sobresaltó con mi presencia, pero enseguida se recompuso para comportarse correctamente ante mí.

—Señor.

—Tengo hambre.

—Le preparé el café y me disponía a llevarlo al comedor.

—Puedes dármelo aquí mismo, no tendré tiempo de sentarme a comer.

—Está bien. —Se dio la vuelta y tomó un plato de huevos fritos y Grénki, una barra de pan frito—. ¿Prefiere leche o jugo?

—Leche.

Llenó un vaso y me lo dio. Me incliné sobre la mesada, me lo bebí lo más rápido que pude y salí de la cocina sin decir una palabra más, caminando hacia los coches donde me esperaban los hombres.

—¿Podemos irnos? —preguntó Serguei, y yo me limité a mover la cabeza afirmativamente.

Me metí en la parte trasera de una camioneta negra y el consejero subió a mi lado antes de que los soldados se organizaran y los vehículos salieran del garaje hacia el tradicional lugar de reunión de la mafia rusa.

—Van a ponerte a prueba, van a provocarte y a ver hasta dónde llegan tus límites.

—Imagino que sí.

—No puedes ceder.

—No soy una marioneta como lo fue Igor. Les enseñaré quién manda y si no están de acuerdo, les enseñaré cómo va a ser.

—Amenázalos...

—Sabes que no soy solo un hombre de amenazas, Serguei.

—A tu padre le gustaría estar aquí y verte ahora.

—No estoy muy seguro de eso, pero tampoco me importa. —Me encogí de hombros y giré la cabeza para mirar la calle fuera del coche.

No actuaba así porque necesitara demostrarle algo a mi padre, si es que era capaz de ver algo desde el infierno. Estaba harto de que me llamaran bastardo hijo de puta e iba a hacer que todo el mundo me respetara como debía, aunque eso supusiera un derramamiento de sangre. No sería la primera mancha roja en las calles de Moscú.

Los coches se detuvieron frente a un club nocturno situado a pocas manzanas de la plaza roja. Por la noche, lugareños y turistas de todo el mundo acudían allí para divertirse un rato. Allí se vendían todo tipo de estupefacientes para vivir las experiencias más diversas.

En cuanto los soldados se marcharon, salí a la calle, tiré del dobladillo de mi chaqueta y me pasé la mano por el pelo, echándolo hacia atrás.

Algunos hombres se adelantaron y Serguei entró en el club un paso por detrás de mí. En los sofás y las mesas había dirigentes de toda Rusia. Estaban allí por orden mía y se dieron la

vuelta al instante cuando me vieron.

—Esperábamos ver a tu hermano —dijo uno de ellos, que estaba sentado junto al mostrador de madera y cristal, agitando un vaso de whisky en la mano izquierda.

—Fue a ver a mi padre un poco antes de tiempo.

—Hay rumores de que tú lo mataste.

—No son rumores.

—No imaginábamos que serías tan ambicioso.

—Puede que haya muchas cosas sobre mí que ni te imaginas.

—Para ser el pakhan, debes ser implacable —dijo otro que estaba sentado en una mesa más alejada.

—¿Tienes alguna duda de que lo soy?

—Una cosa es matar a tu hermano desarmado y otra muy distinta dirigir a toda la mafia rusa. Tu padre fue un hombre astuto que dirigió el negocio durante casi cuarenta años. Tú solo eres...

—¿Qué soy yo? —Apreté los dientes y le miré con una postura represiva.

—Joven.

—Ya no soy un niño y trabajo en la mafia desde los diez años. Estoy seguro de que he visto y hecho todo lo necesario para estar en este puesto.

—Contamos con ello.

—Hablando en serio. —Un hombre al fondo se echó a reír mientras hacía girar entre sus dedos la tapa de la botella de cerveza que acababa de terminar de beber—. No puedo creer que estemos aquí tomando en serio a este bastardo. No se merece estar en esta posición. Sin Igor deberíamos...

El sonido de una bala resonó en el interior del salón del club y los hombres allí reunidos alternaron sus miradas entre el cañón de mi pistola y el cuerpo del hombre que cayó sin vida

sobre la mesa, con la sangre encharcándose en la madera y goteando hasta el suelo.

—¿Tenemos alguna objeción más? —preguntó Serguei a los hombres antes de que yo pudiera volver a hablar.

Negaron con la cabeza y murmuraron entre ellos durante un rato hasta que dejaron de hablar.

—¡Bien! —Guardé la pistola y mantuve una postura seria y altiva.

—Pakhan —Otro de ellos levantó la mano, llamando mi atención.

—¿Qué ocurre?

—¿Seguirá igual la división de territorios y el suministro de drogas? Tu padre había prometido que mi familia y yo...

—Tenemos un nuevo territorio que designar. —Señalé al hombre que acababa de enviar al infierno—. A excepción de este, el resto continuará como antes, a menos que alguno de ustedes quiera desafiarme. Puede que mi padre y los anteriores hicieran promesas, pero ya no están aquí y ahora yo pongo las reglas. Si no se ajustan en consecuencia, haré mi propia redistribución.

Permaneció en silencio, pero su expresión y su mirada me hicieron comprender que había entendido el mensaje que intentaba transmitirle.

—¿Pueden bajar las chicas? —preguntó uno de ellos, refiriéndose a las prostitutas.

Serguei me miró y yo moví la cabeza afirmativamente. Si ya habían entendido mi mensaje, podían divertirse.

Desde el fondo de la sala, uno de los hombres se levantó y caminó hacia mí, deteniéndose frente a mí y llamando mi atención.

—Señor, discúlpeme.

—¿Qué es lo que quieres? —Levanté la cabeza y miré al hombre canoso de arriba abajo.

—Yo...

—Sé quién eres, Vladimir Frydorov.

—Sí, claro. —Sonrió desconcertado—. Me gustaría invitarle a mi casa de San Petersburgo. Tengo una hija de diecisiete años que podría interesarle.

—Quizá en otra ocasión. Tengo mucho de que ocuparme en esta fase de transición.

—Entiendo. En otra ocasión, entonces.

—Sí.

Me di la vuelta y salí de la sala mientras las prostitutas empezaban a bajar. Los soldados y Serguei me acompañaron. En cuanto me acomodé en la parte trasera del coche, el consejero se atrevió a hablar de nuevo.

—Su hija podría ser una buena esposa.

—Supongo que sí. —No presté mucha atención.

—Eres joven y soltero, pronto aparecerán muchas candidatas de toda Rusia. Ahora que eres el jefe, tienes que pensar en el matrimonio y los herederos.

—No me cabe duda de que todos empezarán a ofrecerme a sus hijas como si fuera un concurso de belleza.

—Supongo que querrás a la más bonita, pero también tienes que pensar en la importancia de esta alianza. Tal vez...

—No necesito tu consejo en esta área, Serguei.

—Pero... —Le sorprendió mi tono de voz y la forma en que le corté.

—Sé a quién quiero. —Chasqueé los dedos y me crucé de brazos, mirando al frente sin querer insistir demasiado en el tema ni llamar demasiado la atención sobre una situación delicada.

Mientras Pietra no estuviera bajo mi control, era mejor que nadie supiera de mi interés por ella, ni siquiera mi consejero. Sabía que Serguei haría cualquier cosa por la mafia y por su pellejo, lo que garantizaba que me traicionaría si fuera necesario.

—¿Ya lo sabes? —insistió con el asunto.

—Sí.

—No es la hija de Vladimir, supongo.

—No.

—¿Quién es ella? Si es adecuada, podemos empezar los preparativos de la boda. Es mejor tener una posición sobre esto antes de que comiencen las subastas.

—De momento, no necesitas saber quién es.

—Pero necesito saber si es adecuada, para empezar las negociaciones...

—Es mi boda, déjame decidir sobre eso —dije con voz firme e imponente que hizo que se callara de inmediato y no se le ocurriera cuestionarme.

Había otros rumores sobre mí que iban más allá del hecho de que mi madre era prostituta. Yo era un asesino voraz y nadie que se interpusiera en mi camino había sobrevivido. Mientras Igor se preparaba para ser un líder, mi padre me había convertido en una bestia sedienta de sangre y en cualquier lugar de Rusia sabían que no había movimiento más estúpido que atreverse a actuar contra mí.



Pietra

Capítulo doce

—Mira, abuela, ¡cómo ha quedado el mío! —Nina levantó la toalla para que Rosimeire pudiera ver el bordado que había hecho su nieta pequeña.

Yo me había pinchado el dedo miles de veces y no había logrado ningún resultado mínimamente aceptable.

Era última hora de la tarde y las nietas estábamos reunidas con nuestra abuela en el jardín de la mansión. Mientras Perla pintaba el árbol cuya copa cubría la mesa donde almorzábamos los domingos, las demás intentábamos aprender a bordar.

—Es perfecto, Nina.

—Gracias, abuela, pero si tuviera una máquina...

—Sin máquinas por hoy, ¿de acuerdo? Podemos dejar a un lado el equipo de tu padre durante un tiempo y repasar nuestras habilidades manuales.

—De acuerdo. —Mi prima se encogió de hombros y volvió a concentrarse.

Manuela ya había dejado la toalla a un lado y me hizo darme cuenta de que no era la única que había renunciado a bordar. La abuela se acercó a nosotras y se detuvo junto a la mayor, primero se agachó y le entregó un libro.

—Gracias. —Manuela levantó la cabeza y sonrió.

Luego me tocó a mí recibir un libro. Me sorprendió ver que era uno sobre anatomía humana. Algo que estaba estudiando en las primeras etapas de mi carrera de medicina.

—Me encanta, abuela. —Giré la cabeza hacia ella y sonreí.

—Creo que será más útil que el bordado.

—Ya lo creo. Tuve una lección sobre el sistema circulatorio esta mañana.

—Estoy segura de que serás una buena médica.

—No creo que vaya a ser tan sencillo. —Me encogí mientras abrazaba el libro con todas

mis fuerzas. —Cuando me case...

—¿Qué tal un poco de pensamiento positivo?

—Tienes razón. —Puse el libro sobre mis piernas y lo abrí en el capítulo sobre lo que estaba estudiando.

Incluso intenté concentrarme, y debería haberlo hecho, porque aprender era lo mejor que podía hacer por mí y lo único que me quedaba, pero la imagen de Mikhail no dejaba de parpadear mientras recordaba la videollamada.

No se lo conté al tío Mateo como debía, ni a mi padre, ni a mi madre, ni a nadie. Sentía que estaba cometiendo un error y al mismo tiempo no podía evitarlo. Me atraía más de lo que mi responsabilidad con mi familia podía detenerme. Sentí un escalofrío en el estómago y un miedo terrible al pensar en él. Mikhail era un hombre peligroso, pero yo convivía con hombres así todos los días.

Una parte de mí se preguntaba qué pensaría realmente mi padre de una unión con Rusia. Él quería aliados. ¿Podría haber uno mejor que el jefe de otra mafia tan importante y temida como la nuestra? Quería pensar que era tan sencillo como eso y por un momento albergué esa esperanza.

—¿Abuela?

—Sí, querida. —Se apartó de mi hermana, con la que charlaba sobre el cuadro que estaba pintando, y volvió a detenerse a mi lado.

—¿Qué piensa papá de los rusos?

—¿Rusos? —Enarcó las cejas y frunció el ceño, sorprendida por mi pregunta.

—Sí, la mafia rusa.

—Son cerdos crueles, monstruos a los que no les importa nada ni nadie. No respetan a las mujeres ni a los niños y no merecen la confianza de nadie.

—Ya veo... —Me desconcertó su respuesta. Si mi abuela tenía esa visión, no quería ni pensar en la opinión de mi padre.

—¿Por qué?

—Nada. Solo era curiosidad.

—Dios nos libre de esos monstruos.

—Amén —murmuré incómodamente, y luego sonreí a mi abuela, que me acarició la mejilla y me devolvió la sonrisa.

Sentí vibrar mi teléfono móvil en el bolsillo y no lo saqué hasta que mi abuela se había alejado de nuevo y fue a prestar atención a Nina. Gracias a los orígenes gitanos de su madre, llevaba faldas largas y ropa más colorida que el resto de nosotras.

El móvil volvió a vibrar y me invadió la curiosidad.

Mikhail:

Hola, Pietra.

¿Cómo anduviste anoche?

Pietra:

Bien.

Mikhail:

¿Estuve en tus sueños?

Pietra:

No.

Mikhail:

Es una pena.

—¿Con quién estás hablando?

Me llevé un susto enorme y casi se me cae el móvil cuando me di cuenta de que Manuela estaba a mi lado. El corazón casi se me sale por la boca y casi me desequilibro.

—Con nadie. —Intenté disimular guardándome el móvil en el bolsillo.

—Te vi en la aplicación de mensajería.

—No, no me viste. —Torcí los labios.

—Es un muchacho.

—¡Claro que no!

—¿Por qué no me lo dices?

—Solo estaba haciendo algunas preguntas sobre anatomía. Después de la lección de hoy necesitaba aclarar algunas cosas.

—Ah, claro… —Me miró fijamente y no pareció convencerse lo más mínimo de mi poco convincente excusa.

—¿Quieres hablar también con mi profesor? —Le levanté el móvil, realmente lo tenía en la aplicación de mensajería, pero esperaba que no lo quisiera, ya que seguramente vería los mensajes de Mikhail.

—No. Solo tenía curiosidad. —Me empujó el móvil hacia atrás—. Puedes seguir haciendo preguntas.

—Creo que me daré una ducha. Pronto anochecerá y todos ya vendrán para cenar. —Cerré el libro en mi regazo y me levanté.

—No tienes que salir corriendo.

—Estoy bien. —Sonreí a mi prima y me esforcé por no salir corriendo.

Si quería seguir ocultando esa situación insana, necesitaría mejores excusas y no parecer una loca cada vez que alguien se me acercara y me preguntara qué estaba haciendo.

Fui a mi habitación y me apresuré a cerrar la puerta antes de tirar el libro sobre la cama y tomar mi móvil.

Mikhail:

Quieren presentarme posibles novias.

Pietra, ¿estás ahí?

Pietra:

Casi me descubren enviándote mensajes.

Si se enteran, estoy perdida.

Mikhail:

Entonces, no dejes que se enteren.

Pietra:

Parece que no te importan las consecuencias.

Mikhail:

¿Crees que intentarían venir a Rusia a matar al pakhan, porque te he estado preguntando si sueñas conmigo?

Pietra:

No.

Mikhail:

¿Crees que tu padre te mataría?

Pietra:

Tal vez.

Mikhail:

Sé sincera.

Pietra:

No, pero me castigaría.

Mikhail:

Eres demasiado hermosa para ser castigada.

Pietra:

Entonces deberías dejar de atormentarme.

Mikhail:

¿Es eso lo que realmente quieres?

Me quedé mirando la pantalla del móvil. Mi respuesta tenía que ser rápida, ir al grano y poner fin a este embrollo. Si no volvía a hablar con el jefe de la mafia rusa, podría fingir que no había pasado nada y volver a mi vida sin miedo a que me descubrieran o me castigaran por hacer algo malo.

Pietra:

Quisiera verte de nuevo.

Mikhail:

Yo también.

Pietra:

Si mi familia sospecha...

Mikhail:

Cuanto más te preocupes por ello, mayor te parecerá la culpa.

Pietra:

¿Cómo no voy a parecer culpable?

Mikhail:

Acepta que me deseas tanto como yo a ti.

No debería haberlo deseado así, solo lo había visto una vez durante una fracción de segundo. Sentimientos así no podían existir, sobre todo cuando se trataba de personas a las que estaba prohibido acercarse.

Pietra:

¿Y qué pasa si acepto?

Mikhail:

Encontraré la manera de tenerte para mí.

Estaba mirando el mensaje cuando oí que llamaban a mi puerta.

—¿Pietra? —Oí a mi hermana al otro lado.

Pietra:

Tengo que irme, te mandaré un mensaje cuando pueda hablar.

Mikhail:

De acuerdo.

Borré sus mensajes antes de dejar el móvil bajo la almohada y levantarme para abrir la puerta.

—¿Hola? —Me apoyé en el marco de la puerta y sonreí a mi hermana, intentando disimular toda mi vergüenza y desconcierto.

Perla me agarró del hombro y me empujó al dormitorio. Cerró la puerta y me tiró a la

cama.

—¿Qué te pasa? —Se cruzó de brazos y me miró inquisitivamente mientras daba golpecitos con el pie en el suelo.

—No...

—¡Mira, Pietra! —me interrumpió, alzando la voz—. No me digas que no pasa nada. Eres mi hermana gemela y no hay nadie en el mundo a quien conozca mejor que a ti. Así que sé que estás idiotizada y rara.

—Es Luca...

—¡Ah! —Levantó los brazos y se acomodó a mi lado—. Yo también estoy nerviosa, pero me elegirá, espero que me elija.

—Sería un tonto si decidiera otra cosa.

Mi móvil vibró bajo la almohada y me apresuré a agarrarlo por puro reflejo, atrayendo la atención de mi hermana y revelándole que lo que le había dicho era mentira. Lo peor de todo es que no era más que una notificación que me recordaba que tenía que trabajar.

—¡Pietra! —Mi hermana me acorraló con la mirada.

—¿Recuerdas al hombre de la gala benéfica?

—¿Con el que sueñas?

Asentí con la cabeza y apreté el móvil contra el pecho.

—No me dirás que has estado buscando al tipo en alguna red social. ¡Estás loca, Pietra! Sabes lo importante que es mantener nuestras vidas en secreto.

—No fue exactamente eso.

—¿Y qué fue?

Solté el aparato, dejando que se deslizara hasta mi regazo e intenté normalizar mi respiración, que me hacía temblar el pecho.

—Me encontró.

—¿Se comunicó a tu número de teléfono móvil?

—Así es.

—¿Cómo?

—Imagino que tiene recursos como nosotros.

—¿Así que has estado hablando con él?

—Sí. Su nombre es Mikhail Orlov.

—Orlov de los...

—Es el jefe.

—¡Dios mío! —Mi hermana se cubrió la cara con ambas manos, ocultándome los ojos. —Pensé que no podía ser peor.

—Nadie más debe saber esto, Perla, por favor.

—Por supuesto, nadie puede saberlo. Creo que papá te mataría si pensara que estás pensando y hablando con un ruso, especialmente con su jefe. Lo peor de todo es que me has hecho cómplice de esta locura.

—Tú preguntaste.

—No me di cuenta de que sería un desastre.

—Perla...

—Tienes que dejar de hablar con ese hombre.

—Pero yo...

—No me digas que sientes algo por él, o que ya lo sentías. —Volvió a interrumpirme. —¿Has oído lo que ha dicho la abuela? No te puede gustar un ruso. No son como nosotros. Aparte de ser enemigos de nuestra familia.

Me callé porque, por mucho que mi mente diera la razón a cada una de las palabras de mi hermana, mi corazón anhelaba otra.

—Quería poder elegir con quién casarme.

—¡¿Te has vuelto loca, Pietra?! ¿Crees que sería mejor opción que cualquiera que papá considere adecuada?

—Entonces, ¿por qué pienso tanto en él?

—Porque quieres jugar con el peligro.

—¿Peligro? ¿Crees que Luca nunca ha matado o golpeado a nadie?

—Tiene las manos manchadas de sangre, como nuestro padre, nuestros tíos, nuestro hermano y nuestros primos, pero respeta nuestras reglas. Recuerdas la séptima, ¿verdad?

—Solo porque los rusos no tienen las mismas reglas, ¿crees que va a hacerme daño?

—Ni siquiera deberías tener tiempo para averiguarlo. Si papá se entera, le meterá una bala en la cabeza y te castigará.

—¿Y declarar la guerra?

—Mira el tamaño del lío, Pietra.

—No quiero que nadie de la familia salga herido.

—Entonces ten un poco de sentido común y aléjate de ese hombre. —Se levantó de mi cama moviendo la cabeza negativamente.

Mi hermana salió de mi habitación y volvió a dejarme sola. Me quedé mirando el móvil y lo puse debajo de la almohada para no caer en la tentación de mandarle un mensaje.

Era muy consciente de todos los riesgos, pero aún así no me pareció suficiente para convencerme de que no lo quisiera.



Mikhail

Capítulo trece

Era tarde por la noche cuando estaba en mi habitación mirando el móvil. Pensé que ella iba a ponerse en contacto conmigo, pero no lo hizo.

Sabía muy bien que estaba metiendo la mano en un avispero y que podía atraer el caos hacia mí. Al principio de mi vida como pakhan, atraer una guerra así probablemente lo arruinaría todo. Sin embargo, durante mucho tiempo en mi vida me vi obligado a conformarme con lo que otros me asignaban. No tenía sentido tanto poder si no podía tener lo que quería.

Pietra también me quería y yo solo tenía que demostrarle que no tenía por qué tener miedo.

Pulsé sobre su nombre en mi teléfono y esperé a que empezara la llamada. Insistí una segunda vez y, al cabo de unos instantes, contestó.

—Por favor, no me atormentes más.

—Es difícil cuando tomas cada uno de mis pensamientos.

Oí su respiración agitada al otro lado de la línea. Había una tensión en el aire que tal vez solo se disiparía cuando estuviéramos frente a frente.

—Los italianos respetan a la familia. —Me sorprendió esta afirmación, que me agarró desprevenido.

—Yo no tuve una familia a la que respetar.

Un largo silencio reverberó en la línea hasta que ella volvió a hablar.

—Mujeres...

—La única mujer que quiero en este momento eres tú.

—¿Pero después qué?

—¿Adónde quieres llegar?

—¿Qué me vas a hacer?

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —Fruncí el ceño y me tocó a mí intentar comprender el rumbo que ella quería dar a la conversación—. Creo que eres lo bastante mayor para entender la relación entre un hombre y una mujer.

—Hay muchas relaciones entre hombres y mujeres, Mikhail.

—Sólo conozco una —dije con firmeza.

—¿Has salido alguna vez con alguien? ¿Has estado alguna vez comprometido o has tenido una esposa?

—No.

—¿Con quién te has relacionado?

—Prostitutas.

Parecía molesta y no entendía por qué reaccionaba así.

—¿Qué ocurre?

—No soy una prostituta.

—Nunca he dicho eso.

—Pero me tratas como si lo pensaras.

—Es mentira.

—¿Crees que es mentira? Entonces dime si me equivoco. ¿Estás acostumbrado a tener sexo con una mujer diferente cada vez y luego irte sin volver a hablar con ellas?

—Sí.

Resopló. Como si le molestara aún más mi sinceridad. Sí, las prostitutas eran más simples y no requerían ese tipo de trato.

—Yo no soy como ellas.

Puse los ojos en blanco mientras volvíamos a entrar en ese bucle sin fin que acabó irritándome.

—Te trato de forma diferente.

—¿Por qué?

—Porque me atraes.

—¿Como cualquier otra puta?

—Te lo he dicho, ¡no eres como una puta! —Alcé la voz para que se callara y dejara de hacer comparaciones inútiles que no nos llevaban a ninguna parte.

—¿Qué quieres de mí?

—Te quiero a ti.

—¿Sólo para tener sexo conmigo?

—¿No quieres acostarte conmigo?

—Soy virgen...

—Eso espero.

—¡Idiota! —Me gruñó y me dejó confundido una vez más.

—No entiendo a dónde quieres llegar, Pietra.

—Tengo que reservarme para un solo hombre. Ese es el papel de otras mujeres como yo. Esperar hasta el matrimonio...

—No tenemos que esperar hasta la boda.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Me voy a casar con un hombre que mi padre va a elegir para mí y necesito reservarme para él.

—No te casarás con nadie más que conmigo.

—¿Crees que tienes todo el poder? —Había un tono de burla en la voz de ella que me hizo resoplar y apretar los dientes.

—Tengo mucho poder.

—No sobre Italia. Puedes elegir a la mujer que quieras en Rusia.

—Pero te quiero a ti.

—Cuando mi padre se entere...

—Será mejor que tu padre no se interponga en mi camino.

—Ten mucho cuidado con lo que dices. —Volvió a ponerse nerviosa—. No te atrevas a acercarte a mi familia.

—¿Por qué los defiendes?

—Porque significan todo para mí.

—Eso es una tontería.

—Te equivocas. No hay nada más importante que la familia.

—Son una debilidad.

—Son nuestra fuerza. No tiene sentido vivir si no tienes a nadie.

—Pasé treinta años de mi vida así.

—Quizá sea hora de cambiar.

—No.

—Entonces es probable que estés perdiendo el tiempo conmigo, pakhan. —Oí el eco de su voz al otro lado de la línea y a continuación terminó la llamada.

No había esperado que volviera a colgarme el teléfono y quizá estaba demasiado enfadado, pero me sentía extraño. Odiaba no tener la respuesta a algunas de mis preguntas y seguía pensando que cualquier sentimentalismo que pudiera albergar por su familia era una tontería.

Los líderes necesitaban sangre fría, pero ella estaba haciendo que la mía se calentara y mi mente se nublara.



Pietra

Capítulo catorce

Debía ser muy consciente de todo lo que me habían contado mi abuela y mi hermana. Los rusos no eran como nosotros, no respetaban a la familia ni a las mujeres. Las normas de conducta y comportamiento que teníamos nosotros, y todo el honor, no se aplicaban en ellos. Mikhail no era como Luca ni como nadie que hubiera sido educado según nuestros principios. Involucrarme con él era mucho más peligroso y arriesgado de lo que pensé en un principio. Debería haberme asustado y no haber vuelto a responder a sus mensajes y llamadas. De hecho, lo más prudente era recurrir a los hombres de la familia para que la situación no se convirtiera en una bola de nieve, pero no lo hice. Aparte de Perla, nadie más sabía de nuestra relación a distancia...

—¡Pietra!

—¿Qué? —Sacudí la cabeza, sobresaltada cuando la llamada de mi profesor resonó en mi cabeza.

—¿Escuchaste algo de lo que dije?

—El corazón humano... —Me mordí el labio e hice una mueca torpe.

Mi profesor se cruzó de brazos y me miró con los ojos entrecerrados.

—Lo siento, señor...

—Ya es bastante difícil sin la participación en clase y lo será aún más si no te dedicas a ello.

—Me estoy dedicando, disculpe por esta distracción.

—¿Podemos continuar?

—¡Sí!

—Las aurículas y los ventrículos del corazón humano... —Me lo volvió a explicar y me esforcé por concentrarme en él sin que mi mente se desviara hacia Mikhail.

Mi padre se había asegurado de que recibiera clases con uno de los mejores médicos y

profesores de Roma. Se esforzaba por ayudarme a llegar a ser algo al menos parecido a él, pero sin mi empeño habría sido realmente imposible. Yo quería estar en un aula como los demás universitarios normales, pero ya me alegraba de que mi padre hubiera conseguido adaptar mi sueño a nuestra realidad.

Más que su deseo de mantenerme aislada del mundo, permanecer en una universidad, con una rutina, me convertiría en presa fácil para nuestros enemigos.

Después de las clases, me reuní con mi hermana, que se despedía de su profesor de Artes Visuales. Por mucho que supiera que nunca trabajaríamos en el mundo real con otras personas, al menos ocupábamos nuestro tiempo y desarrollábamos nuestras capacidades innatas.

—Hola —la saludé.

—¡Hola! —Ella me devolvió una sonrisa.

—Creo que es hora de comer, ¿bajamos?

—Deja que me lave las manos. —Ella asintió, mostrando los dedos y las palmas sucias de arcilla.

—De acuerdo.

Seguí a mi hermana mientras caminaba por el pasillo hacia el baño.

—¿Qué has hecho hoy?

—Trabajé con esculturas de arcilla.

—Parece divertido.

—Pues sí. ¿Y tú?

—Estaba aprendiendo cómo se bombea la sangre por el cuerpo.

—¿Sigues en el sistema circulatorio?

—Sí.

—También suena interesante.

—Sí. —Crucé los brazos alrededor del cuerpo y esbocé una leve sonrisa—. Mi profesor

dijo que cuando hayamos estudiado todos los sistemas y órganos, podré diseccionar una rata.

—¡Qué asco! —Ella hizo una mueca y yo me reí.

—¿Por qué no diseccionas a una persona real?

Me giré al oír la voz de mi hermano. Dante enfundaba su pistola y se pasaba la mano por el pelo negro. Llevaba una camisa y unos pantalones oscuros, pero no eran suficientes para disimular por completo las salpicaduras de sangre. No hice ninguna pregunta, porque la respuesta siempre sería la misma: *estaba ocupándose de sus asuntos*.

Necesitaba tomarme en serio lo que decía mi madre sobre la ignorancia y no pensar tanto en por qué esa sangre se había detenido allí.

—Creo que tendré la oportunidad de hacerlo cuando progresen mis estudios.

—Quiero estar allí en ese momento. —Se rió como si estuviera disfrutando.

—Bien hecho, Dante. —El tío Theo se acercó por detrás y le apretó el hombro, haciendo que mi hermano se encarara con él y le sonriera.

—Gracias.

—Vayan a darse una ducha. —La tía Tatiane apareció en el pasillo y los miró seriamente a todos—. No los quiero así en la mesa del almuerzo.

—De acuerdo, amor. —Theo fue hacia ella y le dio un beso.

Me reí cuando mi tía hizo una mueca y le empujó por los hombros.

—Ve a la ducha.

—¿No quieres venir conmigo? —Dirigió una sonrisa pícara a su mujer, que retrocedió avergonzada.

—Tío… —lo regañó mi hermano y se acercó a nosotros, tirándonos de las muñecas para mantenernos separados, como para evitarnos el rumbo que estaba tomando la conversación entre la pareja—. Creo que será mejor que ustedes dos bajen ya.

—Dante. —Traté de soltarme de él.

—Las estoy cuidando.

—Entendemos cómo funcionan las cosas —dijo Perla, arriesgándose a una reprimenda.

—No deberían entender. —Se cruzó de brazos.

—Ahora somos adultas, como tú.

—Vayan a comer. —Nos indicó las escaleras y nos dio una palmada en el hombro para que bajáramos.

Mi hermano quería protegernos, pero quizá lo hacía de forma equivocada.

Perla y yo terminamos de bajar las escaleras y vimos a papá hablando con uno de los soldados en el salón. Estaba tan concentrado que ni siquiera se fijó en nosotras. Sentí un escalofrío en el estómago y me pregunté de qué podrían haber estado hablando para que mi hermano volviera a casa ensangrentado.

Por un momento se me pasó por la cabeza que el tío Mateo y su equipo informático se hubieran enterado de mis conversaciones con el mafioso ruso y se dispusieran a tomar cartas en el asunto. Sin embargo, descarté rápidamente este pensamiento, porque imaginé que si se hubieran enterado, habrían venido a verme, aunque solo fuera mi padre para despotricar su enojo.

—Te detuviste, ¿verdad?

—¿Detenerme? —Giré la cabeza para mirar a mi hermana cuando me di cuenta de su pregunta mientras nos dirigíamos al comedor donde siempre nos servían el almuerzo.

—De hablar con él —me habló en voz baja, inclinando la cabeza en mi dirección para que solo yo pudiera oírla.

Le afirmé con la cabeza. Era una verdad a medias, ya que había desconectado la llamada después de nuestra última conversación y él aún no me había devuelto la llamada.

—Nuestra familia no necesita más problemas, Pietra.

—Soy consciente de ello. —La empujé en dirección al comedor para que el asunto concluyera en presencia de otros miembros de la familia.



Mikhail

Capítulo quince

Me senté en el banco y tomé la mancuerna del suelo. Acomodé los hombros, corregí la postura y empecé a levantar la pesa. Intenté hacerlo como de costumbre, contando mentalmente los movimientos, pero aquel día era más difícil porque mi mente estaba completamente dispersa.

Seguía pensando en el rumbo que había tomado la conversación que había mantenido con Pietra. Para mí, entre un hombre y una mujer no había más relación que la carnal. La había deseado desde el primer momento en que puse mis ojos en ella, pero no parecía ser suficiente.

Lo que aquella mujer quería de mí y mi capacidad para ceder era lo que más me disgustaba. Ella tenía razón, podía tener a cualquiera en Rusia, incluso a una que ya estuviera casada; tenía ese poder, pero estaba restringido cuando se trataba de Italia.

Quería a Pietra Bellucci para mí, eso debería ser suficiente.

—Señor...

Dejé caer la mancuerna al suelo y levanté la cabeza, sintiendo el sudor correr por mis sienes y alrededor de mi cara hasta gotear en el suelo.

—¿Qué pasa, Serguei?

—La semana que viene llega un cargamento de heroína y algunos jefes quieren un poco más de lo que solemos repartir.

—¿Tenemos suficiente?

—No. A menos que dejemos algunos lugares sin mercadería este mes. El cerco se está cerrando con la presencia policial en las calles. Tu padre ya estaba teniendo dificultades para introducir drogas en el país.

—Tenemos que cambiar de estrategia —aseguré.

—Llevo años diciéndolo. Quizá cambiar las rutas o las personas que hacen las recolecciones podría ser una buena alternativa.

—Compra a los policías que nos causan problemas. Todo el mundo tiene un precio, si no están dispuestos, sácalos del cargo.

—¿Estás hablando de matar a policías?

—Ya me has oído. —Me levanté del banco y me acerqué a una barra que había cerca de la pared y la agarré, levantando mi cuerpo hacia arriba y hacia abajo.

—Eso puede llamar demasiado la atención.

—Y también ser un recordatorio para que los demás nos respeten.

—Puede ser un poco sangriento, pero tienes razón. El miedo siempre ha generado respeto.

—Estupendo.

—Hay otra cuestión que me gustaría abordar. Muchos de los líderes están deseando presentar a sus hijas. Son mujeres bien educadas de toda Rusia.

Solté la barra y caí de pie al suelo. El impacto de mi aterrizaje resonó en el pequeño gimnasio e hizo que me mirara.

—Ya he hablado contigo de esto.

—Mientras no presentes una novia, se ofrecerán candidatas.

—Te lo dije, lo arreglaré.

—Si puedo ayudar...

—No es necesario.

—En cuanto tengas hijos...

—Seguei. —Me giré hacia él—. La decisión sobre eso es mía.

—No cuestiono ese punto, pero...

—Estoy planeando un viaje, pero quiero tu discreción —cambié de tema.

—¿Viajar adónde?

—Italia.

—Pakhan, es un territorio hostil con una mafia enemiga.

—Soy muy consciente de ello, por eso necesito tu discreción. No quiero que nadie más, aparte de los hombres que yo misma elija, lo sepa.

—Está bien. Haré lo que me pides.

—Bien. ¡Ahora vete! —Señalé la puerta—. Tengo que terminar mis ejercicios y darme una ducha para la reunión de más tarde.

Serguei asintió y me dejó solo.



Pietra

Capítulo dieciséis

Estaba sentada en el sofá rojo de la enorme biblioteca de mi abuela. Había elegido uno de los muchos libros, pero no podía concentrarme en la historia, igual que no había prestado atención a nada en todo el día.

Me quedé mirando el móvil esperando otro mensaje suyo, pero también deseaba que no lo enviara, porque era lo mejor para los dos. La abuela solía decir que si juegas con fuego, acabas quemándote, y yo estaba segura de que no había forma de salir de aquella situación sin quemarme a lo bonzo.

La atracción y el miedo eran de proporciones iguales y aquel demencial pulso me estaba volviendo loca.

Cerré el libro, lo tiré a un lado y respiré hondo. Subí los pies al sofá y me abracé las piernas. Sabía cómo tenía que actuar y, ¿por qué seguía siendo tan difícil?

Había un sabor en aquella situación que me atraía mucho más de lo que debería, pero al mismo tiempo era como si yo fuera una marinera al que traicionara el canto de una sirena y acabara ahogándome y desapareciendo en el fondo del océano.

—¡Te he encontrado! —Mi hermana apareció en la puerta de la biblioteca y me volví hacia ella con expresión serena, intentando que no se me notara que estaba enloqueciendo.

Sabía muy bien lo que diría si le dijera que simplemente no podía evitar sentirme atraída por Mikhail.

—¿Qué ocurre?

—¿Te has duchado?

—Sí... —Enarqué una ceja, sorprendida por su pregunta.

—Entonces ve a cambiarte, ponte ropa más bonita.

—¿Qué sentido tiene? —Permanecí inmóvil en el sofá. Imaginé que si me quedaba quieta, desaparecerían todas las molestias de mi pecho y la sensación de asfixia.

—Luca vendrá a cenar.

—¿Para qué?

—Para oficializar el compromiso.

—¡Felicidades!

—¡Pietra! Aún no hay nada seguro, puede que acabe eligiéndote.

—Hemos hablado de ello y él no parece idiota.

—Quizás después de su elección, papá ya tenga previsto quién será tu prometido.

—¿Mi prometido? —Se me secó la garganta y empezaron a temblarme las piernas.

—¡Claro que sí! ¿O creías que papá no te casaría con nadie?

—Admito que tenía esperanzas.

Perla movió la cabeza negativamente y tiró de mi brazo para levantarme.

¿Qué otra opción tenía sino enfrentarme a los candidatos y sonreír, siendo tan amable como mi padre esperaba que fuera?

Fui a mi habitación y me cambié, poniéndome un bonito vestido y maquillándome ligeramente. Quería a mi familia y necesitaba recordar el papel que desempeñaba allí.

Mi hermana y yo fuimos juntas al salón, donde vi a mi padre, a mi tío Theo y a la familia de mi tía Tatiane. Luca estaba de espaldas, pero giró al oír nuestros pasos. No solo él, sino todos los presentes nos miraron fijamente y me sentí un poco avergonzada.

—Mis hijas. —Mi padre nos hizo un gesto para que nos acercáramos y nos acercamos a él.

—Encantadoras —comentó Luca, pasándonos los ojos por encima y deteniéndose un momento en mi hermana. No había duda sobre su elección.

Ella apartó la mirada, jugueteando con su pelo, haciendo aún más evidente su relación.

Sentía que no necesitaba estar allí, pero al mismo tiempo sabía que no podía huir.

—¿Marco? —Se apartó de nosotras y dirigió su atención a mi padre—. ¿Tengo tu permiso?

—Sí. —Mi padre era firme y monosilábico.

Quería que nos impidiera llegar a ese momento, pero eran las tradiciones y no se podía luchar contra ellas.

Luca Mancini se metió la mano en el bolsillo, sacó una caja de terciopelo y, al abrirla, descubrió un precioso anillo de diamantes rodeado de pequeños rubíes en forma de esfera. El siciliano sacó la pieza de la caja y se acercó a nosotras.

Me miró fijamente durante demasiado tiempo. Estaba segura de que su elección era sin duda mi hermana, pero ese momento me produjo un escalofrío en el estómago. ¿Y si era más estúpido de lo que pensaba?

—¿Perla? —Cuando por fin pronunció el nombre de mi hermana y la tensión se disipó, tuve que contenerme para no dejar escapar un largo y profundo suspiro de alivio.

—Sí.

—¿Me harás el honor de ser mi esposa?

Mi hermana se limitó a mover la cabeza afirmativamente y le tendió la mano para que se pusiera el anillo de compromiso y le besara el dorso.

Ella parecía feliz, mientras que yo me sentía aliviada.

Quería que siempre fueran felices, que disfrutaran el uno del otro y que él la respetara.

—¿Cuándo planean hacer la boda? —Oí a la tía Tatiane preguntarle a mi padre.

—En el vigésimo primer cumpleaños de Perla. Así que todos los preparativos de la ceremonia se llevarán a cabo con tiempo.

Pronto mi hermana dejaría aquella casa y se mudaría para siempre, y no pude evitar la punzada de malestar que sentí en el pecho. No estaba tan unida a nadie como a ella y sin duda la echaría de menos.

Después fuimos a cenar y todo el mundo hablaba de la boda. Podía quedarme en mi

rincón y fingir que no se preocupaban por mí.

Cuando por fin me dejaron volver a mi habitación, me lavé los dientes, me cambié de ropa y me tiré en la cama.

No había agarrado el móvil en todo este tiempo y por un momento incluso me había olvidado de él, pero mi corazón volvió a ponerse frenético en cuanto leí el mensaje.

Mikhail:

¿Construir una nueva familia te haría feliz?

Era el único mensaje que había dejado y me quedé mirándolo hasta que perdí la noción del tiempo. No debería haberlo hecho, pero...

Pietra:

¿De qué estás hablando?

Mikhail:

Tardaste horas en contestarme.

Pietra:

Estaba ocupada.

Mikhail:

¿Todo este tiempo?

Pietra:

Sí. Recibíamos visitas y hacíamos oficial el compromiso de mi hermana.

Mikhail:

¿Sólo ella se comprometió?

Pietra:

Sí.

Mikhail:

Mejor así.

Pietra:

Estás evadiendo mi pregunta.

Mikhail:

Has dicho que te importa tu familia. ¿Qué necesitas para tener una?

Pietra:

Ya tengo a mi familia.

Mikhail:

Dudo que quieran venir a Rusia.

Una vez más me quedé mirando el móvil, sin saber cómo reaccionar. Mikhail fue lo bastante directo como para hacerme sentir incómoda y desconcertada. Moscú estaba mucho más lejos que Palermo, pero eso no me preocupaba.

Pietra:

Ya he dicho lo que pienso al respecto.

Mikhail:

Que no quieres ser tratada como una prostituta. No tienes que preocuparte por eso. No te compartiré con nadie.

Pietra:

¿Y yo tendría que compartirte?

Mikhail:

No tengo mucho tiempo para estar con mujeres.

Pietra:

Esa no es la respuesta que esperaba.

Mikhail:

Tengo que casarme, están esperando eso de mí y quiero que sea contigo.

Pietra:

¿Así que quieres casarte conmigo?

Mikhail:

Sí.

Pietra:

O con una esposa. O con una amante. Nunca dos mujeres.

Mikhail:

¿Quieres que te jure fidelidad?

Pietra:

Eso es lo mínimo.

Mikhail:

De acuerdo.

Quiero verte.

Pietra:

¿Cómo esperas hacerlo?

Mikhail:

Puedo entrar en Roma con mis hombres.

Pietra:

¿Y empezar una guerra con mi padre?

Mikhail:

Si es necesario.

Pietra:

No quiero una guerra con mi padre. No quiero que haga daño a mi familia. ¿Puedes entenderlo?

Mikhail:

Parece que no quieres verme.

Pietra:

Quiero hacerlo.

No debería, pero Dios sabe cuánto te deseo y probablemente por eso me estoy volviendo tan loca. Pero podemos hacer esto mucho más fácil que tú llegando con un ejército a mi puerta.

Mikhail:

¿Cómo?

Pietra:

¿Puedes entrar en Italia sin que se entere mi tío?

Mikhail:

Tengo mis propios métodos.

Pietra:

Pensaré en una forma de salir de casa para que podamos vernos.

Mikhail:

Espero tus noticias entonces.

Tiré el móvil a un lado y me hundí en la almohada. Estaba segura de haber cometido la mayor estupidez de mi vida. No podía conocerlo, pero aún así lo deseaba más que nada en el mundo.



Mikhail

Capítulo diecisiete

No era la primera vez que entraba en aquel país sin levantar sospechas, pero sería aún más prudente para que no supieran que estaba allí. Me puse una máscara que distorsionaba ligeramente mi rostro y me maquillé para que no me reconocieran las numerosas cámaras que había por toda la ciudad.

Mi intención era ir allí, recoger a Pietra y llevármela conmigo a Rusia. No solo para cumplir los deseos de los líderes, que querían verme casado, sino los míos propios, que ansiaba tener a aquella mujer entre mis brazos.

A pesar de todas sus preguntas, seguía deseándola. Me di cuenta de que tendría que renunciar a algunos aspectos de mi vida y transformar otros para complacer a Pietra.

—Señor, estamos llegando. —Uno de los hombres se me acercó y me habló en voz baja para advertirme del aterrizaje del avión.

Tomé el vaso de vodka que había sobre la mesa y bebí el último sorbo.

Me alisé el traje y me puse la máscara, haciendo una señal a los soldados para que hicieran lo mismo. El jet estaba registrado a nombre de un austriaco que hacía constantes negocios con Italia.

Iba a mantenerme alejado de las cámaras y evitar cualquier acción que pudiera llamar la atención. Solo tenía diez soldados y cualquier enfrentamiento me pondría en cruel desventaja.

Mi padre y yo nunca habíamos estado unidos, y mi relación con mi hermano tampoco era buena. Sin embargo, imaginaba que, si aún viviera, me desaconsejaría encarecidamente mi comportamiento; encontrarme con una mujer en territorio enemigo podía ser una trampa.

Si ella le hubiera dicho a su padre que yo estaba allí, me habrían matado sin darme tiempo a reaccionar. Aun así acudí, siguiendo un impulso que albergaba en mi interior y que no podía controlar. Puede que esa atracción insana me hiciera pensar demasiado poco y me pusiera en situaciones complicadas, pero puede que se calmara después de aquel encuentro.

Saqué el móvil del bolsillo y confirmé la dirección que me había enviado.

—¿Adónde vamos, jefe?

—Nos dirigiremos al centro y luego cambiaremos de coche para no llamar la atención.

Asintieron y nos dirigimos a la entrada del aeropuerto.



Pietra

Capítulo dieciocho

—Mira ese vestido de ahí. —Señalé una vidriera, haciendo que mi hermana mirara en aquella dirección.

—Es precioso.

Había insistido mucho para convencer a Perla de que me acompañara al centro comercial y aún más para conseguir que mi padre nos permitiera venir. Aun así, había una docena de soldados con nosotros y no nos quitaban los ojos de encima ni un solo momento. Parecía completamente imposible perderlos de vista e imaginé que eran muy conscientes de las consecuencias si nos ocurría algo, por lo que ni siquiera pestañeaban.

—Entremos y probémoslo. —Me rodeó el brazo con el suyo y me arrastró, pero se detuvo cuando sujeté mi cuerpo al sentir vibrar mi teléfono móvil.

—Espera.

—¿Qué te pasa? —Se giró hacia mí sin comprender.

—Necesito ir al baño.

—¿Pero ahora?

—Sí, ahora. —Saqué mi bolso y se lo entregué—. Sujétamelo, vuelvo enseguida.

—¡Pietra!

—Será rápido. Ve y pruébate la ropa.

—Está bien. —Torció los labios, no tan contenta.

Caminé hacia el baño y los soldados se separaron, algunos se quedaron con mi hermana y otros vinieron detrás de mí. Cuando llegué a la puerta, les hice un gesto para que se detuvieran.

—Pueden esperar aquí. Enseguida vuelvo.

—Señorita...

—Esperen.

Asintieron y entré al baño.

El lugar estaba vacío y contuve la respiración mientras alternaba la mirada por el sitio. Sin embargo, antes de que pudiera preguntarme si realmente estaba allí, Mikhail salió de una de las cabinas y se acercó a mí.

Mi corazón se aceleró y fue como si el tiempo se hubiera detenido y él caminara en cámara lenta. Llevaba un traje negro bien cortado, una camisa blanca sin corbata con los dos primeros botones abiertos, lo que me permitió ver su cuello y un trozo de su tatuaje. Más que su ropa, fueron sus ojos los que me atrajeron. Tan intensos como el cielo en un día soleado y sin nubes. Su expresión era tensa y no se suavizó cuando se detuvo frente a mí.

Levanté la mano temblorosa y me acerqué lentamente para tocar su espesa ceja y trazar el contorno de su rostro. El hombre que había dominado mis pensamientos y mis sueños durante tanto tiempo estaba por fin frente a mí.

—Mikhail...

—Hola, Pietra. —Su voz era aún más gruesa y penetrante en persona, y todo mi cuerpo vibró al sentirla resonar por cada una de mis venas.

—Viniste.

—Por supuesto.

Estaba a punto de levantar la otra mano para tocarle también, pero antes de que pudiera terminar, Mikhail me agarró por la cintura y tiró de mí, haciéndome girar y presionándome contra la pared del baño, dejándome sin aliento.

No tuve tiempo de decir nada más antes de que su cuerpo me presionara y el peso de su boca me silenciara. Su lengua me invadió sin pedir permiso. Nunca me habían besado antes de esa forma y pensé que jamás volvería a respirar. Era desesperante y delicioso al mismo tiempo.

Sus manos, firmes y pesadas, me apretaban dolorosamente la cintura, mientras me abrazaba como si pudiera convertir nuestros cuerpos en uno solo. Me mordió el labio, dándome un breve momento para respirar, mientras su boca se deslizaba por mi cuello. Sus dientes se

clavaron en mi piel y sus labios me succionaron. Era un poco doloroso, pero al mismo tiempo me hacía sentir increíblemente bien. Sus manos bajaron hasta mi cintura y me recorrieron el trasero. Por reflejo, me froté contra él y noté el bulto.

Rodeó mi cuerpo y me bajó la cremallera de los pantalones, empezando a bajármelos mientras su boca seguía en mi cuello.

—Mikhail...

Me bajó las bragas y me retorcí contra la pared del baño, con los ojos desorbitados ante su contacto inapropiado.

—Espera... Espera... —jadeando, empecé a empujarle por los hombros—. ¡Detente!

Se detuvo, haciendo caso a mis protestas.

—¿Qué ocurre?

—No podemos hacer esto. —Tratando de recomponerme, me subí los pantalones.

Golpeó un azulejo con la mano y me hizo levantar la cabeza para mirarlo.

—Pensé que me querías.

—No puedo hacerlo así... —Intentaba poner en orden mis pensamientos mientras mi instinto me decía otra cosa.

—Te deseo. —Frotó su boca contra la mía y lo sentí jadear como un perro hambriento y desesperado.

—No podemos hacerlo así.

Dejó caer una de sus manos de la baldosa y me sujetó la cara, impidiéndome mirar a otra cosa que no fueran sus ojos.

—Ven a Rusia conmigo.

—No puedo.

Gruñó, nada contento con mi respuesta.

—Vine aquí...

—A verme.

—Sí.

—¿Me quieres, Mikhail?

—¿Amor? —Frunció el ceño como si no hubiera entendido mi pregunta. —El amor es una creación para vender productos.

—Entonces, ¿por qué viniste aquí? ¿Por qué dejaste Rusia arriesgándote a una guerra con mi familia si podías tener a cualquier otra?

—Porque te deseo. —Volvió a cubrirme los labios y, por mucho que quisiera protestar, resistirme a ese impulso de estar con él era mucho más difícil ante la proximidad.

Fue como experimentar el cielo y el infierno al mismo tiempo.

—Pietra, estás tardando demasiado... ¡Mierda! ¡Pietra!

Esquivé a Mikhail, deslizándome a un lado y me encontré con mi hermana mirándonos como si hubiera presenciado el crimen del siglo.

—¿Quién eres tú? —Ella lo miró y Mikhail le devolvió la mirada—. No, ni siquiera tienes que contestar. Vámonos. —Me agarró del brazo y me arrastró.

Mikhail me sujetó la otra muñeca y pensé que ambos iban a partirme por la mitad.

—¡Suéltenme! —Tiré de mis brazos.

Me volví hacia Mikhail y cedí al impulso de volver a tocarle la cara. Era real y estaba allí mismo, pero por mucho que quisiera sumergirme en aquel sueño, sabía que no era tan sencillo como me hubiera gustado.

—Tengo que irme.

—No —me dijo inmediatamente.

Antes de que intentara agarrarme de nuevo, mi hermana me sacó del cuarto de baño, donde nos esperaban nuestros soldados con unas bolsas de la compra.

—Vamos —les dijo.

—¿Está todo bien? —preguntó uno de ellos.

—Sí —respondimos a coro, lo que no sonó muy seguro, pero no volvieron a interrogarnos y se fueron del establecimiento con nosotras.



Mikhail

Capítulo diecinueve

Debería haberla obligado a quedarse para que se fuera conmigo a Rusia inmediatamente, pero no quería una prisionera. El amor... Fuera cual fuera la maldición del sentimiento que me había sobrevenido, había estado tomando decisiones imprudentes sobre Pietra Bellucci desde que la había conocido pero no iba a renunciar a tenerla, sobre todo porque ella también quería estar conmigo.

Mi miembro seguía duro y había una buena dosis de frustración por haber recibido solo un breve beso antes de que se me escapara de las manos.

Me toqué la tela del pantalón, pero antes de que pudiera agarrarla directamente y aplacar parte de mi deseo, dos mujeres entraron en el baño y gritaron al verme. Saqué la máscara del bolsillo y pasé junto a ellas con mirada firme, haciéndolas retroceder hasta que salí del baño de mujeres.

Había probado a Pietra y sabía que no descansaría hasta tener más.

Salí del centro comercial y me reuní con mis soldados, que estaban a unas manzanas de distancia, cerca de los vehículos.

—¿Señor?

—Vámonos de aquí.

Asintieron y subieron a sus coches.

Moví la cabeza hacia un lado, viendo pasar los edificios de la vieja Roma como si estuvieran en movimiento.

—¿Consiguió lo que quería, señor?

—Por partes... —Solté un profundo suspiro.

—¿Deberíamos volver?

—No.

Mis respuestas fueron breves y no quise extenderme, ni siquiera mis soldados sabían por qué estaba allí y lo mantendría en secreto hasta convencer a Pietra de que se trasladara a Moscú conmigo.



Pietra

Capítulo veinte

—¡Has perdido completamente la cabeza! —Perla empezó a gritar cuando entramos en mi habitación. Durante el trayecto desde el centro comercial hasta nuestra casa parecía haber hecho un gran esfuerzo por no gritar.

—Oh, Perla...

—Oh Perla nada. No puedo creer que me arrastraras al centro comercial solo para tener una excusa para encontrarte con él.

—No es exactamente así...

—¿No?

—Sí, pero... —Me acurruqué, tapándome la cara con las manos, muy avergonzada de que mi hermana se hubiera enterado de mi plan. Debería haber sabido desde el principio que algo saldría mal.

—Cuando papá se entere...

—No puedes decírselo. —Me precipité hacia delante, sujetando a mi hermana por los hombros.

—¿Que estabas por tener sexo con un tipo en el centro comercial? No cualquiera, ¡un ruso! ¿Cómo se las arregló para entrar en el país sin que nuestra familia lo supiera?

—No lo sé.

—Este tipo es peligroso.

—¿No lo son también nuestros familiares?

Mi hermana resopló, levantó las manos y se dejó caer en el sillón.

—No hace falta que vuelva a explicarte las diferencias.

—Yo... —Contuve la respiración, sintiéndome culpable al mismo tiempo que deseaba correr a los brazos de él.

—No me dirás que te gusta ese hombre.

—¿Y si me gusta?

—Voy a decir que estás aún más loca. No puedes enamorarte de un tipo como él. Por no mencionar que papá nunca aceptaría tu relación.

—¿Los matrimonios no son alianzas? Si me caso con Mikhail, la enemistad entre rusos e italianos podría terminar.

—Ni en un cuento de hadas ocurriría eso.

—Podrías tener un poco más de esperanza. —Le guiñé un ojo, prácticamente rogando su comprensión.

—Pietra, por el bien de todos, tienes que dejar de reunirte, hablar o lo que sea con este tipo.

—Pero...

—¡Pietra!

—¡De acuerdo! —Me crucé de brazos, bufando.

En el fondo entendía lo que decía mi hermana. Juro que entendí todas sus advertencias. De ninguna manera quería traer problemas a mi padre y al resto de nuestra familia. Aun así, no podía sacarme a Mikhail de la cabeza, y cuanto más me esforzaba por apartarlo de mis pensamientos, más se aferraba a cada una de mis visiones. Era imposible cerrar los ojos y no soñar con él.

La sensación de estar finalmente en sus brazos era increíble. No debería haberlo hecho, pero la necesidad de más era lo más insano que había sentido nunca. Ya lo ansiaba y era como si solo besarlo bastara para desencadenar una adicción imparable.

—¿Y si estoy enamorada?

—Me gustaría golpearte la cabeza contra la pared hasta que cambies de opinión.

—¡Perla! —me reí ante la amenaza explícita de mi hermana.

—Mira de lo que estás hablando, Pietra. Es el jefe de la mafia rusa. Esto no va a terminar bien para ninguno de nosotros, especialmente para ti.

—Pero papá quiere a nuestra madre.

—Los rusos no aman a nadie.

Apreté los dientes, pero acabé poniendo los ojos en blanco y retrocediendo ante mi propia decepción. Quería decir que mi hermana estaba equivocada, pero no podía hacerlo. Le había preguntado a Mikhail sobre el amor y la respuesta que me había dado no había sido la más agradable, y mucho menos la que yo había deseado escuchar.

—Tienes razón. —Me senté en la cama y me puse las manos en las rodillas, frotándomelas con fuerza.

—¿Estás escuchando lo que dices?

—Sí.

—Eso es bueno. Porque las últimas veces te entró por un oído y te salió por el otro.

—Imagina que te dijeran que no puedes quedarte con Luca.

—Sabes que la situación es completamente diferente, ¿verdad?

—Sí. —Me callé cuando me di cuenta de que no había más argumentos.

—Hermana —soltó un largo y profundo suspiro—, es grave, tienes que parar.

Moví la cabeza afirmativamente.

—Voy al baño. —Me levanté y salí de la habitación con una excusa para poner fin a la conversación de una vez por todas.

Me encerré en la habitación y apoyé ambas manos en la mesada de mármol. Levanté la cabeza y me enfrenté a mi imagen en el espejo. Las lágrimas caían, emborronando mi maquillaje. Estaba perdida entre lo que realmente quería y lo que era correcto para mi familia.

Podía incluso jurar que no volvería a buscarlo, a no responder a alguno de sus mensajes ni a involucrarme con él, pero en la práctica sería mucho más difícil cumplir esa promesa. No

sabía cómo afrontar la situación, y mucho menos los anhelos que sentía por Mikhail Orlov.



Mikhail

Capítulo veintiuno

Golpeé con las dos manos abiertas el azulejo del baño. Apreté los dientes y gruñí como un perro feroz. No podía con la frustración. Se suponía que, como pakhan, debía tener el mundo, ser el amo de todo y que nada se interpusiera en mi camino. De todas mis posibles dificultades, no había imaginado que una mujer se convertiría en la mayor de ellas.

Pietra Bellucci era joven y guapa, pero no parecía lo bastante interesada como para ponerme en el centro de sus prioridades, o tal vez estaba jugando conmigo con reglas que yo desconocía. Lo peor de todo es que, aunque iba perdiendo, estaba enganchado y no podía echarme atrás antes de que fuera demasiado tarde.

La tenía en mis brazos, lo bastante cerca, y al mismo tiempo la sentía distante cuando se apartaba y me hacía parar. Si actuaba así para que no tengamos sexo antes de la boda, podía entenderlo, pero yo estaba dispuesto a casarme con ella, así que ¿por qué no se venía conmigo a Rusia?

De todas las mujeres que podía querer, ¿tenía que querer a la más imposible?

Cerré los ojos e incliné la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo el agua me corría por las sienes y por todo el cuerpo.

Recordé nuestro momento en aquel baño público. Durante los últimos cuatro años, lo único que había anhelado era tocarla, besarla y sentir su cuerpo sobre el mío. Por fin lo había conseguido, pero no estaba satisfecho.

Me mordí el labio inferior para evitar un aullido de frustración. Jadeaba y me di cuenta de que mi pecho subía y bajaba con frenesí.

Me toqué el pene y jadeé por toda la necesidad contenida. Mi mente se inundó de imágenes de ella, de las sensaciones de su piel y su aroma. Temblaba de una necesidad abrumadora de tener más de Pietra. Pensé que venir a Italia resolvería mis problemas, pero solo parecía haberlos intensificado.

La deseaba y aquel beso no había hecho más que avivar mi necesidad de más. Mi núcleo no estaría satisfecho hasta que pudiera sentir su cuerpo sobre el mío y aliviar todo ese deseo salvaje e irrefrenable que me consumía.

Empecé a mover la mano por mi longitud, imaginando cómo habría sido si finalmente la hubiera penetrado. Quería marcarla con mi cuerpo y hacerle comprender que era mía y que no había nadie a quien deseara tanto. Esa necesidad era tan grande que me causaba dolor.

Sólo quería tenerla para mí, como haría todos los días hasta el último.

Iba a amoldarla a mi cuerpo y hacer que ella también sintiera placer mientras nos saciábamos mutuamente.

Volví a golpear la pared mientras mi otra mano se movía con más presión y agilidad hasta que mi semen corrió por el desagüe de la ducha.

La paja me había aliviado, pero la sensación no duraría mucho. La deseaba más que a ninguna otra y no descansaría hasta tenerla.



Pietra

Capítulo veintidós

Me revolví de lado a lado en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Me obligué a cerrar los ojos y me agarré a la almohada, cubriéndome la cabeza. Di un puñetazo al colchón cuando me di cuenta de que era inútil.

¿Por qué no desaparecía ese impulso y podía hacer lo correcto para todos?

Saqué el móvil y vi que no había ningún mensaje ni llamada de Mikhail. La situación no parecía haber salido como habíamos planeado ninguno de los dos. No sabía qué podría haber pasado si mi hermana no hubiera llegado, y lo peor era que quería averiguarlo.

Volví a tomar el teléfono y abrí la aplicación de mensajería.

Pietra:

¿Has vuelto a Moscú?

Mikhail:

Todavía no.

Pietra:

¿Por qué no me mandaste más mensajes?

Mikhail:

No sabía si querías hablar conmigo.

Pietra:

No debería haberlo hecho.

Mikhail:

Pero...

Pietra:

Quiero hacerlo.

Mikhail:

Tu hermana no parece muy contenta.

Pietra:

Intenta ser mi razón.

Mikhail:

Quizá por eso la odio.

Pietra:

Es mi hermana.

Mikhail:

Eso no cambia el hecho de que nos interrumpió.

Pietra:

Era mejor así.

Mikhail:

¿Por qué?

Pietra:

Habría hecho algo que no debería.

Mikhail:

¿De verdad crees que no deberías?

Me quedé mirando el mensaje, preguntándome qué decir, pero no podía mentir. Era irracional, imprudente y arriesgado, pero no había nada que deseara más que a Mikhail. Pensé que si no contestaba al mensaje, esa sensación de locura desaparecería. Lo deseé con todas mis

fuerzas, y fue entonces cuando mi móvil empezó a temblar y el corazón me saltó a la boca.

—Pietra. —Me estremecí al oír el tono grave de su voz.

—No deberías llamarme.

—Deja de pensar en lo que debo o no debo hacer y dime lo que quieres.

—No quiero nada.

—Mentirosa.

—Me estoy volviendo loca con todo...

—¿Qué llevas puesto? —me interrumpió y me sobresalté con su pregunta.

—¿Por qué?

—Dímelo. —La firmeza de su voz solo me hizo enloquecer aún más.

—Pijama.

—Quédate desnuda, sácate las bragas.

—No voy a hacerlo. —Me asusté aún más y mis mejillas se sonrojaron al instante.

—Te lo estoy ordenando.

—No puedes obligarme a hacer algo así. ¿Estás loco?

—Haz lo que te digo. Estoy seguro de que te gustará. —La autoridad de su voz se suavizó, pero seguía habiendo una imposición implícita.

Tenía una opción: colgar el teléfono, contárselo a los hombres de mi familia y poner fin al asunto de una vez por todas. Mikhail no estaría tan loco como para enfrentarse a los Bellucci en nuestro territorio, pero en lugar de hacer lo que exigía la prudencia, me llevé las manos a la cintura y me bajé mi ropa íntima como él había hecho cuando ambos estábamos en el baño.

—¿Pietra?

—Sí... —Estaba temblando.

—¿Lo has hecho?

Me limité a murmurar con los labios apretados, avergonzada de decir en voz alta que estaba desnuda de cintura para abajo.

—¿Te has tocado alguna vez?

—¿Eh? —Fingí no haber oído bien.

—Ya te has tocado, ¿verdad?

—Mikhail, eso no es apropiado...

—A la mierda lo que es apropiado.

Volví a estremecerme al oír su voz. Aquel hombre parecía tener una sola función en mi vida: volverme loca.

—¡Hazlo!

—Mejor no.

—Déjame escucharte.

—¿Y si alguien se da cuenta?

—Estás sola, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Así que no hay nada de qué preocuparse. Vamos, empieza.

Si no hubiera querido meterme en ese lío, no habríamos llegado a ese punto, pero me hundía cada vez más en esas arenas movedizas.

Sujetando el móvil con la mano izquierda, con la derecha bajé la mano entre los muslos y toqué directamente mi zona íntima. El gemido fue casi involuntario y arqueé el cuerpo de placer.

—¿Sabes cómo te gusta?

—¿Eh? —pregunté, con la respiración agitada.

—¿Cómo prefieres ser tocada?

—Yo... Ah... —La vergüenza y el placer nunca han estado tan cerca y no podía hablar

correctamente, ni siquiera podía pensar.

—Quiero que me lo digas.

—¿Por qué? —jadeé mientras mi dedo recorría mi clítoris, lo que me hizo poner los ojos en blanco.

—Para saber qué hacer cuando estés conmigo.

—No se puede.

—¿Me quieres a mí?

¿Por qué su voz me hacía perder tanto la cabeza?

—Yo no... quiero. —Dejé de intentar luchar contra el impulso y dejé que mi dedo se moviera sobre mi clítoris mientras me revolvía en la cama. Me costaba mantener el móvil pegado a la oreja y aún más evitar que él oyera mis gemidos.

—¿Cómo?

—Me gusta el dedo justo en la punta.

—¿Y la presión?

—Moderada... ¡Ah!

—¿Rápido o lento?

—Rápidamente. —Aumenté el movimiento de mi dedo y me contoneé aún más.

—¿Te gusta?

—Mucho... —Me confesé sin preocuparme de las consecuencias, solo quería sentirlo.

—La próxima vez te haré eso que me estás contando, pero con mi lengua.

—¡Mikhail! —Gemí su nombre mientras todo mi cuerpo se retorcía en completo éxtasis.

—¿Te ha gustado?

—Sí... —Ni siquiera podía sentir vergüenza de todo lo que había pasado.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Si mi padre o mi hermana...

—Ven sola, que no se entere nadie más.

—No sé cómo.

—Te ayudaré a pensarlo.

Permanecí en silencio, dándome cuenta de que me había asfixiado toda aquella irresponsabilidad. No quería atraer el caos hacia mí, pero era imposible no dejar que se apoderara de mí.

Mikhail era un hombre peligroso, un asesino y el líder de una organización criminal. Sin embargo, el hecho de haber crecido rodeado de otros hombres así me impidió tenerle tanto miedo como debería.



Mikhail

Capítulo veintitrés

Me acerqué a la ventana de la habitación del hotel donde me alojaba. Me había alojado con documentos falsos y había tomado todas las precauciones para encubrir mi presencia en Roma, pero sabía que cuanto más tiempo pasara en territorio enemigo, más riesgo corría.

Debería salir de allí, pero sabía muy bien que no lo haría hasta tener a Pietra.

Mi móvil vibró y lo saqué del bolsillo, esperando que fuera ella, pero me encontré con una llamada de Rusia.

—¿Serguei?

—Jefe.

—¿Qué es lo que quieres? —Mi tono duro exigía que fuera directo al grano.

—¿Cuándo vuelves a Moscú?

—Aún no lo sé.

—¿Necesita ayuda con sus asuntos?

—No.

—¿Qué haces en Roma?

—Ya te he dicho que cuanto menos sepas, mejor por ahora.

—¿Planeas algún ataque contra los italianos? Sé que tu padre te envió a espiarlos hace unos años.

—Tus suposiciones no son necesarias en este momento.

—Algunos líderes preguntan por ti.

—Te he encomendado la tarea de ocuparse de las cosas, e imagino que podrás hacerlo durante unos días.

—Sí, pero...

—¡Estupendo! —interrumpí antes de que continuara—. Te avisaré cuando vuelva, mientras tanto evita cualquier problema y mantén a los hombres a raya. ¿Se ha entregado el cargamento?

—Sí.

—¿Está en las calles como lo designamos?

—Debería llegar a las zonas más alejadas del país a última hora de la tarde.

—¿Se ha resuelto el problema con la policía?

—Según tus instrucciones.

—Perfecto. Eso es todo. Hablamos en otro momento. —No esperé a que se despidiera antes de colgar.

Observé los edificios a través de la ventana. A lo lejos podía ver el coliseo y un cielo amarillento al final de la tarde. No esperaba quedarme mucho más tiempo en aquella ciudad...

Mis pensamientos se interrumpieron cuando mi teléfono móvil vibró en mi bolsillo.

Pietra:

Tengo miedo.

Mikhail:

¿Quieres que vaya a buscarte?

Pietra:

¿Llamar a mi puerta y decirle a mi padre que quieres sacarme? Jaja. Eso no funcionará.

Mikhail:

Tengo mis propias estrategias.

Pietra:

Ya te he pedido que no hagas daño a mi familia.

Mikhail:

Como quieras, pero no cambies de opinión.

Pietra:

Si me ven salir, tendré que inventar alguna excusa.

Mikhail:

Eres buena en eso.

Pietra:

Lo intentaré.

Mikhail:

Nos vemos esta noche.

Ella no me envió más mensajes y guardé el móvil.

Estaba deseando que llegara ese encuentro y esperaba que no se me escapara de las manos.



Pietra

Capítulo veinticuatro

Estaba bajo la manta en mi habitación mientras escuchaba cómo disminuían los ruidos de la casa. Esperé a que todos se durmieran para intentar el plan más descabellado del mundo: salir de casa sin que me vieran.

Si me encontraban, me metería en un lío y tendría que contarle a mi padre cualquier buena historia por intentar escapar en plena noche. Pero en el fondo sabía que ser atrapada por los soldados era la menor de mis preocupaciones. Me regañarían, quizá me castigarían, pero no perdería la vida ni me harían daño.

Fuera de los muros de aquella mansión, los riesgos eran mucho mayores. Si un enemigo de mi familia me atrapaba, podía no volver con vida. Sin protección, sería un trozo de carne en una jaula con leones. Por mucho que odiara la seguridad, siempre supe lo necesaria que era.

No debería salir...

Había quedado con Mikhail a unas manzanas de la mansión. Él podría protegerme de los peligros que me rodeaban, pero ¿quién me protegería de él?

Sentí que me recorría un escalofrío.

Las consecuencias de mi imprudencia podrían haber sido fatales, pero no había nada que me atrajera más a la vida que aquel hombre.

Recordé lo que había dicho Perla: con Luca eligiéndola a ella, mi padre elegiría otro marido para mí, alguien muy diferente de Mikhail. No es que el jefe de la mafia rusa fuera el candidato más adecuado, pero era lo que yo anhelaba.

Era casi la una de la madrugada cuando dejé de oír ruidos. Le mandé un mensaje a Mikhail diciéndole que iba a salir, aparté la manta y salí de la cama. Me guardé el móvil en el bolsillo y abrí el primer cajón de la mesilla de noche, sacando una navaja que me había regalado Dante, diciendo que era para mi protección. Nunca pensé que la necesitaría, pero en aquel momento era recomendable.

Llevaba ropa oscura y me había subido la capucha de la sudadera. Sabía que había

muchas cámaras alrededor de la casa, sobre todo fuera, así que me había pasado el día estudiando sus puntos ciegos para que no me vieran salir de casa.

Entrar después sería una tarea aún más difícil. Sin embargo, intentaba centrarme en una etapa cada vez.

En lugar de ir por el pasillo, abrí la ventana de mi dormitorio, sintiendo cómo el aliento de la noche invadía la habitación y me tocaba la cara. Salí por ella, porque era imposible escapar de la cámara del pasillo.

Me quedé colgada en el lateral de la casa, mirando a un lado y a otro, preguntándome cómo iba a salir. Intenté bajar por los ladrillos, pero acabé resbalando. Por suerte, había pensado en ello antes y había recogido un puñado de hojas bajo la ventana, que amortiguaron mi caída, pero no lo suficiente como para evitar que me dolieran un poco las piernas.

El ruido de mi impacto llamó la atención de algunos soldados que protegían la casa y tuve que correr a esconderme detrás de un arbusto antes de que me vieran.

—¿Qué ha sido eso? —oí preguntar a uno de ellos.

—¿Tú también lo has oído?

Se acercaron al lugar donde había caído y yo permanecí escondida, encogida, evitando hacer ruido.

—Parece que no fue nada.

—Sí, vamos a dar una vuelta por la casa para asegurarnos.

—Sí.

Contuve la respiración mientras pasaban a mi lado, pero no se fijaron en mí.

Esperé a que estuvieran lejos y corrí cerca de la pared.

No entrenábamos como los hombres de la familia, no esperaban que matáramos como ellos, así que yo hacía ejercicio físico y me gustaba escalar, pero solo me di cuenta de que era útil cuando miré hacia arriba.

A diferencia del muro lateral de la casa, el que daba a la calle era más fácil de escalar

porque era de piedra. Paso a paso, intenté ser cauta y rápida al mismo tiempo, porque no sabía cuánto tardarían los soldados al acecho en volver a esa parte. En cuanto llegué arriba, tuve que bajar a la calle. Esa era la única parte que no aparecía en las cámaras, pero había un dron que estaba dando vueltas alrededor de la casa y yo bajé de un salto, escondiéndome detrás de un coche en cuanto pasó el aparato.

Mi corazón se aceleraba y la adrenalina me mantenía increíblemente alerta. Recuperé el aliento y eché a correr, doblando la esquina lo más rápido que pude. En la calle, no tuve tanto cuidado de evitar las cámaras, simplemente me protegí la cara con el pelo y la capucha. Esperaba ser una persona más caminando de madrugada sin llamar la atención.

Me dirigía al punto de encuentro cuando sentí que una mano me rodeaba la cintura y tiraba de mí con fuerza hacia un callejón oscuro. Mi espalda chocó contra la pared rugosa y abrí mucho los ojos cuando vi la silueta de su rostro en la penumbra.

—Mikhail... —Apenas tuve tiempo de susurrar su nombre cuando el peso de su boca me silenció.

Sus manos me rodearon la cintura y su pecho se apretó contra mis pechos mientras me besaba con un hambre abrumadora.

Le rodeé el cuello con los brazos y le devolví el beso, aunque sentía que me iba a quedar sin aire en cualquier momento.

La locura de estar con él se compensaba con lo que sentía. El éxtasis y el frenesí de mi corazón me demostraron que no había otros brazos en los que quisiera estar.

Cuanto más decía que no, mayor era mi necesidad de estar con él y el sabor de aquel beso no hacía más que intensificar mi pecado.

Se detuvo, con ambas manos apoyadas en la pared y su frente en la mía mientras su pecho subía y bajaba rápidamente, intentando recuperar el oxígeno que le había negado el beso. Yo estaba igual y el silencio reinó durante unos minutos hasta que me atreví a romperlo.

—¿Nos quedamos aquí?

—No, no, no. —Tiró de mi mano, haciéndome dar unos pasos más.

Estaba oscuro y tardé un rato en darme cuenta de que había una moto aparcada en el callejón. Me dio un casco y tomó otro, luego me ayudó a subir a la parte trasera.

Necesitaba llegar rápido a casa, pero solo me molesté en abrazar su cintura con fuerza cuando aceleró el vehículo y caí hacia atrás con la inercia.

Despreocupado por los límites de velocidad, Mikhail zigzagueaba entre los coches y otros vehículos de la calzada, llevándome lejos de casa y de la seguridad de mi familia. Le abracé más fuerte y apoyé la cabeza en su espalda.

Tenía todos los indicios del mundo de que me daría un susto de muerte, pero no lo sentí. Estaba bien y en paz con nuestra cercanía.

Mikhail entró en el garaje de un hotel, aparcó, me ayudó a bajar y descendimos de la moto.

Me quité el casco y se lo entregué. Mikhail colocó a ambos en la moto y sacó algo del bolsillo, parecía una película de silicona que se ponía en la cara, alterando algunos de sus rasgos, disimulándolos.

—¿Qué es eso? —Di un paso atrás, sorprendida.

—Hay cámaras en el ascensor y no quiero que tu tío estropee nuestro momento.

—Entendido.

—Vámonos. —Me ofreció una máscara y acepté sin pensarlo dos veces.

Entramos en el ascensor y pulsó el botón de la octava planta.

Era demasiado tarde para arrepentirme de haber estado allí. Ya había pensado innumerables veces en las consecuencias de mis actos y si solo se tratara de mí, todo iría bien.

Las luces del pasillo se encendieron mientras caminábamos por él. Nos acercamos a una puerta y Mikhail sacó una llave del bolsillo. No era un hotel extremadamente lujoso como los muchos que mi familia tenía por toda Italia, pero como él se escondía allí, era una forma de llamar menos la atención.

Si tenía que pasar el resto de mi vida con un hombre al que no amaba, al menos tendría

un momento con el que hizo que mi corazón latiera más rápido y se apoderara de cada uno de mis sueños.

Entramos en la sala y mi mirada se dirigió inmediatamente a una mesa redonda en un rincón con una botella de champán sumergida en un cubo y algunas velas, que dejaban la habitación en una penumbra amarillenta.

—¡Guau!

—¿No te gustó? —Parecía sorprendido.

—No sabía que fueras del tipo romántico.

—Quiero ser tu tipo.

Me quedé sin palabras ante su declaración. Sabía que Mikhail tenía su propia manera de demostrar que yo le gustaba. No era bueno con las palabras, pero su comportamiento me lo demostraba.

—Lo eres. —Le toqué la cara e hice que me mirara.

Mikhail me pasó la mano por el cuello y me quitó la máscara, tirándola al suelo. Cuando me atrapó no había escapatoria y yo no quería huir de aquella telaraña.

Mi espalda volvió a chocar contra la pared y me preparé para el beso que estaba por llegar. Tomó mi boca y sentí su hambre de mí. La dolorosa y firme presión de sus manos sobre mi cintura me hizo gemir y soltar un grito ahogado.

Me mordió la boca antes de volver a meterme la lengua.

Me tomé la libertad de trazarle la espalda, sintiendo el bulto de sus músculos bajo el polo negro.

Él me quitó el suéter y se llevó la blusa con él. No pude evitar que mi sostén cayera al suelo en el mismo momento. Me había entregado al depredador y necesitaba prepararme para ser devorada.

Mikhail acercó su boca a uno de mis pezones y yo eché la cabeza hacia atrás, golpeándola contra la pared mientras él mordía.

Le clavé las uñas en los hombros y grité cuando empezó a chuparme. Me bajó los pantalones y no me dejó la ropa interior para proteger mi cuerpo. Estaba desnuda antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, pero el calor me empujó a quedarme allí y desear aún más desde ese momento.

Me tomé la libertad de subirle la camisa y Mikhail la tiró al suelo. Mientras me besaba de nuevo, mis manos recorrieron su pecho. Él mismo se deshizo del resto de su ropa y fui consciente de que el hombre desnudo se frotaba contra mí.

Dejó de besarme y tomé aire mientras examinaba los tatuajes.

—¿Qué significan?

—Cada uno tiene su propia historia. Las estrellas en mis rodillas significan que no me arrodillo ante nadie, pero me arrodillaré ante ti.

No procesé su tipo de declaración, porque se agachó y cumplió su promesa. Su mano agarró mi muslo y lo colocó sobre su hombro mientras su boca se introducía entre mis piernas.

Me agarré a su pelo y disfruté del placer de su lengua mostrándome lo que solo había experimentado con mi dedo. Era mucho mejor. Mikhail sabía lo que hacía y yo me rendí. Rodé sobre su cara por instinto y cerré los ojos para disfrutar aún más de las sensaciones que llenaban todo mi cuerpo.

Deslizó un dedo dentro de mí y yo me retorcí contra la pared, tirando más fuerte de su pelo. Sentí un ligero dolor, pero se me pasó en cuanto continuó la estimulación. Su boca, su lengua, sus labios y la forma en que me dejaba a merced de sus acciones me estaban proporcionando más placer del que jamás hubiera imaginado sentir.

La necesidad de estar con él suprimió cualquier preocupación por no poder hacer lo correcto.

Mikhail era más que una tentación peligrosa, era el hombre que siempre había deseado.

Cuando la tensión se hizo demasiado intensa, simplemente me dejé llevar por la oleada de éxtasis que se apoderaba de todo mi cuerpo. Me temblaban las piernas, pero él me sujetaba con fuerza.

Antes de que terminara de sentir los efectos del orgasmo, Mikhail me levantó y me llevó a la cama, tumbándome sobre las almohadas. Se acomodó sobre mi cuerpo y no dijo nada, pero la llama de las velas brillaba en sus ojos y la silenciosa declaración me bastó.

En el momento en que me abrió las piernas y me penetró de un solo y firme empujón, mientras yo gritaba de dolor por haberme roto la virginidad, supe que era innegablemente suya. Empezó a moverse y acerqué su cara a la mía. Mientras nos besábamos, mi dolor fue suprimido por el deseo y la necesidad.

Sus manos recorrieron todo mi cuerpo y le permití convertirme en una mujer, su mujer.

Mientras su lengua se hundía en mi boca y su miembro en mí, comprendí la verdadera relación entre una pareja.

Mikhail me apretó y le sentí estremecerse mientras su líquido brotaba dentro de mí.

Me besó un rato más hasta que me apartó.

Rodé sobre su pecho y me sujetó la cara.

—Sé mía, Pietra.

—Ya lo estoy haciendo.

—No hay nada que haya deseado más en los últimos cuatro años.

—¿Así que me amas?

Él giró la cabeza y resopló.

Le sujeté la cara e hice que volviera a mirarme.

—Responde a mi pregunta.

—No existe tal cosa.

—¿Y no crees que es el nombre de lo que has sentido por mí en los últimos cuatro años y la culpa de estar aquí?

—¿Así se llama el sentimiento que nos hace cometer locuras?

—Probablemente.

—Entonces sí. Te amo.

Le sujeté la cara y volví a besarle. Me alegré de que estuviéramos allí.

Sin embargo, ese momento no podía durar para siempre si no quería que el final fuera aún peor.

—Necesito volver a casa. —Rodé hacia un lado, pero él me retuvo.

—¡No!

—Mi padre no puede enterarse de que he venido aquí. Sobre todo porque acabo de perder mi virginidad.

—Vine aquí para llevarte a Rusia conmigo.

—Si lo hago, mi familia vendrá a por mí y empezaremos una guerra que ninguno de nosotros necesita.

—No puedo quedarme aquí para siempre.

—Lo sé. —Lo lamenté.

—Entonces di que vienes.

—Necesito pensar en una forma que mi padre acepte.

—¿Cuál?

—¿Te aliarías con mi familia? —Busqué sus ojos e hice que me mirara mientras meditaba mi pregunta.

En mi mente, la única forma de que funcionara era que mi padre se diera cuenta de que mi matrimonio con el líder de la mafia rusa sería beneficioso para todos.

—No sé cómo reaccionaría el resto de Rusia.

—Puede ser bueno para ambas partes.

—Necesito pensar.

—Por favor. —Estiré la cabeza y lo besé.

Mikhail movió su cuerpo, pero antes de que pudiera volver a cubrir el mío, rodé fuera de la cama y me puse de pie.

—Tienes que llevarme.

—No quiero hacerlo —dijo con firmeza.

—Pero tienes que hacerlo. No quiero que tú o mi padre salgan heridos en una guerra que podemos evitar. ¿Todavía quieres casarte conmigo? —Temía la respuesta a esa pregunta, porque acababa de entregarme a Mikhail. Podría haber conseguido lo que quería de mí y desaparecer. Aun así, en el fondo, sentía que había merecido la pena.

—Sí quiero. Serás mi esposa cuando llegue a Rusia.

—Yo también quiero eso. —Sonreí.

Perla iba a casarse con el hombre que quería y yo deseaba a Mikhail.

—¡Entonces ven!

—Todavía no.

—Pietra. —Resopló, disgustado por mi reticencia.

—No quiero huir y no volver a ver a mi familia. Entonces, ellos necesitan aceptarlo por las buenas.

Mikhail negó con la cabeza, no parecía tan contento con la situación ni convencido por mis argumentos, pero quería que su deseo de estar conmigo fuera suficiente para aceptar mis condiciones. Él no tenía familia, pero yo quería a la mía y no iba a abandonarla.



Mikhail

Capítulo veinticinco

Estaba apoyado en mi moto, aún con el casco puesto, cuando vibró mi teléfono móvil.

Pietra:

Estoy en mi habitación.

Mikhail:

¿Segura?

Pietra:

Creo que nadie me vio saltar el muro.

Mikhail:

Estupendo.

Pietra:

¿Dónde estás?

Mikhail:

Sigo por aquí. Esperando que cambies de opinión y vengas conmigo.

Pietra:

Sabes por qué no puedo.

Mikhail:

No lo entiendo.

Pietra:

Lo entenderás cuando tengamos nuestra familia.

Mikhail:

Hoy tengo que volver a Rusia.

Pietra:

Ojalá no fuera así.

Mikhail:

Ven conmigo.

Pietra:

Lo haría.

Mikhail:

¿Cuándo?

Pietra:

Tan pronto como convenzamos a mi padre.

Mikhail:

No quiero esperar eternamente.

Pietra:

Yo tampoco.

Te amo, Mikhail.

Me quedé mirando esa frase hasta que volví a guardarme el móvil en el bolsillo sin contestar. El amor no existía en mi mundo, había vivido sin él y esperaba no experimentarlo nunca. Sin embargo, la forma en que Pietra removía mis sentimientos y sensaciones siempre había estado más allá de mi comprensión.

Subí a la moto y volví a toda velocidad al hotel donde me alojaba con mis hombres.

Había pasado una noche con ella, había saciado mi deseo de tenerla, pero aún no me parecía suficiente.

¿Una alianza con los italianos?

No creo que un ruso hubiera pensado nunca en eso, no creía que fuera posible. Éramos demasiado diferentes. Cada uno actuaba a su manera y llevábamos los negocios de forma diferente. La rivalidad era casi parte de nuestra existencia y no sabía cómo sería si se acabara.

¿Estaba yo preparado para Pietra?

Antes creía que el amor era un sentimiento inventado para vender, pero era aún peor, la mierda te hacía perder la cabeza.

Aparqué la moto y subí a una de las habitaciones donde estaban mis hombres. Uno de ellos abrió la puerta, frotándose los ojos, y vi naipes y vodka por el suelo, señal de que yo no era el único que había disfrutado de la velada.

—¿Jefe?

—Recompónganse.

—Sí.

—Tenemos que volver a Rusia.

Por mucho que quisiera estar allí, tener a Pietra y estar con ella, necesitaba sentarme en mi trono y demostrar quién daba las órdenes antes de que fuera amenazado. No era el pakhan más querido, debido a mis orígenes, pero se me respetaría. Necesitaba pensar en cómo afectaría mi proximidad a los italianos.



Pietra

Capítulo veintiséis

Me revolví en la cama cuando los primeros rayos de sol entraron en mi habitación. No había dormido nada anoche, pero eso era lo de menos.

Debería estar arrepentida del ardor entre mis piernas. Una princesa como yo debía permanecer intacta hasta el matrimonio. Estaba mal, me entregara a quien me entregara, fuera italiano o no. Pero no me sentía ni un poco culpable.

La certeza de que no había nadie a quien quisiera más que a Mikhail era profunda e intensa. Solo podía pensar en cuándo podría arrojarme de nuevo a sus brazos.

Amaba al jefe de la mafia rusa y tenía que conseguir que mi padre lo aceptara. La alianza sería buena para ambos.

Reviví la noche pasada en mi mente varias veces.

No se arrodilló delante de nadie, pero lo hizo solo para darme el placer de darme placer. Apreté la almohada bajo los dedos y estiré el cuerpo, recordando las sensaciones.

Podría pasarme todo el día en esa cama pensando solo en Mikhail y quería hacerlo, pero oí que llamaban a la puerta y seguí suspirando, hasta que un segundo golpe, más firme y rotundo, me hizo dar un salto.

—Pietra. —La voz de mi padre me produjo un escalofrío.

—¡Hola!

—Prepárate y baja.

—¿Bajar?

—Hay alguien aquí que quiere verte.

—¿Alguien?

—¡Ven pronto!

Oí sus pasos alejándose y ni siquiera tuve tiempo de preguntar quién era. De repente, el

éxtasis de la noche anterior se transformó en angustia. Recordé las palabras de Perla. Si no era Luca, sería otro, alguien elegido por mi padre.

No necesitaba un cubo de agua fría en ese momento. Tenía que conseguir más tiempo para convencer a mi padre de que no había nadie mejor que Mikhail.

Me levanté de la cama antes de que la orden se convirtiera en reprimenda. Tomé algo de ropa presentable y fui al baño a prepararme. Tenía hambre, pero dudaba que me diera tiempo a tomar un café antes.

Me miré en el espejo. Tenía que pensar en algo y por un momento incluso me planteé fingir estar enferma para evitar encontrarme con un posible candidato, pero mi padre no caería en la trampa y mi situación empeoraría.

No vi mejor alternativa que enfrentarme al tipo y luego pensar en cómo conseguir que mi padre me rechazara ante un posible compromiso.

Salí del baño, dejé mis cosas en el dormitorio y bajé las escaleras.

En cuanto pisé el último escalón, levanté la cabeza y vi a un hombre de espaldas a mí que hablaba con él. Una chaqueta de cuero le cubría los hombros, era alto y tenía el pelo muy rubio.

Sonreí al darme cuenta de que Mikhail había entendido mi petición y había venido a hablar con Marco Bellucci. Si eran así, todo saldría bien. Me casaría con el hombre que quería y no perdería el contacto con mi familia.

—¡Hola! —suspiré, un poco conmovida.

—¿Pietra? —Fue entonces cuando se dio la vuelta y mi castillo de fantasía se derrumbó de inmediato.

Era un rubio alto con ojos azules, pero no era mi ruso. Tenía un acento que delataba que no era italiano. Había otros hombres en la habitación, pero no me fijé en nadie más porque el shock me dejó helada.

—¿Quién eres tú? —Apreté los dientes.

—¡Pietra! —Mi padre me miró seriamente, cuestionando la forma en que había hablado con el desconocido.

—Steven Lansky. —Se presentó el tipo.

—El futuro *capo* de los Estados Unidos —añadió mi padre.

Parecía lo suficientemente bueno para mí, pero no era quien yo quería.

Debería haber saludado y sonreído, para eso estaba hecha, pero se me llenaron los ojos de lágrimas y salí corriendo. Corrí tan rápido como pude y me encerré en mi habitación.

No pasó ni un minuto antes de que mi padre llamara a la puerta y yo apenas pudiera incorporarme en la cama.

—¡Pietra!

Me tragué las lágrimas y me froté los ojos con el dorso de la mano.

No quería abrir la puerta, pero sabía que si no lo hacía la tiraría abajo.

Me acerqué a ella y tiré de la manilla, mirando al suelo porque sabía que me regañarían.

—¿Qué fue todo eso?

—Lo siento, papá.

—Baja y discúlpate con los invitados.

—Está bien. —Me froté los ojos una vez más.

—Contrólate —continuó con tono firme.

Intenté por todos los medios no volver a llorar. Quería decir que deseaba a otra persona y que ya ni siquiera era virgen, pero si lo hacía solo empeoraría las cosas.

Bajé a su lado y di unos pasos hasta detenerme frente a él. Levanté la cabeza y volví a encontrarme con su mirada. Era joven, quizá diez años más joven que Luca Mancini, con expresión seria pero mirada curiosa. En otra ocasión podría haberme sentido atraída por él, pero definitivamente no era el hombre que yo quería.

—Te pido disculpas por mi actitud, señor Lansky.

—A veces asusto a la gente. —Sonrió y el ambiente se volvió un poco menos tenso.

Me rugió el estómago y me encogí, no había comido nada desde la noche anterior.

—Pietra, invita a Steven a desayunar contigo. —Me di cuenta de la orden en el suave tono de voz de mi padre.

—¿Vamos?

El tipo asintió y dio un paso hacia mí. Giré hacia mi padre por última vez y vi que hablaba con el tío Theo y otro hombre rubio que parecía de su edad.

—¿Es tu padre? —le pregunté al hombre que caminaba a mi lado.

—Sí, Lucian.

—¡Ah!

Le indiqué el camino y entramos en el comedor, donde aún estaba puesta la mesa del desayuno.

—Señor Lansky. —Señalé una de las sillas.

—Puedes llamarme Steven. —Sonrió mientras me sacaba una silla para que me sentara.

—Gracias.

—Tu padre me dijo que estudiabas medicina. —Se sentó a mi lado.

—Sí. —Me sorprendió el tema que había sacado—. Me gusta.

Tomé un trozo de pan y le unté un paté de atún, evitando sus ojos.

—Columbia tiene grandes profesores.

—¿Se refiere a la universidad de Nueva York?

—Así es.

—¿Me vas a dejar estudiar allí? —Fruncí el ceño, sorprendida e impactada ante la posibilidad.

—Con las precauciones adecuadas, ¿por qué no?

Sonreí y admití que había tocado uno de mis puntos débiles. Poder estudiar, llegar a ser

médica algún día. Pensé que ese sueño moriría cuando me casara con quien fuera.

—Yo estudié allí.

—¿De verdad?

—Sí. Estudié derecho. Mi madrastra solía ser abogada.

—¡Un momento! ¿Es la mujer del jefe y solía ser abogada?

—Era agente del FBI cuando conoció a mi padre.

—¡Guau!

Si pensaba que mi romance con Mikhail estaba prohibido, seguramente la relación de un mafioso con una mujer policía era aún peor.

—Ellos se ríen de ello.

—¿Ha venido? —Tenía curiosidad por conocer a esa mujer.

—No. Está cuidando a la familia y los negocios.

— Ah. —Me metí el pan en la boca y bebí un sorbo de jugo.

Quería decir que había sido horrible pasar esos minutos con Steven, desde luego no era el hombre que esperaba, pero tampoco era una persona desagradable, al contrario.

Después de desayunar, volvimos al salón, donde estaban mi padre, su padre y los otros hombres. No volvimos a estar solos hasta que se fueron.

Fui a mi habitación y, antes de que pudiera acercarme a mi teléfono móvil, vi entrar una sombra, y me di la vuelta para ver a mi padre allí de pie.

Tragué saliva cuando cerró la puerta y señaló mi cama. Me senté en ella mientras él se acomodaba en la silla del escritorio.

Respiré hondo y me preparé para la reprimenda.

—Sé que el matrimonio puede dar miedo. —Su tono de voz tranquilo me sorprendió.

No me arriesgué a decir nada mientras me miraba fijamente.

—Pietra. —Se agachó y me tomó la mano—. Hay hechos de nuestro mundo que no podemos cambiar y tú lo sabes, pero Steven es lo mejor que puedo ofrecerte. La diferencia de edad es pequeña y estarás muy bien cuidada.

—¿En Estados Unidos? —Tragué saliva.

—Sí.

Mi padre estaba allí hablándome, siendo más amable de lo que esperaba y lo único que quería decirle era que mi lugar estaba en Rusia, pero no podía abrir la boca. No quería estropear el momento y si había algo que no quería que ocurriera era que mi familia me odiara.

Mi padre se levantó y me dio un beso en la cabeza.

—Estarás bien. Te lo prometo.

Se despidió y me dejó sola en mi habitación, sin saber qué hacer. Mi padre se había esforzado por encontrarme un buen marido, pero mi corazón nunca sería suyo porque yo quería a otro hombre.



Mikhail

Capítulo veintisiete

Cerré de golpe la puerta del coche y salí del vehículo, caminando hacia la entrada de la mansión. Los hombres que me acompañaban se detuvieron en la puerta y atravesé el salón hasta llegar a mi despacho. Entré en la habitación, saqué la pistola de la funda y la puse sobre el escritorio. Abrí el primer cajón y comprobé si quedaba munición.

Había pasado mucho tiempo en Roma y necesitaba poner orden y recordar a todos quién era el jefe.

Oí que llamaban a la puerta y levanté la cabeza, viendo a Serguei de pie mirándome.

—Me alegro de tenerte de vuelta —me dijo, pero como no dije nada más, continuó—. Imagino que habrás conseguido ordenar los asuntos de tu interés.

—Por partes. —No me detuve en ello porque no quería que ese hombre ni nadie supiera por qué estaba en la capital italiana.

No lo contaría hasta que Pietra finalmente viniera conmigo a Rusia y se convirtiera en mi esposa. Imaginé que sería más fácil hacerlo, pero ella era mucho más escurridiza de lo que me hubiera gustado. Sería mucho más sencillo para ambos si ella no se preocupara tanto por el resto de la familia Bellucci como para no querer que nuestra relación se convirtiera en una guerra.

No dejaba de pensar en su propuesta: por mucho que mi pueblo se mostrara receloso al principio, una alianza con los italianos podría reportar beneficios comerciales. Pero, ¿cuánto tiempo tendría que esperar para que su plan funcionara?

—¿Puedo ayudarte en algo? —Serguei volvió a hablar y yo moví la cabeza negativamente, recordándome que él estaba delante de mí.

—En nada.

—Pero...

—Si necesito tu ayuda o consejo, te lo haré saber.

—Está bien.

—¿Cómo han ido los negocios por aquí? —Cambié el tema a algo que realmente debería importarle.

—Todo salió según lo previsto.

—Estupendo.

—Hay algo de lo que me gustaría hablarte.

—¿Sobre qué cosa? —Me crucé de brazos en una postura firme, pero lo animé a continuar.

—Has matado al líder de Kirov y nos enfrentamos a algunos conflictos locales en la lucha por el poder para que un nuevo líder asuma.

—¿No tenía herederos?

—Parece que solo tiene diecisiete años.

—¿No es suficiente? ¿No crees que pueda hacerlo?

—No soy yo quien lo cuestiona, sino los otros hombres que obedecieron a su padre.

—Llama al chico aquí y a cualquier posible opositor.

—Sí. —Hizo una pausa mientras me relajaba, pero luego pasó a otro tema que me preocupaba—. Hay algo más.

Torcí los labios.

—Insisten en presentarte a una posible esposa. Creo que podríamos hacer una fiesta, para que conozcas a...

—Serguei, ¿eres sordo?

Ensanchó los ojos y retrocedió un paso ante mi dura pregunta.

—No... Dijiste que esperarás, pero cuando veas todas las opciones de chicas, puede que cambies de opinión. Algunos aún cuestionan tu derecho a ser el pakhan, y con un buen matrimonio podrían aceptarlo mejor.

—Me aceptarán o morirán por ello.

—Sí, pero no quiero que la gente piense que puedes ser gay como tu hermano.

Gruñí y la furia surgió en mí como un líquido hirviente. Crucé la corta distancia que nos separaba con un ágil paso y le agarré la cabeza, golpeándola contra el marco de la puerta.

—¿Crees que soy gay? —Apreté los dientes, levanté la voz y adopté una postura muy amenazadora.

—No, señor, pero...

—Si te atreves a decir eso otra vez, te enviaré a visitar a Igor.

—Algunos hombres hicieron comentarios sobre eso, especialmente los soldados.

—No deberías hablar de gente que no está aquí para defenderse.

—Tienes razón.

Le solté la cabeza, empujándolo hacia atrás, y Serguei se tambaleó unos pasos hasta que su espalda chocó contra la pared del pasillo. Se frotó la frente y se limpió el hilillo de sangre que había manado del impacto de mi golpe.

—Puedo ayudarte con los preparativos de la boda.

—Aún quedan muchos detalles por resolver y ahora mismo no necesito tu ayuda. Centrarte en los asuntos de la mafia es lo mejor que puedes hacer por todos.

—¿Ni siquiera quieres decirme su nombre?

—No.

—Los hombres empezarán a preguntar.

—No tienes que decirlo.

Me miró fijamente durante un rato hasta que finalmente accedió. Sabía que llevarme la contraria no era una buena alternativa.

—¿Me necesitas para algo más, pakhan?

—Quiero que compruebes con el contador que todos han pagado los envíos que recibieron el mes pasado. Es una de mis prioridades que sepan que ni se les ocurra meterse

conmigo.

—Te traeré una hoja de cálculo.

—Bien, puedes irte. —Abrí la puerta de un tirón y se la cerré en las narices a Serguei.

Su ventaja era que en ese momento estaba demostrando ser muy útil para mantener el negocio. Llevaba en la mafia desde la época de mi padre y lo conocía todo y a todos muy bien, de lo contrario no habría vivido para arrepentirse de haberme provocado.

No necesitaba resfregarles en la cara una esposa cualquiera para acabar con el asunto. Pronto presentaría a Pietra Bellucci como mi futura esposa y con ello vendría una alianza o una guerra con su familia.



Pietra

Capítulo veintiocho

Cerré el libro que estaba hojeando y apoyé el mentón en la tapa dura. Respiré hondo al darme cuenta de que aquel día no iba a poder estudiar bien, ni aunque quisiera. Mi mente iba a mil por hora y me parecía completamente imposible concentrarme lo suficiente como para sacar algún provecho de las frases escritas en aquellas páginas.

Saqué el móvil y comprobé si había algún mensaje de Mikhail. Después de nuestro tiempo juntos, había vuelto a Moscú y mi vida se había vuelto aún más loca cuando mi padre me presentó a mi futuro marido. Debería haberle dicho enseguida que quería a otro hombre, pero temía la reacción de Marco Bellucci. No solo estaba rechazando al hombre que él consideraba mejor para mí, sino que además había elegido a alguien a quien él veía como un enemigo.

Un golpe en la puerta me sacó de mi ensoñación y giré la cabeza antes de oír la voz de mi hermana.

—Pietra, ¿puedo pasar?

Quería decir que no, pero rechazar la presencia de mi gemela, con la que estaba más estrechamente vinculada, solo atraería aún más la atención sobre mi comportamiento.

—Adelante. —Volví a abrir el libro y leí la primera frase de la página, para parecer mínimamente concentrada en caso de que ella lo cuestionara.

—¿Qué estás haciendo?

—Estudiando las lecciones que he aprendido hoy.

—¡Ah, qué bien! —Se tiró en mi cama con una sonrisa como si acabara de recibir un regalo.

—¿Qué te pasa? —Pregunté yo, extrañada por su comportamiento.

—Me alegro mucho por ti.

—¿Contenta por mí? —Arqueé una ceja y fruncí el ceño.

—Por supuesto. Imagino que tú también.

—¿Por qué debería estarlo? —murmuré, aunque no entendía nada.

—Es guapo, joven y parece muy amable.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? —Cruzó los brazos e inclinó el cuerpo hacia mí. —¡Steven Lansky, tu prometido!

— ¡Ah! —Esbocé una sonrisa falsa e intenté compartir parte de la emoción de mi hermana, pero no estaba segura de haberlo conseguido.

—Había oído hablar de los estadounidenses, pero no podía imaginar que fueran tan interesantes.

—Tienes razón.

—¡Pietra!

—¿Qué te pasa? —Puse los ojos en blanco.

—No la cagues, por favor.

—No estoy haciendo nada. —Me encogí de hombros y jugueteé con la cubierta de mi libro, dándole la vuelta sobre el escritorio.

—No estás tan entusiasmada como deberías y sé muy bien por qué.

—¿Cómo puedo emocionarme por un tipo al que solo he visto una vez?

—No parabas de decir que Luca era mucho mayor que nosotras, pero Steven no lo es. Además, sé que te gustan los rubios con ojos azules.

—Me gusta un rubio de ojos azules en particular.

—¿Lo ves? —gritó indignada y yo me encogí—. Lo vas a estropear todo.

—Amo a Mikhail.

Perla movió la cabeza negativamente, masajeándose las sienes y resoplando.

—No se puede.

—No es un sentimiento que se preocupe por un apellido. Sabes que desde la primera vez que lo vi...

—Por favor. —Agitó las manos delante de mí, haciéndome parar—. No hables de amor a primera vista. Eso no existe.

—Si entendieras lo que siento por él...

—Pietra, detente.

—Él también siente eso por mí.

—No vengas con esa historia de Romeo y Julieta, hermana. ¿Tengo que recordarte cómo termina?

Negué con la cabeza.

—Nadie quiere una tragedia.

—No quiero que suceda nada malo.

—Entonces, evita ese escenario y quédate con Steven. Por el bien de todos, quítate a ese ruso de la cabeza.

—Ojalá fuera tan sencillo. —Me encogí de hombros y aparté la mirada.

—¡Pietra!

—Steven no me aceptará como soy ahora.

—¿De qué estás hablando? Eres Pietra Bellucci. A pesar de que eres descerebrada, eres probablemente el mejor matrimonio que tendrá.

—Ya no soy... —Me detuve a mitad de frase mordiéndome la lengua. Si mi hermana ya estaba indignada conmigo antes de saberlo, tal vez no fuera la mejor idea revelarle esta información. No quería empeorarlo todo.

—¿Qué no eres, Pietra?

—Dejemoslo ahí.

—No me lo puedo creer... —Bajó la cabeza y se tapó los ojos como si acabara de recibir la terrible noticia de la muerte de alguien—. Dime que no lo has hecho.

Permanecí en silencio.

—¡Mierda!

—No me arrepiento.

—Que Dios nos ayude, porque has perdido completamente la cabeza. ¿Sabes lo horrible que va a ser para ti cuando Steven se entere? ¿Cuando papá se entere?

—Una alianza con los rusos podría ser mucho mejor que estrechar lazos con los estadounidenses.

—¿Realmente te parece eso posible?

Afirmé con la cabeza.

—Esto no es un cuento de hadas, Pietra.

—Nuestro padre está a cargo de los italianos y Mikhail de los rusos, me parece muy posible.

Perla negó con la cabeza. No estaba de acuerdo conmigo, aunque yo veía razones por las que la alianza podía llegar a ser algo plausible.

—Sabes que tu forma de actuar nos arruinará.

—Quiero estar con él, pero no creo que deba perderlos a ustedes.

—¿Por qué simplemente no aceptas a Steven? —Se inclinó hacia delante y me tomó las manos, mirándome casi suplicante—. ¿No te das cuenta de la suerte que tienes de que papá lo eligiera para ti? No empeores las cosas.

—No lo quiero.

Perla me soltó la mano y resopló.

—Cuando toda esta mierda se rompa, no digas que no te lo advertí.

—Gracias por preocuparte por mí.

—Ojalá no metieras la pata.

—Sólo quiero poder elegirlo.

—Sabes que al final solo saldrás perjudicada, ¿verdad?

—Si alguna vez sientes eso por alguien, lo entenderás.

—Eso espero. —Seguía enfurruñada, pero no dijo nada más, parecía haber renunciado a insistir en el tema conmigo—. Te dejaré estudiar. Mamá ha accedido a acompañarme a una tienda a comprar materiales nuevos. Algunas de mis pinturas y lienzos se están acabando.

—Buenas compras.

—Gracias. —Asintió y salió de mi habitación.

Me levanté de la silla frente al escritorio y me tiré en la cama, hundiéndome en las almohadas. Sabía que Perla pensaba en los intereses de todos y en los míos propios, pero sentía en mis entrañas que estar con Mikhail merecía la pena. No habría soñado con aquel hombre durante los últimos cuatro años si no hubiéramos nacido para estar juntos.



Mikhail

Capítulo veintinueve

Me pasé la mano por la frente y arrojé el sudor al suelo, moviendo la cabeza hacia un lado unos instantes después para esquivar un puñetazo. Incliné el cuerpo hacia un costado, antes de girar y golpear al soldado con una patada en el centro de la espalda, haciéndolo caer de frente sobre la colchoneta.

Retrocedí unos pasos y me fijé en los tres hombres que estaban a mi alrededor. Les hice un gesto para que se acercaran y se unieran a mi entrenamiento. Me gustaba poner a prueba mis límites y estaba acostumbrado a la desventaja, normalmente me hacía mejor luchador. Sabía que rara vez habría un combate justo y necesitaba estar preparado para cada momento.

Giré sobre mí mismo para esquivar un puñetazo, volteando rápidamente las manos para agarrar un palo que venía del otro lado. Tiré y el soldado se resistió, pero yo era más fuerte y acabó cayendo, viéndose obligado a soltar la barra. Le hice girar sobre mis manos y golpeé las piernas de otro que intentaba atacarme, haciéndole caer de rodillas. Luego le golpeé en la cabeza y cayó desmayado.

Tiré el bastón y animé al único hombre que quedaba en pie a que viniera hacia mí. Sacó una navaja y apuntó en mi dirección.

Sonreí cuando el tipo intentó golpearme. Había sido tan tonto como para imaginar que un arma letal le daría alguna ventaja contra mí, además de ser terriblemente dañina para él mismo.

Lo esquivé y le di un codazo en la espalda, haciéndole tambalearse hacia delante. Era un poco más ágil que los demás, pero estaba lejos de ser rival para mí.

Gruñendo como un perro rabioso, se abalanzó sobre mí, moviendo la navaja de un lado a otro, intentando cortarme, pero la esquivé con facilidad. La clavó en el aire y yo le golpeé en el codo con un puñetazo, haciendo que el arma saliera despedida y se estrellara contra la alfombra a un par de metros de nosotros.

Parecía irritado por la forma en que me movía. Lo atacaba y acabó perdiendo los nervios. Intentó golpearme y no pudo. Esquivé un par de golpes y le di de lleno en el abdomen, haciendo

que saliera volando hacia atrás y acabara sentado junto a la navaja.

Agarró nuevamente el arma blanca y se abalanzó sobre mí. Hizo todo lo que pudo para cortarme, pero no fue suficiente. Hasta que lo agarré de la muñeca y apunté la navaja en su dirección. Intentó forcejear, pero le golpeé en el mentón. Un puñetazo tan fuerte que me dolieron los dedos y le hizo perder el conocimiento al instante.

Dejé que el arma y el soldado cayeran al suelo y me alejé de la colchoneta donde estábamos entrenando.

Entré en el vestuario del gimnasio y me dirigí al casillero donde guardaba mis cosas. Tomé una toalla y me sequé parte del sudor que me corría por la cara, el cuello y la espalda.

Encima de mi billetera estaba mi pistola y mi teléfono móvil. Iba a ducharme, pero antes me dio curiosidad verlo y sonreí al ver un mensaje de Pietra. Sonreír no era un hábito que tuvieran mis músculos faciales, pero me estaba acostumbrando a muchas cosas impensables gracias a ella.

Pietra:

¡Hola! ¿Cómo estás?

Mikhail:

Bien, haciendo ejercicio. ¿Y tú?

Pietra:

Ah, por eso tardaste tanto en contestar.

Mikhail:

No llevaba el móvil conmigo.

Pietra:

¿Cómo van las cosas en Moscú?

Mikhail:

Nada diferente de lo esperado.

Pietra:

¡Qué bien!

Mikhail:

¿Pasa algo? Pareces extraña.

¿Has hablado con tu padre sobre casarte conmigo?

Pietra:

Bueno, quería hablarte sobre eso. Él me prometió con otra persona.

Mikhail:

No dejaré que eso ocurra. ¡Eres mía!

Pietra:

Yo tampoco lo permitiré.

Mikhail:

Volveré a Italia y esta vez te vendrás conmigo.

Pietra:

Tampoco necesitamos una guerra. Encontraré la forma de convencerle de que sería mucho mejor que me casara contigo que con el hombre que eligió para mí.

Mikhail:

¿A quién eligió?

Pietra:

Nadie tiene que salir herido, Mik.

Mikhail:

¿Lo defiendes?

Pietra:

Estoy defendiendo a ambos.

Mikhail:

No es lo que parece.

Pietra:

No eres el único que quiere que estemos juntos.

Mikhail:

Tengo una solución mucho más sencilla.

Pietra:

Ten un poco más de paciencia.

Mikhail:

Mi paciencia no durará para siempre.

Pietra:

Si lo matas, menos posibilidades tendrá mi padre de aceptarnos juntos.

Por ahora, solo dime cuándo volverás a verme.

Mikhail:

Necesito organizarme.

Pietra:

Hazlo.

Mikhail:

Te quiero aquí conmigo.

Pietra:

Lo solucionaremos. Ten un poco más de fe.

Mikhail:

No soy muy bueno en la oración ni en la fe.

Pietra:

Sólo necesito que tengas fe en mí y en el amor que siento por ti.

Mikhail:

Bien.

Pietra:

¿Tú también me amas?

Mikhail:

Sí, te amo.

Pietra:

Entonces todo saldrá bien.

Mikhail:

Un sentimiento no garantiza nada.

Pietra:

Nos lo garantiza todo.

Mikhail:

Te avisaré cuando esté en Roma.

Pietra:

Estoy deseando volver a verte. Te amo.

Volví a meter el móvil en el casillero y cerré la puerta apoyándome en él. El amor era un sentimiento que juré que no existía. Había oído a la gente hablar de él y creía que no era más que

otra de las muchas herramientas de manipulación. Tal vez tuviera razón, pero era mucho más que coaccionar a la otra persona.

Me habían torturado, pasé mi infancia y mi vida adulta siendo moldeado para convertirme en un hombre cruel y un arma despiadada. Mi padre estaba orgulloso de toda la sangre que había derramado en Rusia y más allá, mi hermano me odiaba por mi mera presencia y mi madre murió antes de que pudiera siquiera recordarla.

Esas sensaciones que experimenté con Pietra nunca las había vivido con nadie. Al mismo tiempo que me hacían sentir bien, me hacían sospechar y preocuparme por las consecuencias que podrían tener para toda mi vida...

Estaba distraído con mis pensamientos, pero no lo suficiente como para no oír el ruido de pasos detrás de mí. Giré el cuerpo hacia un lado justo cuando una cuchilla pasó silbando y se incrustó en el metal del armario.

Me di la vuelta y vi que cinco hombres habían entrado en el vestuario. No eran mis soldados y no parecían estar allí para saludarme o decirme hola.

Golpeé a uno en el estómago, aparté a otro de una patada y esquivé el puñetazo de un tercero, tirando de él delante de mí como de un escudo, cuando vi el cañón de una pistola. El impacto de los disparos me hizo caer hacia atrás mientras disparaban al que sostenía. Murió y se hizo aún más pesado, pero no lo solté, porque en ese momento era lo único que me impedía recibir unos cuantos disparos.

El que había pateado se recuperó y vino hacia mí. Fui lo bastante ágil para quitarle la navaja incrustada en el armario y clavársela en el pecho. Lo tiré encima del que intentaba dispararme, que se desplomó por el peso. Me abalancé y lo desarmé.

Tomé la pistola y disparé a otro hombre, que venía con otra en la mano.

El último dio la espalda y pensó en huir, pero fue detenido por mis soldados.

—Jefe, ¿se encuentra bien?

—Sí —resoplé, irritado, mientras respiraba con más fuerza para normalizar el aliento en mis pulmones—. Idiotas, ¿por qué tardaron tanto?

—Vinimos en cuanto nos dimos cuenta del ruido —intentaron justificarse.

—¿Están sordos? —Agarré a uno de ellos por el cuello, haciendo que se encogiera y apartara la mirada.

—No, señor.

—¡Debería matarlos por esto! —gruñí al que tenía agarrado, hasta que lo solté y lo hice caer al suelo—. ¿Cómo han entrado?

—Mataron a nuestro hombre de atrás y nos distrajimos en el gimnasio.

—¡Incompetentes!

—Eso ya no va a pasar —dijo uno de ellos, y todos tragaron saliva.

—Eso espero, o tendrán el mismo final que los que están aquí. —Señalé los cuerpos que yacían en el suelo del vestuario.

Asintieron y no dijeron nada más.

Me acerqué al que seguía vivo y lo agarré por el mentón, haciendo que me mirara.

—¿Quién te ha enviado aquí?

—Maldito bastardo. —Me escupió, haciéndome enfadar aún más.

Me limpié la cara con el dorso de la mano y la cerré en un puño, golpeando al insolente justo en el estómago. Se inclinó hacia delante y le di otro puñetazo, haciendo que un hilo de sangre saliera de su boca.

—Quiero una respuesta.

—No deberías ser el pakhan.

—Ahórrate la tortura que vendrá.

Cerró la boca con fuerza y empezó a salirle sangre antes de escupir un trozo de lengua, que cayó a mis pies. El desgraciado se había automutilado para no hablar.

Retrocedí unos pasos, saqué la navaja que tenía clavada en el pecho otro hombre y se la clavé en el cuello al desgraciado. Mis soldados lo soltaron y cayó al suelo ahogándose en su

propia sangre.

Había sido lo suficientemente valiente como para matarse rápidamente, pero seguía sin tener respuestas sobre quién intentaba matarme, y ya era el segundo ataque. No sabía qué me preocupaba más, si mis enemigos o el hecho de que Pietra hubiera sido prometida a un hombre que no era yo. En cualquier caso, haría todo lo posible por apartar a quien fuera de mi camino.



Pietra

Capítulo treinta

Clavé el tenedor en una alcaparra de la esquina de mi plato. Me la llevé a la boca mientras observaba el tono rosado del salmón y mi mente se perdía en pensamientos lejanos.

Estaba reunida alrededor de la mesa con casi toda la familia, sintiendo que era el momento perfecto para plantear mi increíble propuesta de alianza con los rusos. Sin embargo, casi podía oír la voz de Perla diciendo que yo era la única que pensaba que era una buena alternativa.

A los italianos no les gustaban los rusos. Teníamos normas que ellos no respetaban, honrábamos a familias que ellos destruían. Debería haber tenido miedo de Mikhail, pero aparte de mi familia, era la persona que me daba más seguridad. Podía ver en sus ojos lo que sentía por mí. Sus actos eran más elocuentes que sus palabras.

—¡Pietra!

—Hmm... —Sacudí la cabeza, girándola hacia Dante y me di cuenta de que mi hermano me estaba hablando—. ¿Qué te pasa?

—Pásame el aceite.

—Toma.

—Así te perderás el postre. —Se rió.

—Pietra debe de estar muy centrada en sus estudios —dijo mi madre y yo asentí, tomando un trozo de pescado y llevándomelo a la boca como excusa para no tener que hablar más.

Aunque mi distracción no tenía nada que ver con mis estudios, acepté la excusa que a todos parecían caerle bien.

Mi teléfono móvil vibró en mi bolsillo y lo tomé.

Mikhail:

Te esperaré en el mismo sitio.

Pietra:

De acuerdo.

Sonreí ampliamente al leer el mensaje, pero pronto tuve que reprimir el acto involuntario para no llamar más la atención de mi familia.

—Nada de móviles durante la cena, Pietra —reprendió mi abuela.

—Lo siento. —Lo guardé de nuevo.

No podía imaginar lo que pasaría si mi padre imaginara siquiera con quién me mensajeaba. Afortunadamente, el tío Mateo no debía de estar espiándome, de lo contrario habrían hecho algo.

—Quiero hacer una fiesta —anunció mi padre.

—¿Fiesta? —preguntó Perla entusiasmada.

—Para hacer oficial nuestro compromiso.

—Ah. —Tragué saliva y luché por mantener la sonrisa.

—¡Va a ser increíble! —Perla lo celebró.

—¿Y el compromiso de Dante? —Me volví hacia mi hermano para quitarme la atención de encima.

—Paso a paso, hermanita. —Me sacó la lengua y me contuve para no hacer lo mismo.

No era justo en absoluto, mientras mi hermano se divertía todo lo que podía sin casarse con una novia adecuada, yo tenía que permanecer casta. Bueno, mejor no entrar en discusiones sobre ese punto, ya que yo misma había roto las reglas y me había entregado a Mikhail mucho antes de la boda.

—Seguimos buscando una prometida adecuada para Dante —dijo mi padre en tono serio, sin ahondar más en el tema.

—Por supuesto. —Me encogí de hombros.

—Es una gran idea, mi amor. —Mi madre me miró antes de tomar la mano de mi padre y yo me esforcé por sonreír.

—¿Qué tal un baile de máscaras? —Sonreí, mostrando un poco de excitación ante la idea que se me acababa de pasar por la cabeza.

Sólo había una persona a la que quería en esa fiesta y esto me pareció una alternativa para que pudiera entrar.

—¡Va a ser genial! —Perla se sumó con un grado de excitación asombroso. Afortunadamente, no pareció darse cuenta de mis verdaderas intenciones con aquella propuesta.

El tío Theo y mi padre se miraron hasta que el cabeza de familia asintió con la cabeza.

—Entonces, tendremos un baile de máscaras.

—Gracias. —Suspiré mientras agarraba otro trozo de pescado y volvía a masticar.

Terminamos de comer y nos fuimos cada uno a nuestra habitación. Me alegré de que mi hermana se hubiera distraído hablando con Manuela de algo a lo que yo no había prestado mucha atención y me encerré en la habitación mientras esperaba el momento más oportuno para mi arriesgada huida de la mansión.

Me tumbé en la cama, mirando al techo, y tomé el móvil.

Pietra:

Estoy esperando a que todos duerman.

Mikhail:

Bien.

Pietra:

Tengo una pregunta.

Mikhail:

Hazla.

Pietra:

Cuando nos casemos, ¿me dejarás seguir estudiando?

Sé que no podré trabajar en un hospital, pero puedo arreglar algunos agujeros de bala de los soldados.

Mikhail:

¿Quieres ser médica?

Pietra:

Sí, es uno de mis mayores sueños. Tengo un profesor que viene a enseñarme las materias teóricas a casa. Todavía no he llegado a la parte práctica, pero él y mi padre habían acordado que debería hacer algo de eso en la universidad.

Mikhail:

No quiero que corras ningún riesgo.

Pietra:

No voy a correr ningún riesgo contigo.

Mikhail:

Encontraré la manera de que sigas estudiando. Conozco a algunos médicos que deben muchos favores a la mafia.

Pietra:

¿Es una promesa?

Mikhail:

Sólo si prometes casarte conmigo.

Pietra:

No hay nada que desee más.

Abracé mi teléfono móvil y dejé escapar un largo y profundo suspiro. Haríamos que funcionara, aunque fuera mi primera y última misión.



Mikhail

Capítulo treinta y uno

Inmerso en la penumbra, escondido en un rincón de la calle, observé el movimiento. Estaba acostumbrado a caminar entre las sombras y a actuar solo. Mi protección había aumentado al convertirme en pakhan, pero eso no significaba que hubiera perdido la capacidad de protegerme por mí mismo. Incluso los últimos acontecimientos no habían hecho más que reafirmar mi fuerza y astucia.

Además, era mejor encontrarme con Pietra a solas, pues llamaría menos la atención y ninguno de los hombres tendría por qué saber de ella. No me fiaba de nadie y hasta que no tuviéramos algo claro, era mejor que no dirigiera mis enemigos hacia mi chica. No estaba cerca de ella todo el tiempo, como me hubiera gustado, y hasta que no la llevara a territorio ruso con mi apellido, no podría protegerla adecuadamente.

Oí el ruido de pasos apresurados y me moví, tirando de ella por la muñeca y trayéndola hacia mí. La arrojé contra la pared y mis manos subieron hasta su cara, rodearon sus mejillas y bajaron la capucha de su sudadera.

Estaba demasiado oscuro para verla como me hubiera gustado, pero era reconfortante sentir la suavidad de su piel y el aroma de su pelo.

—Mikhail... —Susurró mi nombre con un tono aterciopelado en su voz.

Inmovilicé su cuerpo contra la pared, provocando un gemido ahogado, y mis manos bajaron hasta su trasero. Sin miedo ni pudor, bajé el elástico de su sudadera y la toqué directamente.

Pietra me subió las manos por los tríceps y me sujetó los hombros.

La apreté contra mi pecho, hundiendo los dedos en sus nalgas mientras mi boca encontraba la suya. La besé feroz y hambrientamente, rozando no solo mis labios, sino todo mi cuerpo.

Dejé que sintiera mi erección y todo el deseo que sentía por ella. Sobrevivir al deseo que sentía de tenerla se había vuelto aún más difícil después de experimentarla por primera vez.

Moví una de mis manos hacia delante, pero antes de que pudiera tocar directamente sus partes íntimas, Pietra me empujó por los hombros.

—¡Aquí no!

—No puedo esperar a tenerte.

—Llévame de vuelta al hotel.

—De acuerdo. —Le quité las manos de encima y retrocedí unos pasos.

Tomé un casco y se lo entregué, poniéndome el otro. Subí a la moto y tiré de ella para que se sentara detrás de mí. En cuanto me abrazó, aceleré el vehículo para salir del callejón y conduje lo más rápido que pude, zigzagueando entre coches y autobuses.

Para no levantar sospechas, esta vez me alojé en un hotel distinto, en otro lado de la ciudad, con un nombre diferente. Tenía que evitar los patrones para que la gente no sospechara de mi presencia en la ciudad.

Aparqué la moto en el estacionamiento y no me quité el casco. La entrada a las habitaciones estaba en un lateral y no tuvimos que pasar por recepción para llegar a las cabañas. Llevé a Pietra conmigo y la guié por un camino empedrado. Saqué rápidamente la llave del bolsillo y abrí la puerta, luego la cerré una vez estuvimos dentro de la habitación.

Pulsé el interruptor y la luz se apoderó de la habitación. Quería verla. Las llamadas y los mensajes no bastaban.

Nos quitamos los cascos y le sujeté la cara con una mano, pasando los dedos por su nuca y atrayéndola hacia mí, volví a hundir la lengua en su boca. Ella me pasó las manos por el pecho, subiendo por los hombros hasta el cuello mientras devolvía el beso con la misma intensidad.

Volví a bajar mis manos por su cuerpo y le bajé los pantalones y las bragas de un tirón.

—¡Mikhail!

—No sabes cuánto te extraño cada noche. —La froté contra mí, metiendo la pierna entre sus muslos.

—Siento tu presencia todos los días.

Le bajé la blusa, tirándola al suelo, y le di la vuelta, haciendo que se detuviera con las manos apoyadas en la pared. Le lamí el centro de la espalda, pasando la lengua hasta la nuca y ella se retorció mientras le desabrochaba el cierre del sujetador y lo tiraba a un rincón de la habitación.

Deslicé mis manos hasta sus pechos y los apreté mientras sentía su culo en mi pene. Ella se revolvió un poco y gimió suavemente, poniéndome aún más cachondo.

Me bajé los pantalones sin molestarme en quitármelos. Saqué mi miembro de los calzoncillos y lo coloqué entre sus piernas. Lo froté en su entrada. Pietra estaba caliente y su líquido me mojaba incluso sin estar dentro.

Una de mis manos se dirigió a su nuca, rodeando su cabello oscuro y sujetándolo. La otra bajó hasta su cintura, controlando su cuerpo mientras me movía para penetrarla.

Pietra gimió con fuerza, clavando las uñas en la pared, y yo también gemí al sentir que su canal me envolvía. Tan caliente, apretado y deliciosamente húmedo...

Apreté con más fuerza los dedos contra su cintura y tiré de ella hacia mí, intensificando los movimientos y haciendo que se frotara y se deslizara. A diferencia de las prostitutas con las que solía tener sexo, con Pietra no me molesté en usar preservativo. Cuanto antes se quedara embarazada, mejor. Un heredero no solo haría felices a los dirigentes, sino también a mí. Ella hablaba tanto de lo que era tener una familia que yo pensaba en la mía.

Su suave cuerpo se frotaba contra mi pecho. Podía oler su piel, que se volvía más sudorosa a medida que nos movíamos. Le eché el pelo hacia atrás y le giré la cabeza para morderle la oreja.

Ella gimió mi nombre mientras yo mordisqueaba y chupaba su cuello. La mano que había estado en su pelo fue a parar a uno de sus pechos, que rebotó en medio del vaivén, atrayendo aún más mi atención.

Tiré de ella conmigo y me deslicé fuera de ella, solo para tumbarla en la cama. Separé sus piernas con las manos y volví a penetrarla, viendo cómo sus ojos marrones se entornaban.

—¡Bésame! —Me agarró del cuello y tiró de mi cara hacia ella.

Le mordí el labio inferior antes de hundir la lengua en su boca y repetir los movimientos que hacía con mi verga.

Pietra gimió cuando aumenté la velocidad con la que entraba y salía de ella. La solté de la cintura y la agarré por las muñecas, reteniéndolas en la cama. Ella me abrazó con sus muslos y yo no me detuve, en una búsqueda ciega y salvaje por encontrar el clímax. Sus músculos internos me apretaron, contrayéndose y aumentando aún más mi placer hasta que la estimulación alcanzó su máximo y mi necesidad de tenerla finalmente cedió mientras yo frenaba en medio del orgasmo.

En cuanto recuperé el control de mis músculos, retrocedí un poco y apoyé una mano en la cama, llevando la otra a la unión de nuestros cuerpos. No me interesaba el placer femenino, pero con ella todo era diferente.

Los gemidos de Pietra se hicieron aún más fuertes y empezó a retorcerse en la cama, agarrándose a mi brazo con una mano y a la sábana con la otra. No dejé de estimularla hasta que vi el orgasmo en sus ojos y el ritmo de sus gemidos disminuyó, señal de que se estaba recuperando.

—Eso estuvo bueno —murmuró ella.

—Quiero que lo sientas siempre así.

—¿No crees que deberíamos haber esperado a la boda?

—¿Te parece que prefiero esperar a la boda?

Ella soltó una risita y negó con la cabeza.

—Sobre todo porque no aceptas venir conmigo. —Besé su cuello y bajé a mordisquear uno de sus pezones—. Quiero acostarme contigo todos los días.

—Ese momento llegará.

—¿Es una promesa? —La miré seriamente.

—Sí, mi amor. —Puso sus manos sudorosas y temblorosas en mi cara y sonrió mientras me miraba—. Quiero dormir y despertar contigo igual que lo hacen mis padres. Quiero esperar a que llegues para cenar juntos mientras hablo de la función de uno de los huesos humanos.

—Medicina —dije sin emoción, temeroso de lo que pudiera acarrear las consecuencias de aquel sueño.

—Me prometiste... —Torció los labios, irritándose, pero se detuvo cuando le di un ligero mordisco en el pecho.

—Primero tienes que cumplirme una promesa.

—Estoy en ello.

—Eso es lo que espero.

—Estoy aquí, Mikhail. Soy consciente de las consecuencias de esto. —Alternaba la mirada entre nuestros cuerpos desnudos, subrayando que acabábamos de practicar sexo.

—No olvides que eres mía. —Me aparté de ella y la puse boca abajo, mi semen goteaba sobre la sábana, pero no me importó.

—Soy tuya. —Pietra gimió mientras me inclinaba sobre ella y la penetraba de nuevo.

—¡Mía! —La agarré por la cintura con ambas manos y la embestí de nuevo, observando cómo vibraba su culo con cada embestida de mi pene.

Empujé profundamente, marcándola con mi cuerpo para que nunca olvidara aquellas palabras. Me había abierto y había ido mucho más lejos con Pietra, así que no estaba dispuesto a perderla.

Le mordí la oreja y ella chupó una de las almohadas mientras retorcía la sábana entre sus dedos. En medio de un vaivén casi frenético, no tardé en acabarla de nuevo.

Me desplomé exhausto en su lado de la cama y Pietra se acomodó en mi pecho, recostando su cabeza en mi corazón en una cercanía que nunca permití a nadie.

Tomó una de mis manos y la colocó entre sus piernas, dedicándome una sonrisa pícara y a la vez avergonzada.

—¿Quieres?

—No me parece justo que solo tú llegues al orgasmo dos veces.

—Puedo hacer que acabes toda la noche. —Me puse encima de Pietra y ella soltó una risita mientras le besaba la boca y bajaba hasta el interior de sus muslos.

Le mordisqueé el clítoris y la hice gemir de nuevo.

No me importaría pasar el resto de mis días adorándola así, si ella se quedara cerca de mí.



Pietra

Capítulo treinta y dos

Las piernas me flaqueaban y las regiones entre ellas estaban ligeramente doloridas. Aun así, estaba segura de que, si hubiera podido, no me habría movido de aquella cama ni habría hecho parar a Mikhail. No recordaba haberme sentido tan increíble en ningún otro momento que cuando estaba con él.

Todavía me dolía un poco, sobre todo al principio, pero el placer era indescriptible. Me moría de ganas de casarme para tener sexo todos los días. Me encantaba pensar en Mikhail, chatear en la aplicación de mensajería, pero me gustaba aún más cuando estaba en sus brazos.

Podía ser el monstruo y todo lo demás que decían de él, pero conmigo era solo mi Mikhail.

Aquella vez fue difícil entrar en casa sin levantar sospechas, sobre todo porque estaba a punto de amanecer. Me esforcé por entrar por la ventana a mi dormitorio y me sobresalté al encontrar a alguien sentado en mi cama. Me sorprendí tanto que casi me caigo de espaldas por la ventana.

—¡Abuela!

—¿Dónde estabas, niña?

—Yo... Yo... Fui a tomar un respiro en el jardín.

—¿Saltando por la ventana?

—Haciendo un poco de ejercicio. Fui rápido, me desperté temprano, no tenía sueño y decidí ir allí. Ahora creo que voy a darme una ducha y a estudiar un poco.

—Sé que te fuiste hace más de cuatro horas.

—Es... no...

—Te vi y desde entonces estoy aquí.

Tragué saliva y me quedé pálida. Puede que Rosimeire Bellucci fuera una anciana, pero

era muy astuta y no lograría convencerla de que había pasado todo aquel tiempo en algún lugar de la mansión.

—Abuela, por favor, no puedes decirle a mi padre que he salido o aumentará la seguridad y me castigará. —Me senté a su lado con expresión suplicante. Casi puse en posición de súplica.

—Sólo si me dices dónde has ido.

—Necesitaba tomarme un respiro, esta idea de casarme, vivir en el extranjero...

—¿Con quién estabas, Pietra?

—Nadie.

—No me mienta, señorita.

—Lo digo en serio. —Tragué saliva, y supongo que toda mi palidez no me ayudaba. Imaginé que con el descubrimiento de la abuela, todo el mundo podría enterarse y mi castillo de arena con Mikhail se vendría abajo.

—Puede que me esté haciendo vieja, nieta mía, pero ya he pasado por suficientes cosas en este mundo como para aprender lo suficiente. ¿Quién es ese hombre?

—¿Hombre? No hay ningún hombre.

—¿Es uno de los soldados?

—¿Soldado? —Abrí mucho los ojos y me agarré al alféizar—. No hay ningún soldado.

—Hueles a sexo, Pietra. ¡Dime quién es! —La orden implícita en su tono dejó claro que no podría escapar a su interrogatorio.

Por mucho miedo que sintiera, quizá había llegado el momento de empezar a decirle a mi familia quién era el hombre que realmente quería y hacérselo entender.

—No es un soldado. —Dejé caer mi cuerpo en la silla frente al escritorio y mi abuela siguió mirándome fijamente—. Ni ninguno de los conocidos de papá.

—¿Algún chico que no esté involucrado con la mafia?

Negué con la cabeza.

—Por el amor de Dios, no me digas que es policía.

—Está involucrado con la mafia, pero no con nuestra mafia. Es ruso.

—¡Dios mío! —Mi abuela se cayó hacia atrás y se llevó la mano a la frente, mostrando que estaba mareada—. ¿Cómo te metiste con ese monstruo?

—No es un monstruo. Bueno, no conmigo... ¿Tus hijos no son así?

—Mis hijos harían cualquier cosa por la familia.

—Mikhail haría cualquier cosa por mí.

Mi abuela movió la cabeza negativamente.

—No son como nosotros.

—Lo sé, pero también sé lo que siente por mí. No se arriesgaría a venir aquí si no me quisiera.

—¿Cómo conociste a este hombre? —Se pasó la mano por el pelo, echándoselo hacia atrás. La abuela estaba nerviosa y por mucho que no quisiera que se sintiera así, no sabía cómo evitar su desesperación.

—En un acto benéfico hace cuatro años. Estábamos todos allí y lo vi. Fueron solo unos segundos y nunca he podido olvidarlo. Él tampoco, porque se puso en contacto conmigo hace unos meses.

—Un soldado ruso es aún peor que uno de nuestros soldados.

—No es un soldado.

—¿No? —Enarcó una ceja.

—Es Mikhail Orlov. El jefe.

—¿El hijo bastardo que acaba de tomar el poder tras matar a su hermano?

Tragué saliva al darme cuenta de que mi abuela estaba más al día que yo.

Me limité a asentir.

—¡Mató a su hermano, Pietra!

—Debía tener sus razones, nunca pregunté por ello.

—No deberías involucrarte con un hombre así, nieta mía. —Me tomó de las manos—. Apuesto a que te obligó a...

—¡No, abuela! Él no me obligó a nada. Todo lo que hice con él fue porque quise.

—Peor aún, cuando llegue tu boda...

—¿Por qué tengo que casarme con un hombre que ni siquiera conozco? —Apreté los dientes, cada vez más enfadada por la situación.

—Estas son nuestras reglas.

—Nos hacen infelices, abuela.

—Tus padres y tus tíos no son infelices. Además, este hombre con el que te estás involucrando es demasiado peligroso para ti. Es peligroso para todos nosotros. Ya no tenemos buenas relaciones con Rusia y esto lo empeora todo.

—Todo puede mejorar. Nuestro matrimonio puede ser el puente hacia una alianza con ellos.

—No va a casarse contigo, cariño. —Mi abuela movió la cabeza negativamente—. Sólo se está aprovechando, y al mismo tiempo está fomentando la discordia en nuestra familia, porque cuando se enteren de que ya no eres virgen, la boda podría cancelarse.

—No habría hecho todo lo que hizo si no me amara.

—Ellos no aman a nadie.

—¿Crees que es tan imposible eso? —Hinché el pecho. Si había algo de lo que no dudaba era de los sentimientos de Mikhail por mí.

—Está bien. —Dejó escapar un suspiro agudo—. Supongamos que realmente sientes algo. ¿Cree que cuando se te pase la adrenalina seguirás sintiendo algo por él?

—Prefiero casarme con un hombre al que quiero hoy que con uno al que no sé si pueda

querer algún día.

—Él puede convertirse en algo que no te guste, niña.

—¿Y quién puede garantizar que el estadounidense será bueno?

—Tu prometido está bajo nuestras leyes.

—Amo a Mikhail. Sé que no podré casarme con otra persona sin pensar en él o querer estar con él.

—A tu padre no le gustará oír eso.

—Lo sé, lo sé. —Me encogí—. Todavía estoy pensando en cómo hablar con él. Mikhail está dispuesto a aceptar una alianza para quedarse conmigo.

—¿Seguro que podemos confiar en su palabra?

—De todo corazón.

Mi abuela me miró fijamente. Torció los labios y frunció el ceño antes de volver a hablar:

—No es el hombre que yo quería para ti. Admito que tengo mucho miedo de lo que pueda pasar cuando vayas a Rusia, pero tengo fe en la sangre que corre por tus venas y en tu poder para controlar la situación.

—Gracias, abuela.

Abrió los brazos y me estiré para acurrucarme en ellos. Apoyé la cabeza en su pecho y ella me abrazó con más fuerza. Estuvimos así un rato hasta que ella se separó y me tomó la cara para mirarme.

—Quiero que sepas que tu decisión tendrá muchas consecuencias para todos y tendrás que afrontarlas.

—Lo sé.

—Pensaré en cómo decírselo a tu padre.

—Gracias, abuela. —Sonreí.

—Ahora vete a ducharte y a lavarte el pelo. Los hombres de esta casa son buenos

rastreadores y es mejor que no se imaginen lo que has estado haciendo de madrugada. Te traeré una pastilla. Hasta que esta situación se resuelva, será mejor que no aparezcas embarazada. —Se levantó de la cama y dio un paso hacia la puerta.

—¿Puedes traerme también un ungüento?

—¿Te ha hecho daño? —Ella abrió los ojos.

—No, es que no hemos parado en toda la noche y aún me estoy acostumbrando.

Movió la cabeza negativamente, pero acabó riéndose, lo que me alivió.

—¡Ah, la juventud! Echo de menos la época en que necesitábamos pomada para la dermatitis de tu pañal.

Me reí del comentario de mi abuela, y tomé ropa limpia para ducharme cuando salió de mi habitación.



Mikhail

Capítulo treinta y tres

Volver a Moscú sin ella siempre me dejaba una mala sensación. Tenía demasiado poder y aun así seguía escondiéndome, era muy incómodo. Se suponía que ser el pakhan significaba que tendría el mundo y todo lo que quisiera, pero tenía que tener cuidado con Pietra, no sabía cuánto tiempo podría seguir así.

—¡Quiero una respuesta, Serguei! —alcé la voz hacia el consejero, provocando que este abriera los ojos de par en par.

—Estamos buscando quién está detrás de los ataques, señor, pero aún no tengo información. Tal vez si compartes conmigo lo que ocultas, pueda ayudarte mejor.

—Ya te lo he dicho, no hay nada que necesites saber. —Di un manotazo en la mesa, haciéndole retroceder un paso—. Estoy seguro de que mis actividades ocultas no son la causa de los ataques. Es un enemigo interno que tengo que encontrar y eliminar.

—Es posible que te esté influyendo y...

Apreté los dientes, le gruñí y Serguei se paró en seco. Por mucho que insistiera, no iba a confiarle mi relación con Pietra hasta que fuera oficial.

Hiciera o no una alianza con Italia, era mejor evitar que mis enemigos supieran de mi interés por ella. Podía soportar que unos cuantos intentaran matarme, pero yo no estaba todo el tiempo para protegerla a ella y si había algo que no quería era que Pietra sufriera daño alguno.

—Quiero la cabeza de quienquiera que intente actuar contra mí, y la quiero pronto.

—Podría ser cualquier líder de toda Rusia.

—Entonces encuéntralo antes de que lo haga por mis propios medios y lleve tu cabeza conmigo también por traición.

Tragó saliva ante mi amenaza y se quedó momentáneamente pálido. Abrió la boca varias veces, con intención de decir algo, pero acabó por no decir nada.

—¡Fuera!

—Sí, señor. —Asintió y cerró la puerta tras de sí, dejándome solo en mi despacho.

Me hundí en el sillón de cuero y solté un largo y profundo suspiro. Tenía dos problemas que resolver y necesitaba ocuparme de ellos antes de perder el control de la situación.

Saqué el móvil, que estaba sobre la mesa, y envié un mensaje a Pietra.

Mikhail:

Tienes que decírselo a tu padre, o lo haré yo.

Pietra:

Buenos días para ti también.

Mikhail:

Buenos días.

Pietra:

Necesito más tiempo.

Mikhail:

Has tenido tiempo suficiente. Con anillo de boda o no, te quiero aquí.

Pietra:

Pero no voy a perder el contacto con mi familia, ya lo sabes.

Por favor, no me hagas elegir. Es todo lo que pido.

Mikhail:

¿Qué pasa conmigo y mi necesidad de estar contigo?

Pietra:

Sabes que pienso lo mismo.

Mikhail:

Pues actúa pronto.

Pietra:

Lo haré con cuidado.

Mikhail:

Te quiero a mi lado, donde pueda protegerte antes de que te pase algo.

No me perdonaría haber permitido que te hicieran daño o algo peor.

Pietra:

¿Qué quieres decir? Estoy en casa de mi familia, a salvo.

Mikhail:

Están intentando matarme. Aún no he averiguado quién está detrás y, mientras tanto, si descubren que estamos juntos podrías convertirte en un objetivo.

Pietra:

No te preocupes, mi familia me protegerá.

Mikhail:

No confío en nadie.

Pietra:

Confía en mí.

Mikhail:

Si te pasa algo, no sé en qué me convertiré.

Pietra:

Seguirás siendo exactamente quien eres. Estaré a salvo. Soy una Bellucci, no lo olvides.

Mikhail:

Bien.

Pietra:

Mikhail...

Mikhail:

¿Qué ocurre?

Pietra:

Mi abuela dijo que mataste a tu hermano.

Mikhail:

Sí, lo hice.

Pietra:

¿Por qué?

Mikhail:

Era él o yo.

Pietra:

Estás hablando de tu familia.

Mikhail:

Sabes que no significa lo mismo para mí.

Pietra:

¿Y nosotros?

Mikhail:

Moriría por ti. ¿Es suficiente?

La sangre no vale nada, sino lo que elegimos. Nunca he querido nada más que a ti.

Pietra:

¿Me harías daño a mí o a nuestros hijos?

Mikhail:

No. Lo sabes, pero mataría a cualquiera que se atreviera a hacerles daño.

Pietra:

Mi profesor ha llegado. Te enviaré un mensaje en cuanto pueda.

Cuídate, Mik. Me preocupo por ti, te amo.

Tras el último mensaje volví a dejar el móvil sobre la mesa, pensando en lo que me había dicho. Me moría de ganas de verla pronto y esa espera me enfadaba, pero al mismo tiempo no quería forzarla. Pietra era la única persona que me demostraba amor, que no me juzgaba por ser un cabrón ni actuaba a mis órdenes porque tenía miedo.

Eso era bueno y una sensación que no quería perder, pero no significaba que fuera fácil mantenerla en el mundo en que vivíamos.



Pietra

Capítulo treinta y cuatro

—¡Bien hecho, Pietra! —El profesor sonrió mientras se levantaba de la silla donde estaba sentado a mi lado enseñándome.

—Gracias.

—Estás aprendiendo muy rápido.

—Me he dedicado —dije con una sonrisa exagerada, ya que era una verdad a medias.

He estado más atenta y dedicada al curso, pero en ese momento mi mente no podía quitarse de la cabeza a cierto ruso. La cosa empeoró cuando me dijo que su vida corría peligro. Yo no era completamente ajena al mundo de la mafia, sabía que mi familia tenía muchos enemigos, pero aun así, no pensaba en la muerte de nadie. La idea de perder a Mikhail me dejó con una sensación de pesadez y un malestar que me hizo sentir mal y tener problemas para respirar.

Necesitaba crear una estrategia, superar mi miedo y enfrentarme a mi padre para decirle lo que realmente quería. Yo era inteligente, tenía su sangre y podía hacerle comprender que no había nadie mejor para mí que el pakhan de Rusia. Tenía que crear un buen argumento y hacerle ver que con la alianza seríamos más fuertes.

—Hasta mañana, Pietra. —El profesor me saludó con la mano al salir del aula, pero apenas reaccioné porque estaba completamente inmersa en mis pensamientos.

Me crují los nudillos y el cuello, mirando a un lado y a otro, y respiré un poco antes de ponerme en pie. En parte Mikhail tenía razón, me estaba demorando porque tenía miedo. Prefería tenerlo a escondidas que no tenerlo, pero no podía huir de la verdad durante mucho tiempo.

Saqué todo el valor que tenía escondido en los rincones más oscuros y salí al pasillo. La puerta del despacho de mi padre estaba cerrada y oía voces desde dentro. Parecía estar discutiendo algo con el tío Theo que yo no acababa de entender, algún tipo de ataque o invasión.

Seguí respirando e intenté serenarme, levanté la mano y me preparé para llamar a la puerta. Mentalmente intenté planear las frases que le diría y los argumentos irrefutables para que

aceptara un matrimonio con alguien que no era lo que él había elegido para mí.

Llamé a la puerta, pero me temblaba tanto la mano que no estaba segura de haber aplicado suficiente fuerza para hacerme oír.

Pasaron unos segundos interminables antes de que el tío Theo abriera la puerta. Bajó los ojos y me miró con severidad.

—¿Qué pasa, Pietra? —Había dureza en su tono y supuse que habría interrumpido algo.

Giré la cabeza y vi a mi padre sentado detrás de la mesa, donde había armas y dinero. Me devolvió la mirada, pero antes de que pudiera interrogarme a mí también, sentí que una mano me tocaba el brazo.

—Pietra, no es necesario. Los hombres están ocupados, podemos dejarlo para más tarde.

Sorprendido, me di la vuelta y me di cuenta de que mi abuela estaba a mi lado.

—¿Qué pasa, mamá? —Theo se volvió hacia ella.

—Acabo de preguntarle a Pietra si creía que tenía alguna preferencia para el catering de la fiesta. Ella decidió confirmar, pero no es necesario.

—Nos conoces bien, mamá. Estoy seguro de que harás una buena elección. —El tío Theo no lo dudó.

—Por supuesto. —Sonrió la abuela—. Vamos, cariño. —Tiró de mi brazo justo cuando su hijo dio un paso atrás y nos cerró la puerta en las narices.

Rosimeire me arrastró hasta su biblioteca, me tiró en el sofá y cerró la puerta antes de volverse hacia mí.

—¿Qué cree que estaba haciendo, señorita?

—Intentando hablar con mi padre.

—¿Sobre el ruso?

—Sí.

—Es una mala idea, Pietra.

—Mi padre tiene que saberlo. —Me crucé de brazos y apreté los dientes—. No voy a casarme con Lansky.

—No puedes anunciar algo así a Marco y no esperar consecuencias.

—Mi padre entenderá que será una buena alianza, mejor que con los norteamericanos.

—No hay alianza sin confianza. —Mi abuela siguió mirándome con seriedad.

—Pueden confiar en Mikhail. Confío en él.

—Pensarán que el ruso te está manipulando. Eres solo una niña, Pietra. Todavía tienes mucho que aprender sobre el mundo.

—¿Por qué nadie puede estar a favor? —Se me escapó una lágrima y giré la cabeza para no mirar a mi abuela—. Yo lo amo y él también me ama. ¿No debería ser suficiente?

—Probablemente en el mundo fuera de la mafia, pero ya sabes cómo funciona aquí siempre, cariño.

—Es tan cruel. —Me crucé de brazos, sintiendo cómo se intensificaba la opresión en mi pecho.

—Desgraciadamente, sí.

—Creo que Mikhail tiene razón. No quería tener que alejarme de mi familia, pero la mejor alternativa parece ser irme con él a Rusia.

—Ni se te ocurra hacer algo así. —Mi abuela fue tajante.

—Puede ser la única opción.

—Si vas a Rusia sin la aprobación de tu padre, podrías llevar a toda la familia a una guerra que acabaría matándote a ti, a tus tíos, a tu hermano y a tus primos. ¿Es eso lo que quieres?

Negué, sacudiendo la cabeza.

—Así que no actúes precipitadamente.

—Igual que yo lo amo a él, Mikhail me ama a mí. No aceptará que me case con otro

hombre que no sea él.

—Si realmente él siente lo que dices, supongo que no. La única manera de que esta situación no se convierta en una guerra sangrienta es que te cases amistosamente con el ruso.

—Eso es todo lo que quiero.

—Pero eso no significa que vaya a ser fácil. Tu padre ya te ha prometido a otro hombre y se va a meter en un lío con los norteamericanos por cancelar el compromiso.

—No quería que la situación llegara a esto.

—No deberías haberte involucrado con el hombre equivocado.

—Nadie parece tener más razón que él.

La abuela movió la cabeza negativamente y acabó asintiendo.

—No hagas nada ni le digas nada a tu padre antes de que tengamos un plan. ¿Está claro?

—De acuerdo. —Dejé caer los brazos y me sujeté las rodillas—. ¿Qué pasará con la fiesta?

—Dejemos que pase. Sigue siendo un momento especial para tu hermana y no necesitamos estropearlo.

Asentí con la cabeza, a pesar de que me molestaba toda la situación.

—Ten cuidado, Pietra. Sé prudente.

Afirmé con la cabeza.

—¿Te tomaste la pastilla que te di?

—Sí.

—Bien. Ten cuidado con eso, ¿de acuerdo? La situación es lo suficientemente complicada como para que te quedes embarazada ahora.

Bajé la cabeza y me puse las manos en el vientre por acto reflejo. Quería tener una familia con Mikhail, pero ese momento podía esperar hasta que nos casáramos.



Mikhail

Capítulo treinta y cinco

—¡Dime quién es! —Le di un puñetazo en la cara al hombre sentado frente a mí.

Apretó los dientes y siguió resoplando mientras me miraba. Algunas informaciones me habían llevado hasta el dueño de un bar de la antigua ciudad blanca, ahora llamada *Boulevard Ring*. Creían que el traficante formaba parte de la banda que había actuado a mis espaldas contra mi gobierno.

—Eres un bastar... —empezó a gritar, pero le di un puñetazo en la cara, obligándole a callarse.

—Te lo preguntaré una vez más. ¿Quién organiza los ataques contra mí?

—Morirás y serás enviado a un lugar mucho peor que el infierno.

Retrocedí unos pasos, observando el almacén abandonado en el que me encontraba, y tomé una pistola eléctrica de la mesa. Aumenté el nivel de intensidad de la corriente eléctrica y me acerqué al hombre.

—¿Quién?

Me escupió y le clavé el arma de electrochoque en la base del abdomen, haciéndole retorcer contra el respaldo de la silla.

—Habla.

—No. —Apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie, pero se negó a darme información sobre lo que yo quería.

Volví a utilizar la pistola eléctrica y, una vez más, se retorció y acabó desmayándose.

—¡Maldito! —Gruñí mientras le pateaba el pie. Ni siquiera estaba en condiciones de ser torturado.

Retrocedí unos pasos y me acerqué a Serguei, que estaba de pie en la entrada del almacén, observándome mientras intentaba sonsacarle información al tipo.

—Avísame cuando se despierte.

—Puedes irte a tu casa, señor. —El consejero hinchó el pecho e intentó ser cordial conmigo, pero yo no estaba de muy buen humor.

—Todavía no he conseguido lo que quería de él.

—Traeré a un experto en tortura para que se encargue de él. Al final de la noche prometo que tendremos la información que necesitamos.

—No lo mates. Quiero hacerlo yo mismo.

—Sí, señor.

Pasé junto a Serguei y me dirigí a la entrada del almacén, donde la camioneta negra en la que había llegado y algunos de mis hombres esperaban por mí.

—Vamos a la mansión. —Abrí la puerta del coche y subí. Ellos asintieron e hicieron lo mismo, llevándome de vuelta a mi residencia.

Admito que no esperaba que todos estuvieran exultantes por el hecho de que yo fuera el nuevo jefe, pero tampoco esperaba que tuvieran la osadía de intentar matarme directamente. Puede que mis orígenes no fueran los más favorables, pero dudaba que tuvieran un líder mejor que yo. Igor desde luego no lo hubiera sido.

Esperé a que el coche aparcara en el garaje antes de bajar del vehículo y entrar en la mansión. Estaba agotado e irritado por no tenerlo todo bajo mi control como debía. Aparte del desgraciado responsable de un motín en mi nombre, también tenía que lidiar con la situación de Pietra. No me gustaba tenerla lejos todos los días.

Teníamos que resolver la situación pronto o la llevaría a Rusia con mis propios métodos.

Subí las escaleras y empecé a desabrocharme la camisa. Necesitaba una ducha, para quitarme la sangre acumulada en la ropa y todo el estrés del día.

Sostuve la prenda en la mano mientras abría la puerta de mi habitación. Sin embargo, antes de llegar a la suite, me sorprendió una mujer sentada en mi cama. Era joven, probablemente de la edad de Pietra, o quizá menos. Llevaba una fina camisola de seda e inclinaba el cuerpo hacia delante como para ocultar sus pechos a mi vista. Su vergüenza por estar allí era evidente.

—¿Cómo has entrado aquí? —Apreté los dientes.

—Mi señor. —Inclinó la cabeza con voz temblorosa.

—No has respondido a mi pregunta.

—Fui enviada por mi padre. Es el jefe del norte de Moscú.

—¿Mis hombres saben que estás aquí?

Ella asintió.

—Me dejaron entrar.

—Inútiles —refunfuñé.

—Siento haberte molestado.

—Si lo sintieras realmente, ya no estarías delante de mí.

—Te pido disculpas.

—¡Fuera de mi habitación! —Apreté los dientes.

—Yo... Yo... —Estaba asustada y lo bastante acorralada como para no poder moverse.

—¿Tú?

—He venido a ofrecerme como tu amante, pakhan.

—¿Alguna vez te han penetrado, señorita?

Ensanchó los ojos verdes y negó con la cabeza, sorprendida por el tono aún más duro de mi voz.

—Tú serías el primero.

—¿Y eso es lo que quieres? —Di un paso hacia ella e hice que se encogiera aún más.

—Mi padre me envió aquí para servirle.

—¿Y haces todo lo que él quiere?

—No tengo elección.

—Salga de mi habitación, señorita.

—Yo... pero...

—Ya me has oído, ¡fuera!

—¿Eres, como decían los rumores, como tu hermano?

Por lo visto, sabían mucho más que yo sobre las elecciones sexuales de Igor, o tal vez esta información simplemente se difundió después de su muerte.

—No soy como mi hermano.

—Entonces, ¿por qué no me quieres?

—Ya estoy comprometido con otra mujer.

—Ella debe ser una afortunada.

—Yo no estaría tan seguro —murmuré, pensando en todo lo que había pasado Pietra desde que empezamos a involucrarnos.

Empujé a la chica hacia el pasillo y cerré la puerta. Me enfurecía que Serguei y los demás hombres se creyeran con derecho a elegir por mí, pero eso no era lo que me estaba volviendo loco en aquel momento.



Pietra

Capítulo treinta y seis

Estaba en el jardín de la mansión, observando el cielo azul con mi hermana que pintaba y mi prima Manuela distraída en una profunda meditación. Mamá y tía Tatiane estaban en la ONG y aquella tarde parecía transcurrir muy lentamente.

No podía negar que mi mente había estado dando vueltas desde que había hablado con mi abuela sobre contarle a mi padre mi relación con Mikhail. Estaba segura de que, lo dijera como lo dijera, a Marco Bellucci no le haría ninguna gracia. Él, como toda la familia, era un hombre de palabra y no querría tener problemas con los norteamericanos, pero sería por una buena causa.

En el fondo, intentaba creer que no había nada que él deseara más que mi felicidad.

—¿Quieres un poco? —Mi abuela apareció a mi lado y me di cuenta de que llevaba una bandeja con unos vasos de limonada.

—Sí. —Le sonreí—. Muchas gracias.

No hablamos mucho, ella seguía repartiendo el jugo a las otras nietas.

Bebí un sorbo y me eché hacia atrás, apoyando la mano libre en la hierba donde estaba sentada. Ojalá tuviera una fórmula mágica para resolver toda la situación sin conflictos, pero no parecía nada sencillo.

Mi teléfono móvil vibró y dejé el vaso para sacarlo del bolsillo.

Mikhail:

¿Dónde estás?

Pietra:

En el jardín, con mi familia.

Mikhail:

Ve a tu habitación.

Pietra:

¿Por qué?

Mikhail:

Haz lo que te digo.

Pietra:

¿Por favor?

Mikhail:

¡Como quieras! Pero rápido.

Pietra:

¡Mikhail!

Mikhail:

Por favor, ve a tu habitación.

Pietra:

Mejor así.

Mikhail:

¿Ya estás ahí?

Pietra:

Todavía no.

Volví a guardarme el móvil en el bolsillo y me bebí el resto del jugo antes de dejar el vaso en una mesa del jardín y entrar en la mansión. Sentí curiosidad y al mismo tiempo tensión ante la angustia de Mikhail.

Había pasado casi una semana desde la última vez que nos vimos en persona y estaba

más que ansiosa por lanzarme a sus brazos de nuevo.

Entré en mi habitación, cerré la puerta y me senté en la cama.

Pietra:

Ya está.

En cuanto envié el mensaje, mi móvil empezó a vibrar con una llamada suya y contesté a la videollamada. Mikhail jadeaba ligeramente y le brillaba el sudor en la frente y el fuego en sus ojos azules.

—¿Qué ocurre?

—Quítate la ropa.

—¿Qué? —solté una leve risita, sorprendida por su orden.

—Pon tu móvil en algún sitio para que pueda verte y quítate toda la ropa.

—Mik... —Mis mejillas se sonrojaron al instante al darme cuenta de lo que me estaba pidiendo.

—Me gustaría tenerte ahora mismo, en mi regazo, revolcándote en mi verga, pero yo estoy en Moscú y tú en Roma. Así que al menos déjame verte desnuda.

—Me da vergüenza. —Me froté las mejillas con una mano.

—No tienes que tener vergüenza cuando estás conmigo.

—Está bien. —Respiré hondo, con el corazón acelerado.

Podía ver en la imagen de Mikhail los tatuajes de su pecho, que indicaban que iba sin camiseta, pero empezaba a creer que no llevaba nada de ropa en el resto de su cuerpo.

Me levanté y tomé algunos libros, me hice un soporte para el móvil y tomé unos auriculares inalámbricos para que no nos oyeran.

—¿Puedes verme así?

—Puedo hacerlo. ¡Ahora, quítate la ropa!

—Bueno... —Respiré hondo y contuve el aire en los pulmones unos instantes mientras me pasaba las manos por el pelo y me lo echaba hacia atrás.

Llevaba una camiseta negra y fue la primera prenda que me quité, levantando los brazos y tirándola sobre la cama. Me avergoncé al ver su imagen en la pantalla del teléfono. Me había visto desnuda antes, pero esto era diferente.

Me dejé puesto el sujetador negro y me agaché para abrirme los shorts, bajándomelos hasta que cayeron al suelo. No tenía el valor ni la habilidad para un striptease y no sabía si lo estaba haciendo bien.

—¿Así? —pregunté avergonzada.

—Quítate el resto.

Asentí con la cabeza, abriéndome primero el sujetador y bajando luego las braguitas.

Estaba completamente desnuda, exhibiéndome para él. Por mucho que me pareciera la mayor locura que había hecho en mi vida, estaba segura de que no era lo peor que había hecho por Mikhail Orlov.

—¿Ya está?

—Exactamente. —Se mordió el labio inferior y a pesar de lo avergonzada que estaba, sentí un enorme calor y un creciente deseo de estar con él—. Date la vuelta.

Obedecí y di la vuelta para que pudiera examinar mi cuerpo más de cerca.

—¿Tú también te has quitado la ropa? —me atreví a preguntar.

—Sí. ¿Le gustaría ver?

Asentí y me humedecí los labios mientras mi boca salivaba.

La cámara de Mikhail bajó y me mostró su miembro, rígido y envuelto con sus dedos. El palpitar entre mis piernas se hizo aún más enfático y el deseo ahogó por completo la vergüenza.

—¿Prefieres estar de pie o acostada?

—¿Por qué?

—Quiero verte tocándote.

—Mikhail, todavía es de día...

—Asegúrate de que la puerta está bien cerrada.

—Lo está.

—¿De pie o acostada?

—Creo que acostada será mejor.

—Acomódate entonces.

Hice lo que me pedía, jugueteé con el móvil, lo incliné horizontalmente y dejé mi cama en su campo de visión antes de acostarme en ella.

—Date placer. —me ordenó Mikhail, y un escalofrío recorrió la base de mi columna vertebral, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera—. Sabes cómo hacerlo.

Comprendí cómo cumplir aquella petición y dejé completamente de lado mi vergüenza para dejarme llevar por el irrefrenable deseo. Acomodé las almohadas detrás de mi cabeza y abrí ligeramente las piernas, doblando las rodillas hacia arriba.

Me apreté los pechos, pasé las manos por mi cuerpo y me conocí un poco más mientras escuchaba sus gemidos y me animaba a continuar. Desde el ángulo de mi móvil, Mikhail podía ver entre mis piernas y mirar directamente mi vagina. No quise pensar en la locura, simplemente me entregué al momento.

Con una mano aún en mi pecho, desplacé la otra por mi vientre hasta tenerla entre mis piernas. Me abrí los labios mayores con el dedo y me toqué el clítoris, que ya estaba duro y palpitante.

Dejé escapar un gemido y arqueé el cuerpo sobre la cama mientras me estimulaba con la punta del dedo. Sabía exactamente cuánta presión necesitaba para sentir el máximo placer. Solo lo había hecho unas pocas veces antes de conocer a Mikhail, pero él me estaba enseñando que

estaba bien tocarme.

Mis dedos bailaban sobre mi sexo mientras mis piernas temblaban y todo mi cuerpo se estremecía. Me mordí el labio para contener los gemidos. Por mucho que a Mikhail le hubiera gustado oírlos, no quería llamar la atención de nadie sobre lo que podía estar haciendo.

La presión era enloquecedora y los espasmos parecían querer intensificarse. Me dejé llevar hasta que la tensión estalló en una deliciosa ola de éxtasis, llenando cada una de mis venas y dejándome completamente entumecida. Era delicioso, pero con Mikhail dictando la danza, era mucho mejor.

Oí sus gemidos y me di cuenta de que había alcanzado su punto álgido al igual que yo.

Me senté en la cama y volví a tomar el móvil, dejando que siguiera mirando solo mis pechos, que se habían puesto rígidos.

—¿Te das cuenta de que quiero mucho más que mirarte?

—Sí.

—Mañana iré a verte.

—Te esperaré con impaciencia. —Sonreí, pensando en la posibilidad de volver a estar con él.

—Tengo que desconectar la llamada.

—Te amo, Mikhail.

Me sonrió con dulzura y esa sonrisa me calentó el corazón intensamente.

—Yo también te amo, Pietra.

—Eso es todo lo que necesitamos.

Puede que no estuviera de acuerdo conmigo, pero no lo dijo en voz alta. Desconectó la llamada y me quedé un rato mirando el móvil hasta que lo dejé sobre el colchón y fui a vestirme.

Quería sus dedos en mí la próxima vez, así como su lengua y todo su cuerpo.



Mikhail

Capítulo treinta y siete

Salí de la habitación con el pelo mojado cayéndome por los hombros después de una larga ducha tras mi llamada con Pietra. Ojalá la hubiera tocado de verdad en lugar de limitarme a contemplar su imagen desnuda, pero había hecho lo que podía en ese momento, y había lidiado un poco con mi necesidad y mi frustración.

—Señor. —Serguei me llamó en cuanto me vio aparecer por el pasillo.

—Creía que seguían con el traidor.

—Por lo visto, no sabía quién era el principal responsable de los ataques que has sufrido desde que asumiste el cargo.

—¿Cómo que él no lo sabía?

—En medio de la tortura, solo podía llorar y no decir nada.

—¿Dónde está?

—Aún está en los galpones, pero no sobrevivirá mucho tiempo.

—Empiezo a creer que el culpable puede estar muy cerca de mí. —Lo fulminé con la mirada y Serguei retrocedió un paso.

—No soy yo.

—¿Podrías serlo?

—Sabes que puedes confiar en mí. Fui fiel a tu padre y siempre te seré fiel a ti.

—Tengo mis dudas.

—No hay razón para que desconfíes de mí, señor.

—Eso es lo que espero. —Me crucé de brazos y él siguió mirándome con seriedad.

—Me enteré de que despediste a la hija de Nicolai Fedorov.

—Imagino que eres el responsable de que se haya colado en mi habitación.

—El padre se puso en contacto conmigo y pensé que sería una buena distracción para ti, ya que es joven y muy guapa.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero interferencias tuyas en este ámbito?

—Están empezando a hacer comentarios. No es bueno para tu imagen que no te vean con alguna mujer. Si eres como tu hermano...

Lo agarré por el cuello de la camisa y lo apreté contra la pared, haciendo que se ahogara del susto.

—¿Crees que tengo que demostrarlo?

—No es bueno para la imagen del pakhan que piensen que te gustan los hombres. Ya sabes lo conservadores y tradicionales que son los rusos.

—No soy gay. —Lo dejé caer al suelo como un pesado saco de patatas y él se desplomó hacia atrás, balanceándose sobre la pared.

—Un hombre necesita satisfacer ciertas necesidades. Sabes a lo que me refiero.

—No te preocupes, he tenido suficiente.

Para ser sincero, quería mucho más de Pietra de lo que me hubiera imaginado, pero no creí que fuera el momento de entrar en detalle.

—¿Con quién?

—No necesitas saberlo todavía. Ya te lo he dicho antes.

—¿Es prostituta?

—No es una prostituta.

—¿Por casualidad es este el tema que tratas con frecuencia en Italia?

No se lo confirmé ni lo negué, pero fue suficiente para que Serguei hiciera sus propias suposiciones.

—Estás arriesgando demasiado por una puta italiana.

Le agarré del cuello y apreté los dedos contra él, estrangulándolo lentamente hasta el

punto de que se agarró a mi brazo, luchando por liberarse.

—La próxima vez que te atrevas a ofenderla, será la última.

Serguei podría ser bueno para los negocios, pero eso no lo mantendría con vida si seguía insultándonos a mí o a Pietra.

Lo solté cuando el hombre empezó a ponerse rojo y cayó al suelo, masajeándose el cuello y tosiendo. Estaba desesperado por recuperar el aire que le habían quitado de los pulmones.

—Venga de donde venga tu amante, sigue al menos uno de mis consejos, señor: tráela a Moscú. Instálala en un piso. Puedes darle una vida principesca sin arriesgar tanto.

—Todo tiene su momento, Serguei.

—Entiéndelo, señor. Eres el último Orlov, si mueres, Rusia se sumirá en el caos por una lucha de poder. Varias familias querrán ocupar tu lugar y no descansarán hasta que todo Moscú esté bañado en sangre. Por mucho que no apruebe ninguna de tus imprudencias, es la mejor solución para todos. No te mates por una mujer.

—No voy a morir.

—Eso es todo lo que espero.

—¿El chico se ha apoderado del territorio de Kirov? —Terminé el asunto de una vez por todas.

—Se están adaptando a él.

—¿Les has dicho que estas son mis órdenes y que es mejor no ir en contra de ellas?

—No irán contra ti.

—Es bueno que lo sepan.

—Lo saben, señor. —Asintió con la cabeza y se marchó por el pasillo.

Esperé a perderlo de vista antes de entrar en mi despacho. Por muy molesto que fuera el maldito consejero, era un hecho que corría un gran riesgo cada vez que iba a Roma con media docena de soldados. Tenía que resolver esta situación antes de que ocurriera lo peor.



Pietra

Capítulo treinta y ocho

Corrí calle abajo con el corazón acelerado. Cada vez me parecía más peligroso salir en plena noche intentando burlar la seguridad de la casa y de los soldados de mi padre. Había riesgos, pero parecía merecer la pena por las horas que pasaba en brazos de Mikhail.

Fui directa al callejón donde solíamos encontrarnos y me lancé a sus brazos en cuanto sus firmes manos acercaron mis muñecas.

—¡Mik! —resollé, con el pecho subiendo y bajando mientras respiraba frenéticamente.

No dijo nada, solo me apretó contra la pared y su boca fue directa a la mía. Me besó con hambre y necesidad. Apretó sus labios contra los míos con tal intensidad que mis labios se pusieron morados y yo respondí en igual medida. Tenía sed de él.

Crucé los brazos alrededor de su cuello y enredé los dedos en su suave pelo rubio justo cuando Mikhail apretaba su cuerpo aún más contra mí. Notaba el bulto de sus pantalones mientras sus manos recorrían mis curvas, tocándome y marcándome con la presión de sus palmas.

Mi necesidad de él era igual de intensa y disfruté del contacto como si fuera la primera y la última vez que estábamos así de cerca.

Giré la cabeza para encontrar el mejor encaje con la suya y Mikhail me apretó el culo, los muslos y me dejó ardiendo de deseo por él. Era como si no hubiera droga más adictiva que su sabor.

—Vamos... —jadeé, aún abrazándole—. Llévame al hotel.

Me mordió el cuello, ignorando mi petición, y eché la cabeza hacia atrás, golpeándome contra la pared al ser arrastrada por una secuencia de escalofríos.

—Mikhail. —Le sujeté los hombros mientras ponía los ojos en blanco y me retorcía cuando su boca se acercaba a mis pechos.

—Si pudiera, te devoraría aquí mismo.

—Será más cómodo en una cama.

—Tienes razón.

Se apartó de mí y tuve que apoyarme en la pared para no caer al suelo.

Mikhail me tendió la mano y fuimos juntos hasta donde estaba su moto.

Rodeé su cintura con mis brazos, subimos al vehículo y él arrancó a toda velocidad, llevándome muy lejos. Observé los coches que pasaban a nuestro lado mientras él conducía por las calles y avenidas hasta el hotel donde se había quedado a pasar la noche.

Sabía que no era bueno esconderse así, pero no podía negar que alimentaba mi adrenalina de muchas maneras.

Nos dirigimos al dormitorio en cuanto aparcó la moto y me di prisa para llegar lo antes posible. Quería aprovechar al máximo cada minuto de la noche que podía pasar con él.

Mikhail cerró la puerta y me acerqué a él. Empujé hacia atrás su chaqueta de cuero y tiré del dobladillo de su polo, tirándolo al suelo. Me agarró por la cintura y me llevó hasta la cama, tirándome sobre el colchón y tumbándose encima de mí.

—Es mucho mejor así que por teléfono —dije.

—Estoy seguro de ello. —Sonrió mientras me agarraba de la cintura y me bajaba los pantalones con las bragas y los zapatos.

Me froté contra él mientras las manos firmes y pesadas de Mikhail subían por el costado de mi cuerpo, llevándose la blusa con ellas. Pronto estaba exactamente como me gustaba estar con él, desnuda.

Adelanté mi cuerpo, atreviéndome a quitarle el pantalón, y Mikhail me animó a continuar. Se lo bajé todo lo que pude y él consiguió deshacerse del resto.

—Ven aquí. —Se arrodilló en la cama y me tiró del pelo para que yo hiciera lo mismo.

Mis ojos buscaron los tuyos mientras me dejaba llevar en ese baile.

—Justo aquí. —Sujetó la base de la extremidad.

—¿Quieres que me acomode así? —le pregunté, pasándole las manos por los hombros.

—No. Agáchate y métetelo en la boca.

—¡Oh! —Me sonrojé mientras se me salivaba la boca. Aún no lo había hecho con él, pero Mikhail había estado entre mis piernas el tiempo suficiente para que yo supiera lo bien que se sentía.

Me eché el pelo hacia atrás y él lo sujetó en una coleta, empujando mi cabeza hacia delante hasta que pudo frotar la punta húmeda contra mis labios. La lamí con pura curiosidad, pasando la lengua por la pequeña raja y Mikhail empujó un poco más mi cabeza, animándome a ir más lejos.

—Abre la boca y trágala. —El tono autoritario de su voz me puso extrañamente más cachonda.

En otro momento, le habría hecho pedir por favor, pero en ese momento, simplemente abrí los labios y dejé que me la introdujera en mi boca. Levantando mis caderas, se movía para entrar y salir como cuando estaba dentro de mí.

Su mano libre agarró una de las mías y tiró de ella, haciendo que rodeara su miembro con mis dedos, y Mikhail dejó de tirarme del pelo, dejándome dictar esos movimientos. Encontré mi propio ritmo para deslizarlo sobre mi lengua.

Le tomé el gusto y, mientras lo chupaba, sentí aún más necesidad entre mis muslos. Las ganas palpitaban con locura.

Dejé de chupar y levanté la cabeza para mirarle.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Te quiero dentro de mí —dije con tono firme.

—Ven aquí. —Me rodeó la cintura y se sentó mejor en la cama mientras yo me acomodaba en su regazo.

Incliné la cabeza hacia atrás y comencé a moverme cuando nos encajamos. Ya no había dolor, solo una necesidad irracional de que fuéramos uno. Pasé las manos por sus definidos tríceps y le rodeé el cuello con los brazos, tirando de su cabeza hacia mí y haciendo que cayera

sobre mis pechos.

Sus pesadas manos me agarraron por la cintura y me hicieron moverme más deprisa. Rodé sobre él, alternando arriba y abajo y deleitándome con la fricción de su cuerpo dentro y fuera de mí.

Lo empujé hacia atrás y Mikhail se apoyó en la cama con las manos. Me agarré a su cuello y volví a besarle. Tenía sed y no parecía haber nada más sabroso que su lengua. Utilizó una sola mano para sostener el peso de mi cuerpo, mientras con la otra recorría la línea de mi espalda y me sujetaba la nuca. Me dejó experimentar un poco de control hasta que me sacó de su regazo y me colocó de rodillas sobre la cama, haciéndome caer hacia delante y apoyar ambas manos sobre el colchón.

Se colocó detrás de mí y me subió las manos por las nalgas, golpeando una de ellas con una bofetada que me hizo vibrar todo el cuerpo y me dejó la piel ligeramente dolorida.

Apenas tuve tiempo de recuperarme cuando me agarró y me penetró de nuevo, dejándome completamente rehén. Sujetándome por la cintura, le tocó a él dictar el sexo mientras yo podía ver mi reflejo en un espejo de cuerpo entero en una de las paredes. Él estaba detrás de mí mientras yo estaba a cuatro patas, poniendo los ojos en blanco con cada movimiento.

El placer crecía a medida que la descarga se hacía más intensa. Rodé sobre él y acerqué mi cuerpo al suyo, pidiendo más y más. Hasta que el clímax me invadió y me estremecí, gimiendo con fuerza, disfrutando cada gota de aquel placer hasta desplomarme sobre la cama.

Mikhail no dejó de moverse hasta que se unió a mí y me atrajo hacia su pecho.

Apoyé la cabeza en su corazón y lo oí latir deprisa. Sabía que, en parte, latía por mí.

Sus dedos empezaron a recorrer mi pelo, desenredándolo, y yo me aferraba a él cada vez más.

—Mi consejero cree que es arriesgado que siga viniendo a Roma a altas horas de la noche para encontrarme contigo.

—¿Estás diciendo que vas a renunciar a mí? —Busqué su mirada y solo la posibilidad me aterrorizó.

—Jamás. —Su expresión me hizo calmarme—. Sólo tenemos que resolver esta situación.

—Mi abuela sabe lo nuestro —confesé.

—¿Y? —insistió para que continuara.

—Al principio quería convencerme de que eras la peor alternativa.

—¿Estás de acuerdo con ella?

—Ni siquiera mi abuela estaría de acuerdo si te conociera como yo.

—¿Y entonces?

—Ella sabe que no quiero a nadie más que a ti.

—Me gusta oír eso. —Sonrió mientras me acariciaba la mejilla.

—Iba a hablar con mi padre, pero me pidió que tuviera cuidado.

—Ven a Rusia conmigo.

—Ese es uno de los puntos que discutí con ella.

Mikhail torció los labios y su expresión se volvió más tensa de lo que me hubiera gustado.

—Pietra...

—Espera. —Le toqué la cara para esperar mi argumento—. Lo que dijo mi abuela es cierto. Si me escapo contigo a Rusia, mi familia me seguirá como si me hubieras secuestrado.

—Puedo ocuparme de ellos —resopló.

—¡No puedes! Una de las partes acabará muriendo y nunca me perdonaré que te pase algo a ti o a mi familia.

—¿Así que quieres que acepte que te cases con otro?

—Sé que no lo harás.

—Me alegro de que nos entendamos.

—Sólo hay una forma de permanecer juntos sin derramamiento de sangre: el pacto.

—Pietra. —Me sostuvo la cara y me hizo mirarla profundamente a los ojos azules—. Haré cualquier cosa con tal de que estés conmigo.

—Siempre seré tuya, no es solo mi cuerpo el que te pertenece.

—Está bien.

—Sólo tengo que pensar en cómo hablar con mi padre.

—No tenemos todo el tiempo del mundo. —Me pasó la mano por la línea de la columna hasta agarrarme el trasero.

—Ya lo sé. —Respiré hondo—. Mi padre va a dar una fiesta en honor de mi compromiso y el de mi hermana. He pedido que sea un baile de máscaras, para que puedas infiltrarte entre los invitados.

—¿Quieres que esté allí para ver cómo te exhibes con otro? —Apretó los dientes y no parecía nada satisfecho con lo que le había dicho.

—No. Estoy pensando en aprovechar la oportunidad para presentarte a mi padre. Sé que cuando hablen podrán llegar a un consenso, solo necesito que se pongan cara a cara sin intentar matarse.

—Sabes que es demasiado arriesgado para mí, ¿no? Mantendré la guardia baja en territorio enemigo.

—Mi familia no te hará daño.

—Sabes que no puedes garantizarlo.

—Daré mi vida para asegurarme de ello.

—Tu vida es demasiado valiosa para mí como para arriesgarla así.

—La tuya también —dije con firmeza.

—Muy bien, hazme saber dónde y cuándo, y estaré allí.

—Gracias, Mikhail. —Me arrimé aún más a él, abrazándolo—. Te amo.

Me acarició el pelo y se acercó a besarme la frente.

—Yo también te amo.

Suspiré con esas palabras resonando en mi cabeza e iba a luchar por ellas aunque fuera lo último que hiciera.



Mikhail

Capítulo treinta y nueve

Había pasado el resto de la noche y la madrugada en el vuelo de regreso a Moscú. Una vez más volvía sin Pietra, lo que me irritaba cada vez más. No me importaba enfrentarme a cualquiera que se interpusiera en mi camino para estar con ella, pero Pietra seguía actuando para interceder ante sus parientes. Sin duda, si no hubiera sentido lo que sentía por ella, la situación no habría llegado a ese punto. Sin embargo, estaba deseando que llegara la fiesta. Con Marco Bellucci allí, si su hija no le decía que estábamos juntos, lo haría yo mismo.

Sentí que las ruedas del avión chocaban contra la pista y todo el aparato tembló con el impacto. Me revolví en mi asiento, donde intentaba dormir, con bastante torpeza, y me dispuse a bajar. Desde luego, el viaje no fue más estresante que volver sin ella.

Comprobé mi teléfono móvil en el bolsillo y me alisé la chaqueta cuando una azafata salió de la parte delantera del avión y se dirigió hacia nosotros para abrir la puerta de descenso.

—Espero que haya tenido un buen viaje, señor.

—Lo tuve. —No me detuve en ello.

—Estupendo.

Asentí con la cabeza.

Unos hombres bajaron delante de mí y yo les seguí hasta que nos acercamos a los coches que ya estaban en la pista esperándonos.

Me acomodé en el asiento trasero y volví a tomar el móvil.

Mikhail:

¿Durmiendo?

Pietra:

Ojalá lo hubiera hecho.

Mikhail:

Necesitas descansar.

Pietra:

Lo sé. ¿Has llegado ya a Moscú?

Mikhail:

Acabo de aterrizar.

Pietra:

Imagino que tienes asuntos importantes que atender.

Mikhail:

Algunos.

Pietra:

¿Hablamos luego?

Mikhail:

Sabes que sí.

Pietra:

Esperaré.

Me envió el último mensaje y estaba a punto de guardar el aparato cuando salí bruscamente del coche.

—¿Hemos pasado por un bache? —pregunté.

—Nos chocaron.

Ni siquiera tuve tiempo de preguntar a quién antes de que el segundo golpe me hiciera sobresaltarme aún más. El teléfono móvil se me escapó de las manos y fue a parar al suelo del

vehículo, pero antes de que pudiera recogerlo, hubo un tercer golpe. El coche en el que iba estaba blindado y los disparos rebotaban en el exterior, pero el conductor se los esquivaba para intentar ponernos fuera del alcance de los perseguidores.

—¿Quiénes son? —Giré el cuerpo para mirar detrás de mí.

—No lo sé, señor —respondió el conductor.

—Voy a dispararles —advirtió el hombre que estaba a su lado.

—¡No abras la ventana! —Ordené lo suficientemente rápido como para que no pudiera completar la acción—. Nos quitarás la única protección que tenemos.

—¿Y qué hacemos, señor?

—Esquivarlos.

Me arrodillé en el asiento trasero, mirando hacia la calle y observé el coche común que nos seguía. Vi la matrícula, pero ni siquiera tuve que revisarla para estar seguro de que era falsa. Los hombres que me perseguían eran de la mafia, aliados de mi padre que se habían vuelto contra mí.

—¡Malditos sean! —refunfuñó el conductor cuando tuvo que frenar para evitar chocar con un camión que venía en dirección contraria.

—Presta atención —le grité—. O moriremos todos.

—Lo siento, señor. —Pisó a fondo el acelerador y tuve que evitar perder el control.

Mis otros hombres de un segundo coche intentaban hacer frente a los perseguidores. Les vi intercambiar disparos y a uno de los soldados morir hasta que finalmente hicieron que el vehículo perseguidor se estrellara contra el muro de la autopista y explotara por los disparos efectuados contra el depósito de combustible.

No quería pensar en ello, pero hasta que encontrara y matara al bastardo que intentaba atraparme, probablemente era más seguro que Pietra se quedara donde estaba y que no supieran que estaba en mi vida, o que podían usarla para llegar a mí.



Pietra

Capítulo cuarenta

—Toma. —Mi abuela me dio un vaso de agua con una pastilla.

—Gracias. —La tomé y me la metí en la boca, tragándola con agua.

—¿Estás tomando las pastillas de la otra caja que te di?

—Sí.

—Será seguro después del primer mes.

—Gracias por lo que haces, abuela. —Le sonreí mientras le devolvía el vaso vacío y me acurrucaba en el sofá de su biblioteca.

—Es un milagro que no te hayan descubierto huyendo al amanecer...

La señora Rosi se detuvo a mitad de la frase cuando oyó que llamaban a la puerta, a lo que siguió la entrada de mi madre.

—¡Hola!

—¡Laís! —La abuela le sonrió como si no pasara nada y no nos hubieran descubierto hablando de un tema que ella no debería conocer.

En el fondo, sentía incluso la necesidad de hablar con mi madre. Contarle lo que me pasaba y compartir el amor que sentía por alguien, pero preveía que acabaría poniéndola en una situación difícil. Ella no podía guardarle ese secreto a mi padre y yo no quería causar ninguna tensión entre ellos. Por el momento, lo más prudente era ocultárselo a ambos hasta que pudiera resolver la situación.

—Te estaba buscando, Pietra.

—¿Necesitas algo, mamá? —Alcé las cejas sorprendida por sus palabras.

—Sí, la diseñadora acaba de llegar para tomar medidas y hacer el vestido para la fiesta. Tu hermana ya está con ella y he venido a buscarte.

—Por supuesto. —Sonreí torpemente.

—¿Vamos? —Me hizo un gesto para que la siguiera.

—Ahí voy. —Mi abuela me dio una palmada en la espalda para que yo me levantara.

Asentí y caminé con mi madre por el pasillo. Me rodeó los hombros con los brazos y me sonrió con dulzura.

—¿Estás bien, Pietra?

—¡Todo bien! —Tragué saliva e intenté disimular mi asombro ante su pregunta.

—He notado que últimamente estás más dispersa y actúas de forma extraña. Sé que no es fácil para ti pasar por todo esto, pero quiero que sepas que estoy aquí para ayudarte en todo lo que pueda.

—Gracias.

Se inclinó y me besó la cabeza mientras me acercaba.

—Steven Lansky será un buen marido. Tu padre me ha hablado muy bien de él. Cuando te mudes a Nueva York, no olvides llamarme.

—Está bien, mamá.

—¿Es una promesa?

—Sí. —Intenté seguir sonriendo, aunque no tenía intención de mudarme a Estados Unidos.

—Seguro que tú también puedes visitarme.

—Me encantaría, pero hay que programarlo.

—Sí.

Me siguió hasta la habitación de mi hermana, donde una mujer tomaba medidas y susurraba algunos comentarios que yo estaba demasiado lejos para oír.

—Es mi otra hija. —Mamá me acarició los hombros mientras llamaba la atención de la costurera.

—Igual de hermosa.

—Somos gemelas —declaró Perla, mientras bajaba de la pequeña tarima de madera en la que se encontraba.

—Pero no somos idénticas —añadí cuando me di cuenta de que la mujer alternaba su mirada entre las dos, calculando las diferencias.

—Menos mal, así me vuelvo menos loca. —Mi madre se rió y nosotras también.

Por mucho que me gustara tener mis diferencias físicas con Perla, también pensaba que sería divertido que fuéramos lo bastante parecidas como para poder intercambiarnos y hacer bromas a la gente. Pero, como decía la abuela, Dios no da alas a las serpientes.

—¿Pietra? —La estilista se me acercó y parpadeé un par de veces, apartando el pensamiento.

—Sí.

—Estaba hablando con tu hermana sobre la sugerencia que tengo para los vestidos. Estoy pensando en algo de encaje y piedras, pero sobre todo en la diferencia de colores. Creo que el blanco y negro es un contraste interesante, pero estoy abierta a sugerencias si crees que preferirías otros colores, como azul y rosa. Lo importante es que hagas una distinción más clara. —Me enseñó los dibujos de los vestidos.

—Me gusta el blanco y negro —le dije a ella, que me sonrió como si hubiera entendido bien la idea.

—Yo me quedo con el negro —dijo Perla levantando la mano, atrayendo la atención de todas.

—¿Por qué no deciden con piedra, papel o tijera? —sugirió mi madre, tratando de evitar una pelea, y la estilista se tapó la boca con la mano para disimular la risa.

—No hace falta, mamá. —Mantuve la mirada baja, examinando los detalles de los vestidos—. El blanco es perfecto para mí.

—¡Maravilloso! —exclamó la diseñadora—. Haré las prendas más hermosas para las princesas de Italia.

—Gracias, Magdalena. —Mi madre le dedicó una amable sonrisa.

—También tenemos que pensar en su vestido, señora Bellucci.

—Las niñas son la prioridad.

—Tú también, mamá. —Perla se detuvo frente a ella con las manos en la cintura—. ¿Qué te parece rojo o dorado? —Se volvió hacia el estilista.

—Le quedará bien cualquier color.

—Dorado —me metí en la conversación—. La tía Luize casi siempre va de rojo, aunque solo sea un accesorio de ese color, y mamá también merece brillar.

Laís Bellucci tenía poco más de cuarenta años y seguía siendo una mujer muy hermosa. Había envejecido poco con el tiempo y habría llamado aún más la atención si mi padre no la hubiera mantenido en secreto.

—¿No crees que el dorado es demasiado? —Cambió su mirada entre nosotras.

—Será perfecto, mamá —la animó Perla, pasándose la mano por el pelo.

—Muy bien, me has convencido. Dorado, entonces.

—También voy a tomarle las medidas, señora Bellucci —dijo la estilista.

—Esta fiesta va a ser increíble. —Perla bullía de emoción mientras yo callaba sin arriesgarme a decir nada.

No tenía ni idea de cómo sería y en el fondo temía cualquier posible enfrentamiento entre mi padre y Mikhail. Quería que la situación se resolviera de la mejor manera posible, pero temía que no fuera posible.

No quería que nadie saliera herido, sobre todo mis seres queridos: Mikhail y mi familia.



Mikhail

Capítulo cuarenta y uno

Sabía que quien conspiraba contra mí estaba más cerca de lo que me hubiera gustado y seguía todos mis movimientos. Los hombres no decían nada, pero yo estaba seguro de que había sospechosos entre ellos. Los soldados solían ser leales, siempre y cuando se les siguiera pagando el sueldo y se cuidara bien de sus familias si ocurría algo. Debido al alto riesgo, las recompensas también tenían que seguir el mismo camino.

Así que me quedaban pocas cabezas a las que apuntar, a no ser que quisiera aún más enemigos dentro de la mafia de los que ya tenía.

Moví la mesa y agarré mi celular cuando este tembló encima de unos papeles que había estado mirando.

Pietra:

¿Qué tal?

Mikhail:

Bien.

Pietra:

¿Trabajando?

Mikhail:

Acabo de volver a casa.

Pietra:

¿Estabas lidiando con los mismos temas que mi padre prefiere no compartir conmigo?

Mikhail:

Supongo que sí.

Pietra:

¿Has matado a alguien hoy?

Mikhail:

Hoy no.

Pietra:

Menos mal😊.

Mikhail:

Jajaja.

Pietra:

Mira, puedo hacerte reír.

Mikhail:

Consigues mucho más que hacerme reír.

Pietra:

Me estás haciendo poner colorada.

Mikhail:

¿Has conseguido resolver nuestro problema?

Pietra:

Estoy en ello.

Mikhail:

Espero que no tardes mucho.

Pietra:

¿Vienes a la fiesta?

Mikhail:

¿Viéndote comprometerte con otra persona?

Pietra:

No pienses así.

Mikhail:

Preferiría ni pensarlo.

Pietra:

Te gustará mi vestido. Será muy bonito.

Mikhail:

Te prefiero sin vestido.

Pietra:

¡Ah, que astucia la tuya!

Mikhail:

Si solo fuera mi voluntad, ahora mismo estarías en mi regazo y no necesitarías ropa.

Pietra:

Debería avergonzarme.

Mikhail:

Sabes que no necesitas ese sentimiento cuando estás conmigo.

Pietra:

Cómprate un buen smoking.

Mikhail:

De acuerdo.

Guardé el móvil cuando dejó de mandarme mensajes. Aunque era muy peligroso acercarse a ella, también había un subidón de adrenalina que me empujaba a ir por más. No sería fácil infiltrarse en una fiesta de la Bellucci, sobre todo en un compromiso, pero no me lo perdería por nada del mundo.



Pietra

Capítulo cuarenta y dos

Guardé el móvil detrás de un cojín del sofá cuando vi aparecer a mi hermana en la puerta de la sala de televisión, con un vaso de refresco y un cubo de palomitas de maíz.

—¿Quieres un poco? —Me ofreció.

—Gracias. —Tomé algunas con la mano y me las llevé a la boca, masticando despacio.

—¿Qué estás viendo? —Inclinó la cabeza para mirar más de cerca la gran pantalla de televisión que había en la pared del otro lado de la habitación.

—Sólo un tonto reality show. —Me encogí de hombros.

—Oh, he oído hablar de eso. Es aquella en la que las parejas van al resort y no pueden tocarse.

—Sí.

—Parece divertido.

Asentí y tomé más palomitas.

Mi hermana me observó hasta que giró y me miró. Su expresión presagiaba lo que iba a decir y me hizo sentir muy incómoda.

—¿Pietra?

—¿Qué te pasa? —Volví la cara, fingiendo que la televisión era mucho más interesante que su expresión.

—Has parado, ¿verdad?

—¿Si he parado qué cosa?

—De hablar con él. —Bajó la voz para que nadie que pasara por el pasillo pudiera oírnos —. Espero que hayas conseguido entrar en razón y te hayas dado cuenta de que tu aventura con el ruso no iba a funcionar.

—Sí... —No dije nada más para que mi hermana no me llamara mentirosa cuando se supiera la verdad.

—Papá ha elegido un prometido increíble para ti y estoy segura de que serás muy feliz.

—¿Y cómo está tu expectativa con respecto a Luca? —Desvié el foco de atención hacia ella, para no tener que verme envuelta en otra mentira.

—¡Mira qué guapo! —Sacó su móvil y me enseñó una foto de un hombre en traje de baño y gafas de sol encima de un yate. Detrás de él había un mar cristalino, entre verde y azul, con un cielo despejado y un sol brillante, más allá del cual se veía la costa de la isla.

—¿Él, el barco o el paisaje?

—Toda la escena. —Las mejillas de mi hermana se sonrojaron y yo me reí.

—Es fantástico.

—Luca me dijo que le encanta navegar y que, si quiero, siempre me llevará con él.

—Estoy segura de que te divertirás mucho.

—Yo también.

Mientras Perla sonreía, me pregunté si tendría idea de lo que era estar a solas con un hombre, disfrutar de su amor y de todas las sensaciones que podía provocar el contacto. Probablemente no, mi hermana seguía las normas y dudo que Luca se arriesgara a atraer la ira de papá...

—¿Ansiosa por la fiesta? —Seguí centrándome en ella hasta que tuve una excusa para escapar de su mirada y escabullirme.

—Mucho. ¿Y tú?

—También.

—La estilista dijo que traería los vestidos mañana para que pudiéramos probárnoslos antes de los ajustes finales.

—Maravilloso.

—¿Ya te has decidido por el peinado y el maquillaje?

—Todavía no.

—¿Será que si buscamos en internet el peluquero podrá reproducirlo?

—No lo sé. Vamos a encontrar alguna foto y se la mandamos para preguntarle.

—Buena idea.

Perla tomó su teléfono y yo me apoyé en el hombro de mi hermana, viendo algunas imágenes con ella. Tenía que tener un plan, aunque aún no se me ocurría nada. Hablaría con mi abuela para que juntas ideáramos una estrategia.



Mikhail

Capítulo cuarenta y tres

Detuve la moto en el mismo callejón donde solía aparcar para encontrarme con Pietra cuando la veía de madrugada. Me quité el casco, lo puse sobre el vehículo y me alisé el pelo rubio, peinándolo hacia atrás con la punta de los dedos. Me arreglé la corbata del smoking y comprobé el maquillaje de los dedos que cubría mis tatuajes, así como el del cuello.

Caminar solo tenía algunas ventajas. Era mucho más fácil camuflarse y pasar desapercibido, sobre todo cuando se trataba de irrumpir en la mansión de la familia más peligrosa de Italia, pero también conllevaba riesgos. Estaba solo y no había nadie que me protegiera si me descubrían. Era locamente arriesgado y podría no salir con vida, pero era para ver a Pietra y por ella era capaz de enfrentarme a cualquier cosa.

Podría ser el líder de la mafia en Rusia y haber alcanzado una posición que nunca se habría creído, pero no me parecía completo ni suficiente sin ella a mi lado.

Tomé el accesorio y me lo puse. El baile de máscaras había sido una buena idea, de lo contrario no habría podido estar entre ellos sin que alguien me reconociera. Había poca relación entre rusos e italianos, pero era muy probable que al menos un puñado de ellos ya hubiera visto mi cara en alguna parte.

Me acerqué a la mansión, bordeando los laterales, por el otro lado de la calle. Había estudiado el lugar de antemano e investigado dónde estaban los puntos ciegos de las cámaras, dirigiéndome a una parte del muro que Pietra saltó a mi encuentro.

Lo escalé y salté, aterrizando de pie en una zona cubierta de hierba.

—¿Han oído eso? —preguntó uno de los soldados y se acercó a mí.

Antes de que pudiera esconderme, me vio.

—¡Maldita sea! —murmuré en voz baja.

Sacó su pistola, pero antes de que pudiera apuntarme, le di una patada en la mano y le hice caer. Me acerqué y esquivé un puñetazo, girando a su espalda y agarrándolo por el cuello. Para mantenerlo quieto, le asfixié por detrás, impidiéndole respirar y hablar. Forcejeó contra mis

brazos, intentando liberarse, hasta que perdió las fuerzas y se desmayó.

Lo arrastré detrás de un arbusto y me aseguré de que estuviera muerto.

Otros vinieron a ver qué podía haber pasado, pero yo permanecí oculto hasta que se marcharon y fueron a registrar otras zonas de la mansión. Con un pequeño ejército nunca sería posible hacerlo, afortunadamente me había acostumbrado a trabajar solo.

Salí de detrás de los arbustos y di la vuelta a la casa. La mayor concentración de gente y soldados estaba en la entrada, donde registraban a los huéspedes y se aseguraban de que no hubiera intrusos. Me di la vuelta y entré en la cocina por la puerta trasera.

—Le pido disculpas. Creo que me he perdido. —Me reí torpemente de una de las mujeres que preparaba la comida y que se sobresaltó con mi presencia en cuanto pasé junto a ella.

—La fiesta está en el salón, señor.

—Por supuesto. Acabo de salir de allí y no sé qué me ha pasado. Voy a volver.

Señalé, y la mujer me indicó el camino correcto.

Salí a la sala donde se habían retirado los muebles, dando paso a un amplio salón con varios invitados. Debía de haber al menos un centenar de personas y era fácil pasar desapercibido.



Pietra

Capítulo cuarenta y cuatro

Mientras bajaba las escaleras con mi hermana, miré hacia nuestro salón y me sorprendió la cantidad de gente que había. A través de la ventana pude ver también a algunos sentados en las mesas del jardín. Toda la casa estaba bien iluminada y decorada. Perla estaba exultante y en el fondo sentí que yo también debería estarlo, quizá lo estaría si mi prometido fuera el hombre que realmente quería.

Terminamos de bajar las escaleras y la primera persona que se nos acercó fue mi padre. Iba muy elegante con un *smoking* y el pelo canoso perfectamente peinado. Mi madre iba del brazo con él, espléndida con un vestido dorado que la hacía parecer una prolongación del mismo sol. Estaba contando con que su belleza fuera suficiente para eclipsarme.

—Mis hijas.

—Papá —Perla y yo hablamos juntas.

—Están preciosas. —Se inclinó y besó a cada una en la frente.

—Gracias.

Perla estiró el cuello por encima del hombro de nuestro padre y la vi chequear la sala con la mirada, buscando dónde podría estar su prometido.

Mi padre dio un paso a un lado y llevó a mi madre con él, dejando ver detrás a dos hombres altos con máscaras negras, uno rubio y el otro moreno. La sonrisa de mi hermana se intensificó y yo me esforcé por hacer algo remotamente parecido.

—Luca —susurró, dando un paso adelante.

—Hola, novia mía. —El siciliano se inclinó y besó el dorso de su mano, atrayéndola hacia sí.

—Pietra...

—Steven. —Levanté la cabeza y me encontré con sus ojos cuando me di cuenta de que mi pretendiente me estaba hablando.

Se me estrujó el corazón al mirar fijamente unos ojos azules, pero no eran los ojos azules que yo quería.

—Estás preciosa.

—Gracias. —Me toqué la máscara blanca que cubría la parte superior de mi cara, dejando solo el espacio para los ojos.

—Tengo algo para ti. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una caja de terciopelo.

Por el rabillo del ojo, me di cuenta de que Perla daba saltitos de expectación, mientras yo permanecía completamente inmóvil, temerosa de lo que iba a mostrarme, aunque sabía muy bien lo que era.

Dentro de la cajita había un precioso anillo de compromiso.

Aparté la mirada y deambulé por el vestíbulo en busca del hombre que realmente quería. No estaba segura de que realmente estuviera allí, aunque lo había llamado, sabía lo arriesgado y peligroso que era. Entonces encontré por fin el par de ojos azules que me atraían más que nada. Dejé escapar un profundo suspiro y por fin sonreí de verdad desde que había empezado aquella fiesta.

—Pietra... —Steven me llamó y volví a verlo de pie frente a mí, con su anillo de compromiso extendido hacia mí.

Alterné mi mirada entre él y Mikhail, que se mezclaba entre la gente que había más atrás.

—Te ves extraña. ¿No te gusta el anillo?

—Sí... Me gustó. —Intenté recomponerme cuando me di cuenta de que Steven se había irritado por mi reacción.

Mikhail movió la cabeza negativamente y lo único que yo quería era salir corriendo.

—¡Pietra! —La voz de mi padre sonó más firme y me vi obligada a mirarlo.

—¿Sí?

—La mano…

Tragué saliva y, con mi padre mirándome fijamente, me vi obligada a alargar la mano y entregársela a Steven para que me pusiera el anillo de compromiso. Besó suavemente el dorso y me esforcé por sonreír.

Levanté la cabeza y volví a buscar a Mikhail, pero ya no estaba allí. Moví la mirada de un lado a otro en un impulso por encontrarlo y acabé viendo a mi abuela, que me dirigió una mirada de reproche.

—Pietra. —Steven me llamó de nuevo.

—Lo siento. —Volví a sonreírle.

—No pareces entusiasmada por tenerme aquí.

—Todavía me estoy acostumbrando a la idea.

—No eres la única, pero no quiero ser una pesadilla para ti. Entonces, podrías sonreír un poco más.

—Lo siento —volví a decir.

—¿Por qué no vienes a bailar conmigo? —dijo en un tono un poco menos áspero.

—Por supuesto. —Accedí a que mi prometido me condujera al centro de la sala y noté que la gente nos hacía sitio para pasar.

Puse mis manos sobre sus hombros y él me sujetó por la cintura.

—No soy buena bailando —admití con una risita.

—Yo tampoco. Solo muévete. Dos pasos a un lado, dos al otro. Creo que disimularemos así.

—Buena idea, pero imagino que luchas bien.

—Entreno mucho.

—Creo que es suficiente.

—Podría ser. —Hizo una breve pausa hasta que su tono cambió—. Imagino que no soy exactamente lo que esperabas.

—¿A qué te refieres?

—No pareces tan entusiasmada conmigo como tu hermana lo está con su prometido.

—Perdóneme si te he dado una mala impresión. Por favor, discúlpame.

—Yo tampoco soy muy partidario de la idea de casarme con una mujer que no conozco, pero al igual que yo, imagino que eres consciente de las obligaciones que tenemos con nuestras familias y con toda la mafia.

—Lo sé... Steven, no quiero que pienses que no te quiero.

—¿Y me quieres?

Alguien chocó contra él, tirándolo a un lado y haciendo que se apartara de mí, y conseguí escapar de responder a esa pregunta.

—¡Eh! —gruñó Steven—. Mira por dónde vas.

Seguí con la mirada de quién se trataba, y no necesité más que ver su espalda, que mis manos ya habían recorrido lo suficiente para reconocer.

Mikhail...

—Necesito ir al baño —le dije a Steven.

—Está bien. —Se apartó de mí y me dejó pasar, mientras fui siguiendo a Mikhail por uno de los pasillos laterales de la mansión.

Sabía que sería difícil explicarle la situación a Steven. Parecía tener buen corazón y no merecía que lo engañaran, pero me resultaba difícil afrontarlo todo.

Me escabullí entre los invitados y entré en el pasillo, caminando hacia la puerta del baño hasta que sentí que la mano de Mikhail me agarraba de la muñeca y tiraba de mí hacia dentro.

El portazo hizo vibrar toda la pared, pero afortunadamente quedó enmascarado por el sonido de la música.

Alargué la mano para pulsar el interruptor y me encontré a Mikhail con la cabeza gacha, resoplando como un toro rabioso.

—¿Para esto querías que viniera?

—¡No! —jadeé, desconsolada por su enfado.

—¡Eres mía, Pietra! —Me tomó la mano, sacó el anillo y lo tiró a un rincón del cuarto de baño.

—Sí... Soy tuya. —Estiré una mano temblorosa para tocar su cara.

—He hecho todo lo posible para darte lo que quieres. Espero que sea hora de que empieces a darme lo que quiero.

—¡Mikhail! —Le sujeté la cara con ambas manos y le obligué a mirarme—. Te amo.

Me rodeó la cintura con las manos y me apretó con más fuerza contra la puerta del baño. Jadeé por la presión y me quedé sin aliento cuando su boca se apoderó de la mía.

Le devolví el beso con la misma intensidad para hacerle saber que no había nadie a quien quisiera más que a él. Cada célula de mi corazón le pertenecía desde el momento en que nos vimos por primera vez.

Las manos de Mikhail subieron la falda de mi vestido hacia arriba, acumulándola alrededor de mi cintura. Sus labios se apretaron contra los míos con tanta fuerza que notaba cómo se lastimaban. Su necesidad era demencial y podía sentirla en cada una de sus pulsaciones.

Separé los muslos cuando sentí que su mano bajaba hasta mi sexo y apartaba mis bragas. Con la otra mano, se bajó la cremallera del pantalón, sacó su largo pene y, sin calma ni ternura, me lo metió, provocando un gemido que vino acompañado de un ligero ardor.

Mikhail empezó a moverse, atrayéndome hacia él con la necesidad y la urgencia de marcar mi cuerpo con el suyo. Él estaba enfadado y frustrado, y yo quería que sintiera que no había nadie a quien deseara más que a él ni a quien me entregara de la misma manera.

Rodeé su cuello con mis brazos mientras él apoyaba su frente en la mía, mezclando nuestras respiraciones cada vez más urgentes. Me entregué al calor del momento, sintiendo el placer del sexo mezclado con la agonía de la desesperación.

Levanté la cabeza en busca de su boca y volví a besarle, disfrutando del sabor de sus labios mientras me hacía golpear contra la puerta con cada embestida. El leve dolor se hizo a un

lado mientras la humedad me invadía, dándome placer.

Me revolqué sobre él, suplicando más, mientras Mikhail me devoraba como un animal hambriento. En una búsqueda salvaje por demostrarme algo que ya sabía muy bien. Éramos el uno del otro.

Me mordió la boca cuando sentí que me acababa, pero siguió moviéndose hasta que me uní a su orgasmo.

Cuando se apartó de mí, tuve que apoyarme en la mesada del lavabo para no caerme al suelo porque mis piernas no tenían fuerza suficiente.

—Me voy. —Tomó un trozo de papel del rollo y se limpió antes de subirse la cremallera de los pantalones.

—Mikhail. —Intenté tocarle el hombro, pero me esquivó, demostrando que seguía enfadado.

Sentí su semen goteando entre mis piernas y tomé papel para limpiarme. Había toallitas húmedas en el armario y las utilicé antes de volver a ponerme las bragas.

—No quiero hacerle daño a tu familia, pero si tengo que hacerlo para estar contigo, lo haré.

—Mikhail, por favor...

—¿Es con él con quien quieres quedarte? —Hizo un gesto con la mano como indicando hacia el salón.

—Oh, no, te quiero a ti.

—Entonces elige quedarte conmigo.

No me dio tiempo a contestarle, ya que arrojaron algo por debajo de la puerta y un humo blanco comenzó a crecer dentro del baño, volviéndolo rápidamente intoxicante. Caí hacia Mikhail y él me abrazó antes de que ambos perdiéramos el conocimiento.


Marco

Capítulo cuarenta y cinco

Lucian chocó su copa con la mía y yo le sonreí a mi aliado norteamericano. Estaba seguro de que este matrimonio no solo reforzaría los lazos que ya teníamos, sino que también daría a mi hija una vida honorable y feliz.

Los matrimonios siempre fueron alianzas en nuestro mundo, así había sido con mi padre, conmigo y con mis hermanos, no podía ser diferente con ellas, pero eran mis niñas y a diferencia de Dante, que tuvo que ser moldeado para lidiar con este mundo, yo quería que estuvieran cuidadas y protegidas.

—Dejaron de bailar. —La mujer de Lucian movió la cabeza y me di cuenta de que Steven estaba solo.

—¿Dónde está Pietra?

Mientras recorría con la mirada la sala buscando a mi hija entre los invitados, mi hermano se me acercó y me puso la mano en el hombro.

—Marco, tenemos un problema —me dijo en voz baja al oído para no alarmar a nuestros invitados.

—Disculpen —dije a la familia del futuro marido de mi hija, que asintieron en silencio.

Me alejé de ellos y seguí a mi hermano hasta un pasillo donde podíamos tener un poco más de intimidad.

—¿Qué pasa, Mateo?

—Tuvimos una brecha de seguridad.

—¿Qué quieres decir? —Mi tono se volvió más firme y rígido.

—La fiesta fue invadida y se llevaron a Pietra.

—¿Me tomas el pelo? —levanté la voz. No podía creer lo que oía.

—Desgraciadamente, no.

—Esta casa es segura, siempre lo ha sido. ¡¿Para qué sirven tus putos juguetes si ni siquiera pueden garantizar eso?! —Apreté los dientes, bufando como un animal y al mismo tiempo muy preocupado. Estaba coleccionando demasiados enemigos y tenía una lista enorme de candidatos a hacerle daño a mi hija.

—Con una fiesta de este tamaño, gente yendo y viniendo todo el tiempo, muchos proveedores. Es difícil seguirles la pista a todos y cada uno de ellos. Más aún llevando máscaras, lo que significa que mi sistema de lectura facial no funciona.

—Deberías haberte opuesto a esta idea.

—No me pareció mal cumplir los deseos de las niñas.

—Entonces, ¿dónde mierda está mi hija? —Lo agarré del cuello y golpeé la pared detrás de él con la otra mano.

—Cálmate, Marco. La encontraremos.

—Si algo le pasa a Pietra...

—Uno de ellos se quedó atrás. —Theo se acercó a nosotros—. Encontramos al tipo en el baño inconsciente.

—¿Algún soldado que conozcamos?

—No. No lo creerás cuando veas quién es. —Theo nos hizo un gesto para que le siguiéramos.



Mikhail

Capítulo cuarenta y seis

Abrí los ojos por reflejo cuando me arrojaron agua fría en la cara. Intenté moverme, pero me di cuenta de que tenía los brazos y las piernas encadenados y tenía que mantenerlos abiertos. Las cadenas que me ataban eran gruesas y, por mucho que lo intentara, no podría liberarme.

Mis ojos seguían desenfocados y tuve que parpadear varias veces para darme cuenta de que estaba en un gran galpón, con una sola bombilla de luz en el techo. Y frente a mí, gruñendo como un perro rabioso, estaba Marco Bellucci.

Me dio un puñetazo en la mejilla que me hizo girar la cabeza y que mi cuello crujiera.

—¡¿Dónde está mi hija, bastardo?!

—¿Le ha pasado algo a Pietra? —Abrí mucho los ojos y sentí que mi corazón dejaba de latir.

—¿Adónde la llevaste?

—¿Quién la sacó de allí?

Me encontraba cara a cara con el jefe de la mafia italiana, estaba encadenado y no parecía receptivo a mi presencia, pero solo podía dominarme la desesperación de que pudiera pasarle algo.

—¿Dónde está Pietra? —Sentí otro puñetazo que me mareó y me hizo escupir un poco de sangre—. ¿Adónde se la llevaron tus hombres?

—No lo sé. —Luchaba por respirar, mientras los peores resultados posibles pasaban por mi mente.

Creía que Pietra estaría a salvo en casa, pero lo único que podía hacer era lamentar no haberla llevado antes a Rusia.

—¿Te llevaste a mi hija para destruirme?

—No.

—¿Por qué tus hombres te dejaron atrás?

—Vine solo.

—¿Por qué el jefe de la mafia rusa vendría solo a Italia tras mi sobrina?

Levanté la cabeza y vi a uno de los otros hombres detrás de Marco. Theo Bellucci, el consejero de la familia y el asesino más feroz.

—Empieza a arrancarle los dedos, quizás hable más rápido. —Instó a su hermano a torturarme.

—Haz lo que quieras conmigo, solo asegúrate de que ella esté bien.

Marco movió la cabeza, como si le sorprendiera lo que le decía, y la bajó, mirándome fijamente a los ojos.

—¿Adónde te llevaste a mi hija?

—Ya te he dicho que no sé dónde está y quiero saberlo tanto como tú.

—¿Por qué?

—La amo —dije con firmeza. Me costaba decir aquellas palabras, incluso a la propia Pietra, pero nunca habían tenido tanto sentido.

—¿Me estás tomando el pelo, ruso de mierda?

—No.

—¡Marco, espera! —Oí una voz femenina que hizo que todo el mundo se girara en su dirección, incluido yo.

Era una señora mayor y no tenía ni idea de por qué o cómo estaba allí. Todavía llevaba su ropa de fiesta, como todos los demás, y vino corriendo hacia sus hijos.

—¿Dónde está Mateo? —Ella miró a los dos hombres después de forzar su camino más allá de algunos de los soldados.

—Buscando a mi hija con sus métodos, pero este maldito ruso nos va a decir dónde se la llevó aunque tenga que destriparlo para hacerlo.

La señora se volvió hacia mí y la forma en que me miró me recordó lo que le había dicho Pietra.

—¿Qué ha pasado?

—Estábamos en el baño, alguien tiró un gas por debajo de la puerta y no pude reaccionar.

Asintió y se volvió hacia sus hijos.

—Déjalo ir.

—¿Te has vuelto loca, mamá? —Marco levantó la voz con ella—. Es el jefe de la mafia rusa.

—Lo sé.

—Estaba con mi hija.

—Hace tiempo que lo están.

—¿De qué va todo esto, mamá? —Una vena asomó en la frente del hombre, mostrando que estaba aún más enfadado.

—Estaba pensando en una forma mejor de contártelo, pero no creo que la haya. Pietra ha estado involucrada con Mikhail durante hace ya algún tiempo. Tienen una relación amorosa, hijo.

—¿Qué? —Ensanchó los ojos y enarcó las cejas, como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

—Por fin alguien se lo ha dicho —comenté con cierto alivio y tono de burla.

—¿Es una broma, mamá?

—No, cariño.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no ibas a reaccionar bien. Estaba pensando en una alternativa.

—Si le has hecho algo a mi hija. —Dio un paso hacia mí con los dientes apretados.

—Estoy seguro de que habría estado mejor protegida si me la hubiera llevado a Rusia conmigo.

—¡Maldito bastardo! —El puñetazo que me dio no borró la sonrisa de mi cara. Podía pegarme todo lo que quisiera, pero los recuerdos que tenía de Pietra en mis brazos permanecerían en mi mente.

—Marco, ¡detente! —le gritó su mamá.

—Mata a ese bastardo ruso —instó Theo—. Es bueno librarse de dos problemas a la vez.

—¡Basta ya! —La anciana continuó reprendiendo a sus hijos—. Dejen ir a este hombre, por el amor de Dios.

—No podemos confiar en él, mamá.

—Estoy seguro de que quiere lo mismo que nosotros. Que Pietra esté a salvo.

Negué con la cabeza y volví a desesperarme al darme cuenta de que la habían capturado.

—No debemos dejar que se vaya. Es el jefe de la mafia rusa —insistió Theo Bellucci.

—Dame esas llaves. —La mujer dio un golpecito con el pie, abriendo la mano para esperar a que sus hijos le pusieran el objeto en la palma.

—Estoy de acuerdo con Theo —dijo Marco.

—Pietra está en peligro. En lugar de intentar matar al hombre que ella eligió, ¿por qué no te unes a él para encontrarla lo antes posible?

Marco resopló, pero acabó siguiendo las instrucciones de su madre y soltando las cadenas. El peso de mi cuerpo me hizo caer de rodillas cuando me liberaron los brazos.

—Si algo le pasa a mi hija por tu culpa...

—No necesito tu castigo, Bellucci —lo interrumpí—. Me mataré yo mismo.

—Vámonos. —gritó la mujer—. ¡Encuentren a mi nieta!



Mikhail

Capítulo cuarenta y siete

—Espera, ¿qué hace este hombre aquí? —preguntó Mateo Bellucci cuando me vio entrar en una sala subterránea siguiendo a sus hermanos.

—Parece que Pietra me ha estado ocultando algunas cosas —resopló Marco, mientras dirigía a su hermano una expresión severa e irritada—. Nuestra madre apareció con esta bomba de noticia.

—Sólo necesito encontrar a Pietra —dije en tono firme. No estaba de humor para sus dilemas familiares, solo quería encontrar a mi mujer.

—¿Un amigo ruso? ¡Increíble! No pensé estar vivo para ver esto.

—¡Cállate, Mateo! —Theo le dio un codazo a su hermano.

—¿Tienes alguna información sobre ella? —Di un paso adelante mientras miraba las numerosas pantallas y monitores, en busca de alguna información.

—Hemos comprobado todas las imágenes de las cámaras de la casa de las últimas horas. —Mateo señaló los monitores—. Lo que me pareció más sospechoso fueron esos hombres saliendo con un congelador y metiéndolo en una furgoneta. —Vi la imagen en el vídeo mientras hablaba—. Es el único espacio que tendrían para esconder a alguien y no levantar sospechas.

—¿Qué empresa es esa? —Theo señaló el lateral de la furgoneta.

—Es el distribuidor de bebidas.

—¿Conoces a alguien que trabaje ahí y quiera perjudicarnos de alguna manera? —preguntó Theo.

—No creo que sea el caso. —Negó Mateo moviendo la cabeza—. Lo utilizaron como tapadera para entrar en nuestra casa sin levantar sospechas.

—¿No se comprueban estos proveedores de servicios? —preguntó Marco.

—Las falsificaciones no son tan escasas en el mercado.

—¿Quién se hizo pasar por repartidor de bebidas para secuestrar a mi hija?

—Seguí a la furgoneta a través de las cámaras de la ciudad hasta un pequeño aeropuerto en las afueras. Suele operar vuelos privados. Quien haya secuestrado a Pietra ya no está en Roma.

—Necesito un teléfono móvil —dije mientras buscaba palpando en el bolsillo y me daba cuenta de que no llevaba el mío.

—Toma. —Mateo me dio uno.

—Gracias. —Le miré y vi que, de los tres, era el más receptivo a mi presencia. Pero no me preocupaba hacer amigos, sino encontrar a Pietra.

Marqué un número y Natasha no tardó en contestar.

—Jefe, ¿qué necesitas de mí?

—Necesito que localices a cualquiera que haya salido de Moscú después de mí. Haz tu magia y dame un nombre.

—¿Qué haces en Roma?

—No me rastrees, encuentra a quien necesito.

—Sí, señor.

—Hazlo rápido, la vida que más me importa está en peligro.

—Pietra. —No necesitó mucho para deducirlo—. La encontraré, señor.

—¿Con quién estás hablando? —me preguntó Mateo.

—Mi hacker.

—¿Puedo?

Asentí y le entregué el móvil.

—Hola, soy Mateo Bellucci, vamos a trabajar juntos para encontrar a mi sobrina. Te daré una dirección ip para que puedas compartir la información conmigo...

Estaba escuchando al hermano menor cuando sentí que una mano me agarraba de la solapa de la chaqueta y tiraba de mí. Empujé a Marco, obligándole a soltarme.

—Cuando esto termine, voy a matarte.

—Sólo después de que se case conmigo.

—Mi hija ya está prometida a otro.

—No dejaré que se case con nadie más.

—No tienes ese derecho.

—Sí, lo tengo. —Me enfrenté a él con la misma firmeza. Puede que estuviera en su territorio y solo, pero no iba a dejarme atemorizar.

—No eres el hombre para mi hija.

—Seguro que ella no está de acuerdo contigo.

—¡Eh, ustedes dos! —Mateo nos llamó—. Dejen las amenazas para otro momento, vamos a buscar a Pietra.

Aparté la mano de Marco y me acerqué al otro hermano, que parecía concentrado en encontrarla.



Pietra

Capítulo cuarenta y ocho

Todavía me pesaban los ojos y empecé a toser porque sentía la garganta irritada. Me rodeé el cuello con las manos e intenté masajearlo, pero no dejaba de dolerme. Imaginé que tenía algo que ver con el gas que me había robado los sentidos, pero el ambiente donde estaba también parecía terriblemente seco.

Me esforcé un poco más por abrir los ojos y me di cuenta de que estaba sobre un trozo de cartón. Me encontraba en una habitación pequeña y mal ventilada, donde la única luz entraba por una ventana de cristal en la puerta de madera.

No paraba de toser, y por mucho que lo intentaba me costaba mantener la respiración tranquila.

Oí el ruido de la puerta al abrirse y una silueta avanzó hacia la habitación. Por reflejo, me acurruqué aún más contra la pared y me abracé las rodillas. Tuve que parpadear y tardé un rato en ver una cara frente a mí.

No lo reconocí. Era un completo desconocido, tenía los ojos y el pelo oscuros y podría haber sido uno de los muchos enemigos de mi padre. Lo único que no esperaba era acabar secuestrada en mi propia casa.

Sin embargo, supe con certeza que no era italiano cuando no entendí ni una palabra de lo que dijo.

—No entiendo bien el ruso. —Había empezado a estudiar, pero aún estaba lejos de dominar el idioma.

—¿Inglés?

Asentí con la cabeza.

—¿Tú cómo hablas con Mikhail?

—Él habla italiano.

—Debería haberlo sabido.

—¿Quién eres? —Eché el pecho hacia delante e intenté adoptar una postura un poco más amenazadora, aunque seguía pareciendo un ratón acorralado.

—Andrei Vassiliev.

—¿Uno de los hombres de Mikhail?

—¡No soy sirviente de ese bastardo! —Apretó los dientes.

—¿Un enemigo, entonces? —Fue fácil deducirlo.

—Ese bastardo mató a Igor.

—¿Su hermano? —Fruncí el ceño.

—Ese hijo de puta no tenía derecho a llamarlo hermano.

—Parece que te molesta.

—¿Si me molesta?

Afirmé con la cabeza.

—No sabes cuánto.

—Lo siento.

—¡Cállate, maldita puta! Tú no entiendes nada.

—No soy una puta.

—Pero te acuestas con él como si lo fueras.

—Amo a Mikhail.

—Ese bastardo no es digno de nada, y menos de amor. Llevo mucho tiempo intentando matarlo, pero después de saber de ti, me di cuenta de que hay una forma mucho más eficaz de hacerlo sufrir.

—Será mejor que no me pongas un dedo encima.

—¿Crees que tengo miedo de Mikhail? —Se cruzó de brazos y me miró con una sonrisa burlona.

—Soy una Bellucci, cuando mi padre...

—Esto es Rusia, niña. Tu familia no tiene poder aquí.

Me encogí de nuevo al pensar en el tiempo que había pasado inconsciente y en lo que era capaz de hacerme.

—Cuando Mikhail mató a Igor, no solo se llevó al pakhan de Rusia, sino a mi gran amor.

—No creo que estuviera pensando en ello cuando ocurrió.

—No deberías defenderlo.

Quería decir que sí, que siempre defendería a Mikhail, pero demostrar mi amor en ese momento no me parecía la mejor alternativa. Necesitaba ganar tiempo, permanecer callada y sobrevivir, porque estaba segura de que vendrían por mí.

—Ya conoces a Mikhail, a él no le importa nadie. Estás perdiendo el tiempo aquí conmigo.

—Para que él haya arriesgado tanto, tú debes significar algo.

—A ustedes los rusos no les importa nadie.

—En eso se equivoca, señorita.

—Eso es lo que dice todo el mundo. —Tragué saliva al ver la cara del hombre.

—Se acabó la charla. —Avanzó hacia mí.

—¡No, por favor!

—Veremos lo que piensa Mikhail. Si sufre será mejor, sino lo mataré de todos modos.

—No —grité cuando una patada me dio de lleno en el estómago.

Arqueé la espalda y me encogí de dolor, escupiendo un poco de sangre.

Le pedí que parara, pero el hombre no lo hizo. Había estado intentando ganar tiempo, porque sabía que vendrían a rescatarme, pero quizá no quedara nada que salvar cuando llegaran.

Andrei estaba consumido por la rabia y la descargó conmigo, como si mi sufrimiento

pudiera liberarle de algún modo el suyo.



Mikhail

Capítulo cuarenta y nueve

Golpeaba el suelo del avión con los pies, inquieto. Me temblaban las manos y había entrelazado los dedos para no mostrarlo. Había pasado por muchas cosas en mi vida, me había enfrentado a todo tipo de infiernos y había vencido a demonios, pero nunca había sentido tanta desesperación.

Mi vida había sido solitaria desde la infancia, no me importaba nada ni nadie porque no tenía a nadie a quien apegarme. Pietra era la única luz en mi oscura vida y parecía a punto de apagarse. Sin embargo, parecía imposible volver a esa oscuridad sin sentir ese terrible vacío.

Natasha y Mateo habían descubierto que Andrei, el amante de Igor, era quien me había seguido a Italia con sus hombres. Probablemente, el muy hijo de puta seguía dándole vueltas al hecho de que yo hubiera matado a mi hermano y quería provocarme donde más me dolía.

Mi avión iba más lleno de lo habitual, y me acompañaban italianos, un pueblo al que los míos nunca habían pensado unirse. Yo tampoco lo vi venir, pero podía hacer cualquier cosa por Pietra.

—Voy a decirle al piloto que cambie la ruta del avión —anunció Mateo.

—¿Por qué? —le pregunté con tono firme.

—Natasha y yo triangulamos la señal del móvil de Andrei. Está en las afueras de Kiev, en un almacén abandonado donde debe de haber llevado a Pietra.

—Si le ha pasado algo a mi hija… —Marco apretó los dientes, gruñéndome.

—La secuestraron dentro de tu casa. Quizá si hubiera estado conmigo no habría pasado.

—Fue un enemigo tuyo el que atrajiste hacia ella.

—¡Basta, los dos! —Mateo se impuso—. No necesitamos pelear por territorio o determinar quién tiene más culpa de lo que pasó. Quieren lo mismo, así que centrémonos en eso, en rescatar a Pietra.

Me di la vuelta y dejé de hablar. Desahogar mi rabia y frustración por no haberla

protegido como debía no serviría de nada. Mateo tenía razón, solo quería recuperar a mi mujer y necesitaba centrarme en eso.

Me sentí abrumado por una opresión, una sensación terrible.

Ya me había enfrentado varias veces a la muerte, pero esta era la única vez que le tenía miedo. Las horas de viaje parecían interminables y tenía la sensación de que cada minuto que pasaba allí podía ser crucial para salvar a Pietra.

—Aterrizaremos dentro de una hora —anunció Mateo al volver de la cabina.

Busqué mi teléfono móvil, que me habían devuelto, tecleé un número y esperé a que respondiera.

—¿Jefe? —respondió con un tono de interrogación.

—Serguei, soy yo.

—Señor, ¿sigues en Italia?

—No. Estoy camino a Kiev. No tengo tiempo para explicarte ahora, pero ¿puedo confiar en ti?

—No te fías, pero en el fondo sabes que puedes.

—Es Pietra Bellucci.

—¿Con quién te relacionas?

—Sí. Andrei la ha secuestrado y necesito encontrarla.

—¡De acuerdo! ¿Qué necesitas de mí?

—Andrei está en Kiev. Dirige allí tantos soldados como sea posible.

—Lo haré.

—Los italianos están conmigo. Han venido a ayudarme a encontrarla.

—¿Los Bellucci?

—Sí.

—Entendido.

—Ve ahora.

—Voy para allá.

Colgué el teléfono y me lo metí en el bolsillo.

Mi única preocupación era encontrar a Pietra, nada era más importante para mí que ella.



Mikhail

Capítulo cincuenta

Nos bajamos en un aeropuerto privado lo más cerca posible de la dirección donde se creía que estaba Andrei con Pietra. Cuando llegamos, el jefe local ya nos estaba esperando con soldados y coches.

—Señor. —Ivo Asimov, el jefe local, se me acercó nada más bajar del avión.

—Imagino que Serguei habrá hablado contigo.

—Sí, he venido en cuanto me ha llamado tu consejero. Está de camino y no creo que lo esperemos.

—En este momento, cada minuto importa.

—¡Los Bellucci! —Se sobresaltó y movió la mano hacia la pistola, pero le agarré del brazo antes de que apuntara a la familia de Pietra.

—Están conmigo.

—Entonces es verdad que elegiste a una italiana.

—Sí.

—Espero que hayas tomado la decisión correcta.

—No tengo dudas. ¡Ahora, vamos! —Hice un gesto con la cabeza hacia los coches y nos repartimos en ellos. Nos dirigimos hacia donde estaba Pietra.

Aquellas horas desde que la habían secuestrado fueron sin duda las peores que había vivido. Nunca había sentido apego por nada ni por nadie y no tenía ni idea de lo devastador que podía ser perderlos.

—¡Más rápido! —pedí al conductor.

Me limpié la frente sudorosa y eché hacia atrás mi pelo rubio. La abrumadora inquietud que sentía en el pecho me estaba dejando sin aliento y cada vez más enfadado.

Oí el chirrido de los neumáticos cuando nos detuvimos frente al almacén. Era un lugar

abandonado, con pintadas en las paredes y cristales rotos, pero había soldados protegiéndolo, lo que me hizo creer aún más que Pietra podía estar allí.

En cuanto se percataron de la presencia de los coches, empezaron a dispararnos, afortunadamente los vehículos estaban blindados.

Pasé por encima del hombre que estaba sentado a mi lado y abrí la puerta del otro lado, utilizando el vehículo como escudo para protegerme de los disparos. Saqué mi pistola y disparé al hombre del techo, dándole en la cabeza y haciéndole rodar por el suelo.

Me sorprendí cuando uno de los Bellucci, el primero que quería matarme, se detuvo a mi lado y puso su pistola en el techo del coche.

—Déjame matarlos. Te cubriremos para que vayas tras mi sobrina.

Lo miré y asentí. No era propio de mí darle las gracias, pero mi movimiento silencioso fue suficiente.

Rodé de lado fuera de la protección de la camioneta y esquivé unos cuantos disparos al darme cuenta de que uno a uno, los soldados que protegían el lugar iban siendo abatidos y los hombres que me acompañaban también avanzaban.

Me acerqué a una puerta lateral del almacén y la abrí de una patada, destrozando la madera con mi furia.

Un soldado vino hacia mí y me agaché para agarrar el cañón de su arma. El disparo dio en la pared y le di una patada en el estómago, haciéndole soltar el arma. Le disparé en el pecho y empujé su cuerpo sin vida al suelo.

Entré en una habitación donde había unos cuantos sillones y un viejo televisor. Andrei estaba sentado en uno de ellos, junto con otros dos soldados. Se levantó y me miró con una sonrisa, como si no le sorprendiera mi presencia.

—Estaba esperando a que llegaras.

—¿Qué le has hecho? —Apreté los dientes.

—Creo que me lo he pasado bien.

—Si tú...

—No te preocupes, no me atraen las mujeres, pero me encantó escuchar cada uno de sus gritos de dolor. Amaré aún más los tuyos cuando la veas muerta.

—No...

—¿Crees que me quedaría aquí esperando a que la rescataras? Es demasiado tarde, Mikhail. La mujer que amas se ha unido al hombre que yo amé. Está muerta y creo que por fin he tenido mi venganza. Más que matarte, quería hacerte sufrir.

Rugí de odio. Sintiendo la furia arder como mil fuegos, dejándome como una bestia.

Fui por él, pero antes de que pudiera tocarlo, los demás soldados se movilizaron para protegerlo. Esquivé puñetazos y patadas con más agilidad que nunca. Me coloqué detrás de uno de ellos y le agarré la cabeza, girándola hasta que oí el ruido de los huesos de su cuello al romperse.

Lo empujé encima del otro hombre, que sacó un cuchillo contra mí, pero antes de que pudiera clavarme, le dispararon. Moví la cabeza para ver de dónde procedían los disparos y vi a Marco Bellucci sosteniendo la pistola.

No me paré a darle las gracias ni nada al padre de Pietra, lo único que podía hacer era preocuparme por ella.

Cargué contra Andrei como un toro. Esquivé algunos de sus golpes y le agarré del cuello de la camisa.

—¿Dónde está?

—Ya no puedes salvarla.

Le di un puñetazo en la cara tan fuerte como pude, sintiendo crujir los huesos de sus mejillas.

—¡¿Dónde?!

—Mátame si quieres. Eso no disminuirá tu dolor.

Le tiré al suelo, haciéndole caer sentado, y le disparé.

—¿Pietra? —susurró Marco y ambos salimos corriendo.

Fui de puerta en puerta, pateándolas. Hasta que la encontré... Andrei tenía razón, el dolor era inigualable e insoportable.

—¡Pietra! —Me arrodillé a su lado y la estreché entre mis brazos.

Me di cuenta de lo que era llorar y de lo pesadas y amargas que eran las lágrimas.

—¡No! —mi grito resonó por toda la habitación al ver todos los moratones de su cuerpo y la sangre.

No había llegado lo suficientemente rápido. No conseguí salvarla.

—Ella... —Marco ni siquiera pudo terminar su pregunta.

Saqué mi pistola y se la entregué. En el colmo de la desesperación, no podía pensar con claridad, sosteniendo en mis brazos a la mujer que amaba muerta y ensangrentada.

—Haz lo que querías hacer desde el momento en que me viste. Puedes matarme, mi vida no vale nada sin ella.



Pietra

Capítulo cincuenta y uno

Me encontraba en la delgada línea que separa la vida de la muerte. Quizá ya había muerto, porque ya no sentía el mismo dolor que hacía unos minutos. Intenté quedarme inmóvil mientras Andrei me daba puñetazos y patadas, una agresión motivada por la ira y el resentimiento. Quería matarme y eso le hice creer.

Ralenticé mi respiración e intenté disimular mi pulso utilizando mis conocimientos médicos. Quería que creyera que estaba muerta, o quizá era yo quien creía que seguía viva.

Mi conciencia se debilitó y no podía entender bien lo que estaba pasando.

¿Era así la muerte?

Entonces oí un grito, algo que parecía más bien un delirio, porque resonaba en mi mente.

—¡Pietra!

¿Mikhail?

Sentí sus brazos, su cuerpo, su respiración desesperada. Por fin estaba allí, pero no encontraba fuerzas para abrir los ojos o moverme.

—Ella...

¿Papá?

¿Podría ser que mi versión del cielo o del infierno contuviera a los dos hombres más importantes de mi vida, pero ni siquiera pudiera hablar con ellos?

—Haz lo que querías hacer desde el momento en que me viste. Puedes matarme, mi vida no vale nada sin ella.

¿Cómo?

Me obligué a abrir los ojos y vi a mi padre apuntando con una pistola en dirección a Mikhail. Era como si realmente estuviera en el infierno.

—¡No! —mi voz salió como un susurro, pero reuní todas mis fuerzas y empujé mi cuerpo

hacia delante, abrazando a mi amor.

Por muy Romeo y Julieta que fuera nuestra historia, no podía acabar así.

—¿Pietra? —Mi padre soltó la pistola y se acercó a mí.

—Por favor, no le hagas daño —mi voz salió débil y apagada.

No pude aguantar mucho más. Pronto todo se oscureció y volví a perder el conocimiento.



Mikhail

Capítulo cincuenta y dos

—¡Necesita un médico! —Me levanté con Pietra en brazos y salí del almacén tan rápido como pude, dispuesto a atropellar a cualquiera o a cualquier cosa que osara interponerse en mi camino.

—¿Cómo está? —Todos se acercaron, pero gruñí como un león feroz, haciendo que se alejaran y la metí en la parte trasera de uno de los vehículos.

—¡Usted! —Señalé a uno de los soldados—. Llévenos ya mismo al hospital más cercano.

—Sí, señor. —Se acomodó en el asiento del conductor y partió arando neumáticos, dejando a todos atrás.

Apoyé mi frente en la suya, sintiendo su respiración débil, casi imperceptible. Por eso, en el primer momento que creí que estaba muerta, mi pánico ni siquiera me hizo comprobar sus signos vitales. Sin Pietra, nada más me importaba y lucharía con todas mis fuerzas por ella. Mientras ella siguiera respirando, había esperanza para mi propia alma.

El coche se detuvo en la entrada del hospital unos minutos después y me bajé con ella en brazos.

—¡Necesito ayuda ya! —empecé a gritar.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó una enfermera.

—Fue brutalmente agredida por un maníaco, pero ya me encargué de él.

—La policía...

—¡Que se joda la policía! Necesito que la cuiden.

La mujer hizo un gesto para que trajeran una camilla y acomodé a Pietra en ella.

—¿Qué relación tiene usted con la señorita?

—Es mi esposa. —No había papel ni nada en el mundo que dijera aquello. Pero Pietra era mía, al igual que yo siempre había sido enteramente suyo.

—Nos ocuparemos de ella, señor. Ahora necesito que se calme.

—No me calmaré hasta que esté bien... ¡Pietra! —Intenté seguir la camilla, pero me detuvo uno de los médicos.

—Quédate aquí, por favor. Ahora depende de nosotros.

Me costó dar un paso atrás, porque tenía miedo de que si me alejaba de su lado volviera a ocurrir algo terrible.

Sentí que una mano me tocaba el hombro y me volví, dándome cuenta de que los Bellucci habían llegado en otro coche. Marco estaba más cerca de mí y los otros dos hermanos observaban desde lejos, al igual que el jefe de Kiev y sus hombres.

Marco me dio una palmadita en el hombro y me sorprendí cuando me abrazó.

Mi padre me había enseñado a ser fuerte, a ser cruel y letal, pero en ese momento me rendí al cariño y lloré como un niño pequeño.

Podría haber tenido toda Rusia, pero aprendí que algunas cosas no significan nada si no tienes otras.



Pietra

Capítulo cincuenta y tres

Me dolían los músculos como si me hubiera pasado un camión por encima. Quizás me había enfrentado a una versión de eso. La paliza me había dejado al borde de la muerte y, cuando abrí los ojos y empecé a ver la luz, pensé que tal vez había muerto de verdad.

¿Estaba en el cielo?

—¿Pietra?

—Mikhail...

—Estoy aquí, amor. —Sentí el peso de sus labios sobre mi mano y luché un poco más por abrir los ojos.

Vi una habitación de hospital con algunos carteles rusos en las paredes y a Mikhail agachado junto a la cama, observándome atentamente.

—¿Cómo te sientes?

Sus ojos azules volvieron a atraparme.

—Como si hubiera muerto y regresado.

—Lo importante es que has vuelto con nosotros.

—¡Papá! —Giré la cabeza y lo encontré de pie en una esquina de la habitación, mirándome. Estaba allí de verdad, no era solo una ilusión mía.

—Nos diste un susto a todos, hija.

—Les pido disculpas.

—No fue culpa tuya —dijo Mikhail—. Debería haberte protegido, no podía haber dejado que pasara...

Estiré la mano con esfuerzo y la puse sobre sus labios.

—No podrías haberlo previsto. Ahora estoy aquí.

—Esto no volverá a ocurrir.

—Sé que no sucederá. —Le acaricié la mejilla—. ¿Papá? —Levanté la cabeza para encontrarme con sus ojos azules—. No puedo casarme con Lansky.

—Recupérate, hija mía. Hablaremos de ello en otro momento.

Asentí con la cabeza. Sabía que había soltado una bomba a mi padre y a toda la familia. No sería fácil para él retractarse de un acuerdo, pero después de lo que había pasado, pensé que podría entender que Mikhail era digno de estar conmigo. Igual que yo no renunciaría a estar con él.



Pietra

Epílogo

Meses después...

—El color blanco te sienta muy bien —dijo mi hermana.

—Gracias. —Sonreí mientras pasaba las manos por el costado del vestido, palpando el encaje y todas las tallas, bordados y piedras que lo componían.

Me miré en el espejo y me sentí más hermosa que nunca, era una auténtica princesa con aquel vestido de novia, completado con una brillante tiara. Llevaba mucho tiempo temiendo ese momento, y aún tenía un escalofrío en el estómago que me producía inquietud y me dificultaba la respiración.

—No olvides llamar.

—No te preocupes, mamá. —Giré la cabeza y la encontré detrás de mí, sonriéndome—. También puedes enviar mensajes.

—Lo haré.

Solté un largo suspiro. Intenté sacudirme el temblor de las piernas.

—Se va a casar antes de cumplir los veintiuno —comentó Nina, mi prima, que estaba sentada al fondo de la sala, limitándose a mirar.

—Después del lío de Rusia, lo último de lo que hablan es de la edad a la que se va a casar Pietra —refunfuñó Perla.

—Tengo esto para ti.

Me di la vuelta al oír la voz de mi abuela. Se acercó a mí y me tendió una pulsera de perlas.

—Me lo dio mi madre cuando yo tenía tu edad y quiero que lo tengas para que nos recuerdes cuando estés afuera.

—¡Muchas gracias, abuela! —La tomé por los hombros y la acerqué a mí en un abrazo.

Se me apretó el corazón, sabía que a tantos kilómetros de distancia extrañaría muchísimo, pero estaba a punto de empezar una nueva etapa en mi vida y también lo estaba deseando.

—También puedes enviar mensajes —le dije a mi abuela.

—Estaba pensando en ir a visitarte.

—Va a ser aún mejor.

—¡Yo también quiero ir! —Nina saltó sobre mi cama—. ¿Me dejará papá?

—Ya lo veremos más adelante, nieta mía.

—Está bien.

Oímos que llamaban a la puerta y mi madre fue a abrir.

—Mi amor. —Sonrió cuando vio a mi padre.

—¿Estás lista para irnos, Pietra? —Se volvió directamente hacia mí.

—Por supuesto.

—Prepárense —dijo a las demás mujeres de la sala—. Es hora de ir a la iglesia.

—Vámonos. —Mi abuela hizo señas a las otras mujeres para que salieran de la habitación.

Mi padre me tendió el brazo y yo lo tomé, dejando que me guiara por el pasillo hasta las escaleras, donde nos detuvimos y él se volvió hacia mí.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres hacer? —Bajó la mirada para encontrarse con la mía con firmeza y yo se la devolví en la misma medida.

—Tengo la seguridad más absoluta del mundo.

—No tengo poder para protegerte allí.

—Pero él cuidará de mí. Yo también seré una reina, como mamá, y podré cuidar de mí misma.

—Eso espero, pero si necesitas volver, aquí estaremos.

—Estaré bien, papá.

—Eso es todo lo que quiero. ¡Escúchame! No importa cómo cambie tu apellido, siempre serás una Bellucci.

—Ya lo sé. —Tiré de él por los hombros y mi padre me abrazó con fuerza.

—Estás preciosa como novia. —Me acarició la mejilla mientras se alejaba.

—Gracias, papá, y te pido disculpas por los problemas con los Lansky.

—Ese será un problema que habrá que resolver en otra ocasión.

Nos quedamos así unos instantes hasta que se apartó y me dio el brazo para que fuéramos al coche.

Nos dirigimos en limusina, escoltados por otros dos coches con soldados, rumbo a la iglesia que había acogido las bodas de mi familia durante generaciones. Ya temía ese momento, pero estaba más preparada que nunca.

En cuanto salimos del coche, se abrió la puerta y miré hacia delante. Él estaba de espaldas, con el pelo rubio pulcramente cortado y los anchos hombros cubiertos por su chaqueta gris claro. Mi corazón dejó de latir, pero entonces él se dio vuelta y mi genuina sonrisa contagió a toda la iglesia.

Sus ojos azules se encontraron con los míos y los hicieron lagrimear de emoción.

Intenté apresurarme para llegar hacia él lo antes posible, pero el andar contenido de mi padre me detuvo y me hizo caminar despacio hasta que nos acercamos al altar.

Mikhail se acercó a nosotros y me ofreció su brazo para darme la bienvenida.

—Cuídala bien —ordenó mi padre.

—Con mi vida. —La voz de Mikhail era igual de firme cuando me besó el dorso de la mano y tiró de mí hacia él.

En nombre de su amor por mí, Mikhail había hecho muchas cosas, se había arriesgado y

expuesto, y al final tuvo que aceptar un matrimonio romano. Pero después de todo lo que habíamos pasado, lo importante era que estaríamos juntos para siempre.

Mientras pronunciaba los votos, memorizados y repetidos por todos durante generaciones, pude ver la verdad que había detrás de sus palabras.

—Yo, Mikhail, te tomo a ti, Pietra, como legítima esposa y prometo amarte y respetarte en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida. —No dijo la última frase, y eso me bastó para saber que, pasara lo que pasara, nos separará la muerte, seríamos el uno del otro para siempre.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años, es brasileña y figura con menos de 30 años en Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte, Minas Gerais. Desde su piso, en compañía de su marido y sus tres gatos, produce una serie de libros de fantasía, novelas de época y contemporáneas y, sobre todo, obras de literatura *picante*, un verdadero fenómeno editorial entre el público femenino, que se venden a un ritmo intenso en las plataformas digitales.

Autora superventas de Amazon, comenzó su experiencia en el mundo de la escritura a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con la publicación de su primer libro "El valle de las sombras". Con más de 100 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas "Eternamente Minha" a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Más información sobre otros libros de la autora en las redes sociales.
https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.



https://www.amazon.es/gp/product/B0CLKXFHCK



https://amzn.eu/d/bFC4gyn